

se

Selección

TERROR

BOLSILIBROS

TERROR

extra

**EL ASILO
DEL PARAMO**

**Curtis
Garland**



El asesinato de Saint George Street fue un hecho tan sanguinolento como ruidoso.

Ocurrió justamente al lado de un *pub* tan conocido y pintoresco como The George, que ocupaba por entonces ya el número 180 de dicha calle. El crimen tuvo lugar en el número 178, por entonces una respetable y discreta casa de huéspedes, con una tienda de viejos libros usados en su planta baja.

La circunstancia de que la víctima del suceso fuese una mujer, y una mujer muy atractiva, por añadidura, prestó mayor sensacionalismo al hecho. La prensa «amarilla» de Londres, bastante numerosa a la sazón, hizo su agosto en pleno invierno, como a algún chistoso poco imaginativo se le ocurrió comentar, con las ediciones especiales dedicadas al horrible suceso.

Lo cierto es que los ilustradores de la época, conocedores del gusto de su público por la información espeluznante, llenaron las primeras planas de semanarios de sucesos impresos en papel amarillo con dibujos realmente estremecedores allí donde la incipiente fotografía no llegaba con su realismo más prudente y sosegado.



Curtis Garland

El asilo del páramo

Bolsilibros: Selección Terror extra - 16

ePub r1.0

xico_weno 28.11.17

Título original: *El asilo del páramo*

Curtis Garland, 1983

Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2



Selección

TERROR *extra*



PRIMERA PARTE: Muerte en Londres

Capítulo primero

EL asesinato de Saint George Street fue un hecho tan sanguinolento como ruidoso.

Ocurrió justamente al lado de un *pub* tan conocido y pintoresco como The George, que ocupaba por entonces ya el número 180 de dicha calle^[1]. El crimen tuvo lugar en el número 178, por entonces una respetable y discreta casa de huéspedes, con una tienda de viejos libros usados en su planta baja.

La circunstancia de que la víctima del suceso fuese una mujer — y una mujer muy atractiva, por añadidura—, prestó mayor sensacionalismo al hecho. La prensa «amarilla» de Londres, bastante numerosa a la sazón, hizo su agosto en pleno invierno, como a algún chistoso poco imaginativo se le ocurrió comentar, con las ediciones especiales dedicadas al horrible suceso.

Lo cierto es que los ilustradores de la época, conocedores del gusto de su público por la información espeluznante, llenaron las primeras planas de semanarios de sucesos impresos en papel amarillo con dibujos realmente estremecedores allí donde la incipiente fotografía no llegaba con su realismo más prudente y sosegado.

A la gente le gustaba ver los detalles escalofriantes del crimen, y eso lo sabían muy bien ilustradores como los del *Illustrated Police News* o el *Detective Weekly Magazine*, entre otros muchos de la misma ralea informativa. Por eso no vacilaban en dar carne a la fiera, sirviéndole los dibujos más sanguinarios y de pésimo gusto imaginables.

Pero es que, a fin de cuentas, el suceso revestía todas las apariencias del horror más sensacional e impresionante que pudiera darse en la crónica de sucesos cotidiana.

No era fácil ni siquiera en tiempos como aquéllos, en que la Era Victoriana con sus represiones, hipocresías y prejuicios tanto

espoleaba la insana homicida de locos, desesperados y enfermos mentales, hallar acontecimientos tan macabros como el de Saint George Street.

Una mujer hermosa, elegante y joven era fácilmente presa de los instintos criminales de muchas personas, desde Mayfair a Whitechapel o desde Lambeth a Camden Town, pero no muy frecuentemente, por fortuna para la sensibilidad londinense, se producía el terrible hecho de que la víctima, además de todas esas circunstancias personales, fuese descuartizada por su asesino de modo tan terrorífico.

Descuartizada, en efecto, de un modo implacable y feroz, había sido la infortunada Gladys Carpenter en su habitación de la casa de huéspedes de la señora Pamela Wingarden, por otro lado respetabilísima dama de avanzada edad, viuda de un militar caído heroicamente en Jartum, luchando contra los salvajes africanos como decía siempre con tono plañidero la buena señora, en defensa del glorioso Imperio.

Scotland Yard inició las investigaciones del trágico acontecimiento en medio de una expectante y hostil atmósfera ciudadana. Los fracasos policiales últimamente, eran tales y de tal frecuencia, que el propio Ministerio del Interior peligraba cada día más, y con él todo el gobierno, puesto contra la pared por las airadas protestas de la oposición en el Parlamento cuando se debatía la cuestión de la seguridad ciudadana, cada vez más agredida en distritos como el East End.

Pero no tanto en el elegante West End, como había sucedido en esta ocasión con la infortunada señorita Carpenter.

El superintendente Alastair Owens, que había tenido recientemente un notable éxito, con la captura en Blackfriars de un peligroso psicópata asesino que tenía la manía de degollar niñas entre doce y catorce años por el simple hecho de que una hija suya había muerto víctima de unas fiebres, y no quería ser el único padre en llorar a su vástago, fue oficialmente encargado del caso por el departamento de policía de la ciudad londinense.

De inmediato comenzó una búsqueda intensiva y minuciosa de todo sospechoso que pudiera ser arrestado o interrogado por una posible y remota relación con Gladys Carpenter o con la casa de huéspedes de la señora Wingarden.

Su ayudante en aquel caso, el sargento Ian Finsbury, llevaba poco tiempo en Scotland Yard y menos aún con aquella graduación, ganada por méritos propios en dos o tres casos particularmente difíciles, en uno de los cuales arriesgó su propia vida, resultando herido seriamente pero salvando la existencia de un importante político bien relacionado con la casa real. Ello le había valido un meteórico ascenso, del que se sentía muy orgulloso, y dispuesto a confirmar su valía en cualquier momento, frente a los cuchicheos envidiosos de sus compañeros de mayor edad que contemplaban despechados sus progresos profesionales. Ambos hombres se encerraron a cal y canto en un despacho del Yard, para discutir los aspectos de la cuestión que tenían entre manos y que, a juzgar por los titulares de la prensa, era como un carbón al rojo vivo que quemaba con su simple contacto.

—Mi querido Finsbury, creo que tenemos que hacer algo realmente heroico si queremos parar la oleada de críticas contra Scotland Yard y contra el Gobierno —le hizo notar el superintendente, tras examinar en silencio los informes forenses sobre la muerte atroz de la bella Gladys Carpenter.

—Sí, señor, eso es lo que yo me temo —admitió gravemente el joven y pelirrojo sargento, atusándose sus bigotes de modo mecánico, como en él era habitual cuando estaba sumido en reflexiones no demasiado claras.

—Tenemos aquí muy poco en que basarnos, la verdad —confesó amargamente el policía, dando un golpe sobre los documentos extendidos ante él—. Sabemos que la mutilación de la víctima fue realizada minuciosamente, con una sierra y un cuchillo, a juzgar por la forma en que fueron cortados sus huesos y articulaciones. El asesino, sin prisa alguna, con una serenidad envidiable, procedió a cortar en pequeños trozos las extremidades y tronco de la joven, aprovechándose de que era sábado noche, y la señora Wingarden había ido a sus parientes en Coventry, de donde no regresaría hasta la tarde del domingo. La señorita Carpenter era la única huésped que permanecía el fin de semana en la pensión, y eso parecía saberlo muy bien su agresor, que dispuso así de más de veinte horas para llevar a cabo su sangrienta tarea con una minuciosidad espantosa.

—¿Hubo violación previa, señor? —se interesó el sargento.

—No —negó con firmeza el superintendente—. Nada de eso es evidente. Parece que hemos de descartar el móvil sexual, a menos que el criminal sea uno de esos locos que alcanzan el éxtasis de otra forma. Descuartizando a su víctima, por ejemplo.

—No se ha dado ningún crimen de parecidas características en Londres en los últimos dos años, señor —objetó el joven policía—. Y habitualmente, esa clase de criminales repiten experiencia cada cierto tiempo...

—¿Cómo sabe que ha sido así?

—Revisé los archivos, señor —dijo modestamente Ian Finsbury—. Me gusta comprobar ciertos detalles.

—Buen observador —aprobó su jefe—. Le felicito por su eficiencia, Finsbury.

—Oh, carece de importancia, señor —rechazó el sargento con su habitual modestia.

—En cuanto a los informes que tenemos de Gladys Carpenter, no aclaran nada muy especialmente. Era mujer más bien solitaria, poco dada a tener amistades del sexo opuesto, trabajaba como diseñadora en una casa de sombrerería de Brook Street, donde ganaba un buen salario, y había llegado a Londres hace tres años, procedente de Birmingham, donde residen su madre viuda y unos tíos. Ya les hemos avisado para que asistan a los funerales. No creo que por el lado de sus relaciones íntimas podamos hallar nada concreto. La señora Wingarden es muy severa en ese aspecto y no permite visitas masculinas a sus huéspedes, todas ellas mujeres.

—Pero el asesino entró en la pensión el sábado. Y no debía de ser una mujer, a juzgar por la fuerza que demostró serrando ciertos huesos y causando la muerte de su víctima.

—Muy cierto. La estranguló con sus manos. Manos fuertes y grandes, a juzgar por las señales del cuello de la víctima. Una vez muerta, procedió a su descuartizamiento. Un hombre entró en la casa, pero sin que la señora Wingarden estuviera allí.

—¿Crees que le dejó pasar, confiadamente, la propia señorita Carpenter?

—Es muy posible. Hasta la mujer más honesta puede tener la tentación de vivir una pequeña aventura en su alojamiento. Tal vez fue ése su caso.

—Y no hay duda de que eligió mal a su pareja —sonrió

tristemente el pelirrojo sargento Finsbury.

—Eso por descontado —gruñó el superintendente, frotándose el mentón con aire reflexivo.

En ese momento, alguien golpeó la puerta vidriera del despacho. Malhumorado, Alastair Owens giró su cabeza hacia la misma.

—¿Qué diablos ocurre ahora? —quiso saber, al reconocer en quien llamaba a uno de sus subordinados de servicio.

—Perdone, señor, pero una joven desea hablar con usted —dijo tímidamente el policía, entreabriendo la puerta.

—¿Una joven? ¿De quién se trata?

—Bueno, ella ha dicho ser enfermera y llamarse Jessie Warren. Dice que es importante que hable con usted lo antes posible.

—Pero estoy ocupado ahora, maldita sea —refunfuñó con disgusto el superintendente—. ¿No dije que no me molestaran?

—Sí, señor, pero como esa joven ha insistido tanto...

—Que la reciba cualquier otro oficial de servicio. Tengo mucho trabajo.

—Sí, señor, se lo diré. Pero ella citó su nombre, dijo que alguien la había indicado que se dirigiera a usted... —insistió con gesto cohibido el policía.

—¿Sabe si viene por algo relacionado con el caso Carpenter?

—No lo creo, señor. Tiene aspecto de provinciana. Y no vive en Londres. Dijo que ha venido desde Devonshire para verle...

—¡Lo que me faltaba! Asuntos de provincias, justamente ahora —se quejó amargamente Owens—. Dígale que vuelva más tarde o que vea al inspector McKane.

—Sí, señor —se apresuró a afirmar el subordinado, abandonando la oficina con premura, puesto que conocía sobradamente el mal genio de su superior cuando el trabajo lo agobiaba. Y, sobre todo, cuando las cosas distaban mucho de estar claras para él.

El superintendente no podía saber en ese momento que había cometido uno de los más grandes errores de su vida, y que acababa de dejar escapar la ocasión de saber algo que pudo evitar mucha sangre y muchos horrores en el futuro. Pero el buen policía, agobiado por su poco fácil tarea, había obrado en consecuencia, puesto que no podía poseer dotes de adivino y pronosticar el porvenir, aunque muy pronto iba a enterarse de la gravísima

equivocación cometida.

Lo cierto es que él y su colaborador, el sargento Finsbury, siguieron discutiendo los oscuros detalles del difícil caso que tenían entre manos.

Ellos ignoraban que allá fuera, a la salida del edificio donde se hallaban las instalaciones de Scotland Yard, minutos más tarde, una joven de cabello rojo oscuro, rostro pecoso y aire algo provinciano, con andares inseguros, cruzaba el umbral del centro policial más famoso del país, para disponerse a cruzar la calle en dirección a una parada de coches de punto situada al otro lado de la calzada. Su gesto en esos momentos era de profunda decepción, y daba vueltas en una de sus manos a un trozo de papel donde alguien había escrito el nombre de Alastair Owens, superintendente de policía de Scotland Yard.

La joven empezó a cruzar la calle con aire distraído y evidentemente contrariado. En ese momento, de modo inesperado, un carruaje tirado por dos briosos caballos surgió de la esquina más inmediata, a todo galope de sus animales de tiro, y a la pelirroja muchacha le fue totalmente imposible apartarse a tiempo de su camino.

Con expresión horrorizada, alzó la cabeza, contemplando al carruaje que se le venía encima, levantando sus brazos con un gesto instintivo de protección, al tiempo que se le dilataban los ojos y un grito de vivo pánico escapaba de sus labios.

Después, los caballos y las ruedas del vehículo la arrollaron, lanzando su cuerpo contra el empedrado húmedo, donde quedó tendida boca abajo, sufriendo sobre sí todo el peso de los cascos de los animales y del carruaje bamboleante en su alocada carrera.

Una mujer testigo de lo que sucedía, dejó caer la cesta de su compra, chillando aterrada. El coche no se detuvo ni un solo instante, prosiguiendo su marcha desenfrenada y desapareciendo prestamente tras una esquina próxima, antes incluso de que algunos agentes de servicio salieron de Scotland Yard, corriendo a asistir a la joven accidentada.

Pronto los uniformados agentes, al arrodillarse junto a la víctima, comprendieron que no se podía hacer gran cosa por ella. Dos corrieron a avisar a un médico y a una ambulancia, mientras los demás se esforzaban por auxiliarla. Se miraron entre sí,

desalentados.

—Está agonizando... —murmuró uno.

—Sí —corroboró el otro—. La han reventado por dentro. Mira, creo que tiene hundidas todas sus costillas, y se le han clavado en los pulmones...

La pelirroja se agitó convulsa en el empedrado, y de sus labios brotó una espuma sanguinolenta cuando trató de decir algo.

—Mira, parece que quiere hablar... —jadeó uno de ellos.

Trataron de escucharla, de captar algún sonido coherente, en el balbuceo apagado, confuso, que brotaba de aquella boca contraída, entre burbujas de sangre y a costa de horribles convulsiones de dolor.

De forma muy borrosa, creyeron entender unas pocas palabras sin aparente sentido, que brotaban de sus labios ensangrentados.

—Los... yermos... el... asilo... la... criatura... tienen... que impedirlo... Yo..., yo sé... lo que... su... cede... Yo...

Tuvo un vómito violento, sus ojos se vidriaron de repente y quedó inmóvil en brazos de uno de los agentes. Éste meneó la cabeza, desolado, cambiando una mirada con su compañero.

—Ya se terminó todo —dijo con voz ronca—. Ha muerto, pobre chica...

El otro arrugó el ceño, mientras un tercer policía trataba de localizar el rastro del carruaje fugitivo, tras el atropello cometido, siguiendo las indicaciones de la mujer que fuera testigo del suceso.

—Mira —dijo el segundo policía, rescatando algo que se había quedado adherido a las piedras mojadas de la calle, junto a la mano de la víctima—. Llevaba esto cuando la atropellaron... Es una nota. Lleva el nombre del superintendente Owens...

—Ve a informarle —suspiró el otro—. Tal vez le interese saber lo sucedido a esta muchacha...

Hurgó en su bolso, caído no lejos de ella, y mostró un documento al otro, añadiendo con gesto pensativo:

—Mira, era enfermera... Tenía su título, extendido en Londres. Enfermera Jessie Warren, dice aquí. Sólo tenía veinticuatro años, pobre chica... Esos tipos que conducen como locos, deberían ser ahorcados por asesinato, malditos sean todos ellos.

Así supo el superintendente Owens, pocos minutos más tarde, que la muchacha de Devonshire que había venido a verle, ya nunca

le vería a él ni a ningún otro policía del Yard.

Y se arrepintió sinceramente de no haberla recibido antes, cuando ella pidiera verle. Después de todo, la joven enfermera se había negado en redondo a ver a cualquier otro oficial de policía cuando él se negó a recibirla. Y al abandonar Scotland Yard, la muerte la había sorprendido trágicamente en un horrible accidente.

¿O *no* había sido un accidente?, fue la idea que se le ocurrió de inmediato, provocándole un sobresalto.

Capítulo II

VALERIE MARSH se sentía satisfecha de sí misma.

Había estudiado duro aquel curso, y las prácticas en el Barts^[2] habían distado mucho de ser fáciles. Pero todo eso merecía la pena, a fin de cuentas.

Ya era enfermera titulada. Podía ejercer en cualquier lugar de Inglaterra como tal, ya fuese en un centro hospitalario, ya en la consulta de algún médico de Harley Street. Se había propuesto obtener ese título y lo había conseguido, pese a la dura lucha que ello significaba. Los médicos examinadores de Saint Bartholomew eran muy exigentes con sus alumnos, y especialmente cuando éstos eran del sexo femenino. Las campañas de las sufragistas no parecían hacer gran mella en el duro corazón del hombre británico, a menos que no fuese en sentido negativo y de rechazo, lo cual dificultaba aún más las cosas cuando una mujer quería llegar a un puesto determinado de la sociedad y de la profesión.

Pero aún con todos esos obstáculos, la joven de Liverpool había sido lo bastante entusiasta u obstinada como para vencer dificultades y ganarse en buena lid su título. Incluso un cascarrabias tan poco amante de lo feminista como el viejo doctor Callahan, la había felicitado cordialmente aquella misma mañana, al saber que su nombre figuraba en la reducida lista de las seis mujeres y veintidós hombres que aprobaran tras sus duras prácticas, para ser nombrados enfermeros de pleno derecho.

Ahora, con su flamante título en el bolsillo y un largo período de prácticas clínicas en el hospital, Valerie Marsh se sentía feliz, y capaz de emprender ella sola la conquista del mundo con el sólo bagaje de su título sanitario y su capacidad de lucha, probada en mil ocasiones desde que en plena infancia se quedara huérfana de padre y madre, sin otra familia que una vieja tía alcohólica y estrafalaria, a la que pronto abandonó para combatir ella sola, a sus

catorce años, y abrirse camino en la vida en una época que distaba mucho de ser fácil para una mujer.

Ahora, los malos tiempos de Liverpool quedaban atrás por fortuna, y una nueva época, más esperanzadora y optimista se extendía ante ella con todo su abanico de inmensas posibilidades. En cuanto abandonó el centro médico, caminó alegremente por la amplia acera, junto a las venerables piedras del edificio clínico, renunciando por esta vez a almorzar en el comedor del hospital para hacerlo en cualquiera otro de los restaurantes modestos que rodeaban el recinto médico, frecuentados en su mayor parte por los internos del Barts.

Se acomodó en una mesa discreta y pidió un menú especial, consistente en una excelente crema de espárragos, cordero asado y *pudding* de manzana. No servían bebidas alcohólicas, por lo que tuvo que conformarse con un café, aunque a ella le gustaba comer con cerveza, y tampoco lo hacía ascos, ni mucho menos, a un buen vino.

En la sobremesa, tomó un ejemplar del *Times* de los que colgaban de un estante, para servicio de lectura a la clientela del restaurante, y repasó las páginas de anuncios, soñando con alguno que atrajera su atención de inmediato, con la oferta de un buen trabajo al servicio de un médico de prestigio en Londres.

No encontró nada de eso, con cierta decepción, ya que la única enfermera que era solicitada, se la requería para atender a una vieja dama enferma, y el salario era más bien escaso para tan ingrata tarea.

Sin embargo, de repente, fijó su atención en un pequeño recuadro, perdido en la página de ofertas de trabajo, a causa de que el titular del mismo no le había parecido en principio adecuado para su nueva profesión.

ASILO DE LUJO NECESITA PERSONA ADECUADA

Eso, por sí solo, no significaba nada. Los asilos pedían muchas veces servicio doméstico, personas lo bastante sacrificadas como para atender viejos y enfermos llenos de manías. Pero lo que seguía atrajo de inmediato su atención:

Se requiere persona titulada de enfermera, preferentemente del sexo femenino, con o sin experiencia, pero capaz de llevar a cabo

un trabajo paciente con clientela de inmejorable posición social y económica. Deberá estar dispuesta a trabajar largas temporadas lejos de Londres, sin más permisos que uno anual a elegir, y un día libre semanal.

Salario a convenir, dependiendo de las condiciones del aspirante, pero siempre muy generoso.

Salir de Londres a trabajar durante largas temporadas no era ciertamente lo que ella había soñado al obtener su título. Pero tampoco podían pedirse milagros cuando ese título aún era tan reciente. Seguro que le costaría esfuerzos y tiempo encontrar un trabajo en la ciudad lo bastante ventajoso para ella.

«Este anuncio, en principio, no era de desdeñar», pensó. Anotó en un papel todos los datos y las señas apuntadas al pie del mismo. Era un lugar en Holborn, al parecer una agencia de colocaciones. Se dispuso a ir esa misma tarde. No perdía nada probando fortuna, a fin de cuentas.

Hojeó el periódico distraídamente, pensando en todo ello. Olvidó por un instante el anuncio y su afán de encontrar trabajo adecuado, al encararse con los titulares de primera plana momentos después:

LA POLICÍA ARRESTA AL ASESINO DE SAINT GEORGE STREET.
UN JOVEN SOSPECHOSO, ACUSADO DE LA MUERTE DE GLADYS
CARPENTER HACE UNA SEMANA. BRILLANTE SERVICIO DE
SCOTLAND YARD.

Se estremeció levemente al recordar el suceso. Aquel horrible crimen de una pensión para señoritas en la calle Saint George, junto a un histórico *pub* londinense del mismo nombre. Una mujer estrangulada, cuyo cadáver fue luego descuartizado minuciosamente durante toda una horrenda noche de sangre...

Y ya habían cazado al criminal. Contempló su retrato en el periódico. Parecía realmente joven. Y, lo que era peor, atractivo y hasta simpático de facciones. Podía ser cualquier cosa menos un asesino, a juzgar por aquella fotografía.

—Ya no puede una fiarse de nadie —musitó, apartando horrorizada el *Times*—. Tal vez esa pobre chica le acogió en su vivienda confiadamente... y ese joven tan bien parecido se transformó en una bestia inmundada y sanguinaria...

Pagó su almuerzo y abandonó el restaurante, para encaminar sus pasos en busca de un carruaje que la condujese a Holborn para visitar la agencia de colocaciones en cuestión.

Su mente olvidó de inmediato el terrible suceso de Saint George Street, bien ajena a que en el futuro, el destino iba a jugar con ella de forma caprichosa y siniestra, haciendo cruzar su senda con la de una serie de seres entre los cuales se hallaría alguien muy directamente relacionado con la tragedia de la pensión de mujeres de la señora Wingarden.

Y aquel horrendo crimen no iba a ser el único suceso escalofriante que se relacionaría con ella en ese futuro inmediato y estremecedor que ella no podía ni remotamente imaginar.

—¿Su nombre?

—Dennis Wald.

—¿Edad?

—Veintisiete años.

—¿Profesión?

El joven se encogió cínicamente de hombros. Sonrió.

—Ninguna concreta.

—¿De qué vive?

—Me mantienen las mujeres, habitualmente —dijo con desparpajo.

—Ya —el rostro del fiscal reflejó ira mal contenida bajo su peluca blanca, mientras las risas recorrían sordamente toda la sala.

—¡Silencio, señores, o haré desalojar la sala! —avisó el juez, golpeando firmemente con su mazo—. Prosiga, *sir* Edgar, por favor.

—Gracias, señor —se inclinó *sir* Edgar Wine, fiscal del reino, volviendo sus fríos ojos azules hacia el acusado—. Señor Wald, prosigamos con las preguntas. Usted acaba de admitir que vive de lo que le dan las mujeres.

—Así es. ¿No le parece un modo agradable de ganar dinero?

Un nuevo conato de risas fue cortado en seco por el magistrado. La amenaza de desalojo estuvo a punto de hacerse efectiva en esta ocasión. Pero advirtió que no iba a tolerar un desacato más.

—Señor Wald, ¿no es cierto también que, dándose la circunstancia de que la joven Gladys Carpenter se ganaba holgadamente la vida, usted la cortejó con la intención de sacarle dinero fácilmente, gracias a sus encantos físicos de hombre seductor

e irresistible, y que ella cayó con suma facilidad en su trampa?

—¡Protesto, Señoría! —saltó vivamente el abogado de oficio que le había tocado al reo, un hombre gordo, sudoroso y congestionado, en cuya cabeza la tradicional peluca blanca de los legisladores y hombres de leyes británicos resaltaba casi ridícula—. ¡El señor acusador está dando por hecho algo que no se ha podido probar en modo alguno, puesto que tenemos evidencias de que la señorita Carpenter poseía una muy saneada cuenta corriente y sus ingresos bancarios eran regulares e invariables!

—Se admite la protesta —resolvió con firmeza el juez—. Señor fiscal, si desea hacer una pregunta determinada al acusado para probar algo en relación directa con el delito que aquí se juzga, deberá hacerlo de otro modo.

—Perdón, Señoría —sonrió astutamente *sir* Edgar con una leve inclinación de cabeza—. Pretendo probar, en efecto, que el acusado recibía dinero de la víctima, y que al cerrarse el grifo de ese dinero, él mató a su amante en un arranque de ira.

—¡Protesto nuevamente! —saltó el abogado, resoplando—. ¡El fiscal está dando por probado que la víctima y el señor Wald eran amantes, cuando ello dista mucho de haber sido aquí demostrado en modo alguno!

—Ha lugar. *Sir* Edgar, debo advertirle severamente que no vuelva a adelantar acontecimientos dando nada por probado cuando no ha sido así —se dirigió con acritud el juez al acusador.

—Una vez más perdón, Señoría, pero voy a probar de inmediato mis palabras. De todos modos, responda a esto, señor Wald: ¿no es cierto que la víctima, Gladys Carpenter y usted se conocían?

—Eso no puedo negarlo. Sí, nos conocíamos.

—¿No es cierto que ese conocimiento se hizo una auténtica amistad?

—Si llama usted «amistad» a coincidir alguna vez en el *pub* The George o en el cercano restaurante o adquiriendo algún libro viejo en la tienda de abajo..., sí.

—Responda sí o no. ¿Fueron amigos ustedes dos o no?

—Yo diría que sólo conocidos —rectificó el acusado, clavando sus agudos ojos grises en el fiscal con una sonrisa sardónica.

—De modo que su respuesta, en tal caso, es «no».

—Tampoco diría eso.

—Señor Wald, responda sí o no, sin subterfugios —le reprendió con severidad el magistrado, inclinándose hacia él—. ¿Era amigo de la víctima o no?

—No —negó rotundo Dennis Wald.

—Recuerde que está bajo juramento —silabeó ácidamente *sir* Edgar Wine—. Insistiré en ese punto, pese a todo, señor Wald: ¿no es cierto que la víctima le recibió en su casa la noche de autos, el sábado en que fue asesinada?

El acusado vaciló. Enarcó las cejas y se encogió de hombros.

—Es posible —dijo—. Yo rara vez recuerdo las fechas.

Hubo un murmullo sordo en el público. El juez pegó un seco mazazo y el murmullo se diluyó.

—Por tanto, si usted visitaba a la señorita Carpenter con cierta frecuencia...

—¡Protesto, Señoría! —clamó el abogado, pegando un respingo en su asiento—. No se ha probado aquí en absoluto que mi defendido visitara frecuentemente a la víctima, si no que ha admitido que pudo ser que la visitara el sábado u otro día cualquiera.

—Rectificaré mi pregunta —replicó con rapidez el fiscal—. Señor Wald, ¿visitaba usted últimamente con alguna frecuencia a Gladys Carpenter?

—Sí.

—¿Ya pesar de eso, ustedes dos no eran amigos?

—No.

—¿Quiere decir que ella le abría su puerta, contraviniendo las rígidas órdenes de su patrona, la señora Wingarden, para recibirle a menudo en su propia alcoba, sin ser siquiera amigos?

—Sí.

—¿Quiere aclararnos eso? Si no se consideraban ustedes amigos..., ¿qué eran, en realidad?

—Ya lo dije antes: conocidos. Nunca hubo amistad entre nosotros dos.

—Y a pesar de ser sólo conocidos, ella quebrantaba las normas, recibiendo en su habitación a un hombre.

—Sí.

—Señor Wald, sus palabras no se las cree nadie —concluyó tajante el fiscal.

—¡Protesto! —aulló el abogado, a punto de sufrir una congestión—. ¡El acusador está sacando conclusiones personales y poniendo al jurado contra mi cliente!

—*Sir* Edgar, deberé recordarle que guarde sus comentarios para mejor ocasión y se limite a preguntar al testigo —silabeó el juez con dureza.

—Perdón, Señoría, pero sólo trato de llegar a la conclusión de que, pese a cuanto afirma, el acusado está mintiendo y, por tanto, comete perjurio.

—¡Protesto otra vez! —chilló el defensor, airado.

—*Sir* Edgar, si no prueba de inmediato lo que ha afirmado, me veré obligado a llamarle la atención con toda firmeza, y recordarle que puedo suspender este juicio indefinidamente, por incumplimiento de la ley y falta de ética.

—Señoría, pido disculpas por mis palabras, pero ahora mismo probaré lo que digo, si se me permite presentar a un testigo que demostrará el perjurio del acusado.

—¿Quiere decir que ha terminado de interrogar al acusado?

—Me quisiera reservar el derecho de preguntarle después.

—Concedido, siempre que el testimonio de su testigo dé lugar a ello.

—Gracias, Señoría —sonrió el fiscal, dirigiendo una mirada burlona a su oponente.

Sustituyó en el estrado de los testigos al acusado un hombrecillo pequeño, ratonil, que lucía una gorra mugrienta. Durante todo el interrogatorio estuvo dándole vueltas en sus rugosas menos de trabajador, y mirando nerviosamente tanto al juez como al acusador público.

Declaró ser empleado de la librería de lance de abajo, en Saint George Street, y conocer a la víctima por ser ella aficionada a adquirir viejos volúmenes de poemas. También conocía de vista al joven acusado, por adquirir en ocasiones antiguas obras clásicas, especialmente teatro. Sí, según él, varias veces habían coincidido en la tienda de libros usados los dos, cambiando palabras cordiales y saliendo juntos. A su juicio, la señorita Carpenter parecía muy feliz siempre que se encontraba con el acusado, palabras que rebatió airadamente el abogado defensor.

Pasando a la noche de autos, recordó que estaba cerrando la

tienda, ya avanzada la noche, y cuando cruzó el patio interior de la librería, para dejar unos volúmenes recién adquiridos en el almacén posterior, oyó voces de discusión en un piso, encima de la librería. Ese piso correspondía a la pensión de la señora Wingarden, y reconoció la voz de Gladys Carpenter, sin lugar a dudas. También identificó la voz del acusado, y afirmó que discutían como dos amantes furiosos. Ella le reprochaba algo así como sentirse amada sólo por su dinero, mientras él cortejaba a otras mujeres y se gastaba lo que ella le daba con mujerzuelas públicas.

Un murmullo hosco recorrió la sala. Las miradas de duda o simpatía que el joven Wald se había ganado hasta entonces, especialmente del sexo femenino, se convirtieron en ojeadas de acusación y de odio. El abogado protestó en vano. El testimonio del empleado de la librería era demoledor. Y lo fue aún más cuando el fiscal, inclinándose solemnemente hacia él, le hizo una pregunta tensa:

—Ahora dígame, por favor..., ¿se quedó usted en el patio, escuchando la disputa hasta el final?

El hombrecillo tragó saliva, miró asustado a todas partes, estrujó la gorra entre sus manos, humedeció los labios repetidamente, miró de soslayo al acusado, y se encogió sobre sí mismo al afirmar:

—Sí, señor... Porque cuando iba a marcharme, oí un grito agudo, de mujer... y toda discusión se interrumpió.

Otro rumor intenso recorrió la sala. El juez tuvo que golpear dos veces para acallarlo. El fiscal, implacable, remachó sus preguntas:

—¿Quiere decir que la disputa terminó con un grito de mujer?

—Sí, señor.

—¿Y ya no se oyó nada más?

—Nada más, señor. Se hizo un silencio total, y yo me marché.

—¿Cuánto permaneció en el patio hasta ausentarse, tras sonar el grito?

—Cosa de dos o tres minutos, por si sucedía algo arriba y precisaban ayuda.

—¿Por qué pensó eso? ¿Es que el grito denotaba angustia, agonía tal vez?

—¡Protesto! —rugió el abogado, pegando un palmetazo en su mesa—. ¡El fiscal está pidiendo al testigo conclusiones subjetivas muy discutibles!

—Se admite la protesta. Haga otra clase de preguntas, *sir* Edgar.

—Mis disculpas, Señoría. Preguntaré de otro modo: ¿usted qué pensó que podía sucederle a la señorita Carpenter, cuando oyó ese grito?

—Pues... no sé. Fue un grito como de terror. Me asusté. Yo diría..., diría que es como grita una mujer cuando es agredida violentamente...

—¡Protesto, protesto, Señoría, eso es incalificable! —El abogado saltó de su asiento y, violentamente enrojecido, corrió ante el juez —. ¡Las últimas palabras del testigo no deben constar en acta, porque son sólo una conclusión personal sin base alguna!

—Se admite su protesta, señor defensor. Borren esas palabras del sumario.

—Gracias, Señoría —sonrió el fiscal—. No preciso de esas palabras. No tengo más que preguntar. Es su turno, señor abogado defensor.

Pero el mal ya estaba hecho. Las torpes preguntas del defensor no bastaron para borrar la impresión que el testigo hiciera en el público y en el jurado. Cuando regresó al estrado Dennis Wald, sus protestas de inocencia nada lograron tampoco. Afirmó que habían peleado, que Gladys Carpenter le había prestado algún dinero y eso la hizo pensar en una relación más íntima con él, cosa que no llegó a suceder, y que se limitó a abofetearla y marcharse de allí sin más.

La teoría de que otro hombre pudo entrar luego en la vivienda de ella, aprovechando que Dennis se había ido, se desmoronó bastante cuando un *policeman* de servicio en la zona aquella noche, identificó a Dennis Wald como el cliente que abandonó The George a las once y media, y cruzó la calle algo inseguro, desapareciendo no sabía a ciencia cierta si por un callejón inmediato... o por la puerta de la pensión de la señora Wingarden, que estaba abierta entonces según confesión del propio Dennis Wald, que la dejó así al marcharse airadamente.

Era muy posible, por tanto, que hubiera vuelto a descuartizar a su víctima, ya asesinada previamente. El fiscal probó que en los últimos dos meses la víctima había ingresado menos dinero del habitual en su cuenta bancaria, y eso hacía sospechar la existencia de un gasto nuevo y no justificado por parte de ella. La posibilidad de que él le estuviera sacando ese dinero, se abrió paso en todas las

mentes presentes en la sala de Old Bailey.

Con diversos documentos y testimonios se probó que Dennis Wald no tenía oficio concreto, que poseía antecedentes de agresividad con las mujeres, según los archivos del Yard, e incluso una vez estuvo arrestado como sospechoso por la muerte de una mujer en extrañas circunstancias, aunque la ausencia de pruebas impidió que fuese procesado siquiera por ello.

La tela de araña se iba tejiendo en torno al acusado tupida e inexorablemente. Cuando tocó deliberar al jurado, pocas personas tenían dudas allí de cuál iba a ser su veredicto.

Y, en efecto, éste fue definitivo y rotundo:

—... Consideramos al acusado culpable del delito por el que se le procesa.

Eso era todo. Quedaba poco por hacer. El juez, solemnemente, anunció la sentencia inapelable que tal veredicto le obligaba a pronunciar:

—Este tribunal, Dennis Wald, te condena a ser colgado por el cuello hasta morir. Serás conducido a la prisión de Newgate, donde esperarás al día de tu ejecución, que tendrá lugar dentro de una semana. Dios se apiade de tu alma.

Había terminado el sonado proceso contra el joven y guapo asesino de Saint George Street. O al menos, eso es lo que parecía.

Cinco días más tarde, un testigo desapareció: el empleado de la librería de abajo, sin dejar rastro de su actual paradero, y comenzó a sospecharse que su testimonio pudiera ser falso. La policía probó sin lugar a dudas que el tal individuo había sido perjuro en dos ocasiones anteriores, en juicios de poca monta. El abogado defensor, asiéndose a esa oportunidad como a un clavo ardiendo, pidió de inmediato la libertad de su defendido, con su absolución incondicional.

El juez dictó una sentencia más aleatoria por el momento: sentenció que se suspendiera la ejecución prevista, de acuerdo con el Ministerio del Interior y de Justicia, y el reo pasara a la penitenciaría de Princetown, en Dartmoor, hasta la revisión minuciosa de su proceso, por si hubiera lugar su anulación por razones de manifiesta ilegalidad. La tesis más extendida en el mundillo legal de Londres fue que el reo había salvado su cuello pese a todo, y que aun siendo culpable, ahora se conformarían con

recluirle a cadena perpetua en Dartmoor, por miedo a cometer un irreparable error judicial.

El traslado del preso a la famosa y nada agradable penitenciaría de Dartmoor, situada en la región de Princetown, en Devonshire, se llevó a cabo cuarenta y ocho horas más tarde, en un furgón cerrado, metálico, tirado por cuatro caballos y conducido por media docena de guardianes fuertemente armados.

El día mismo en que Dennis Wald iniciaba su viaje a Devon, esposado y bajo la vigilancia de sus sombríos celadores, una bella y decidida joven, con el título de enfermera en el bolsillo, descendía del tren en Yelberton, pequeña población de Devon, para incorporarse a su trabajo en un asilo de lujo de la región. Con su maleta en la mano y sus ilusiones por toda compañía, la animosa muchacha se quedó parada en el andén, mientras el convoy proseguía viaje hacia Plymouth, el cercano puerto de mar asomado al Bristol Channel.

Después, con andares decididos, se movió hacia el exterior de la estación, donde había dos o tres carruajes de alquiler esperando clientela. Tomó uno de ellos y le dio la dirección del asilo de ancianos Golden Years.

El cochero, sin esperar a más, asintió, poniendo en marcha su vehículo en dirección a los yermos.

Capítulo III

LAS manos enguantadas abrieron la carta con rapidez, rasgando el sobre casi con violencia. Los ojos, en la penumbra del interior de aquel carruaje detenido ante el edificio de Correos de la capital londinense, se clavaron en el texto allí escrito con letra garrapateada, nerviosa e irregular. Las pupilas, fijas y frías, brillaron con un destello helado, casi cruel.

Una risita hueca escapó de los labios que permanecían sumergidos en la sombra del interior del vehículo. Allá fuera, la bruma apenas si permitía destacar en la noche los faroles de gas que alumbraban la calle. Las puertas de la central postal se estaban cerrando ya.

La carta que leía aquel desconocido personaje, tenía un trazo inconfundible, que hubiera sorprendido sin duda alguna al superintendente Alastair Owens, de Scotland Yard, puesto que era la misma de una nota que ahora obraba en su poder, y que un subordinado suyo le entregara días atrás, después de la trágica e infortunada muerte de una joven forastera, bajo las ruedas de un carruaje que se dio a la fuga tras el atropello mortal.

En efecto, la letra de la misiva era la misma del apunte de una joven llamada Jessie Warren, de profesión enfermera, ahora enterrada en Londres tras pasar su cuerpo por la Morgue para ser objeto de la reglamentaria autopsia.

Y el texto de aquella misiva era tan curioso como preocupante para quien lo estaba leyendo ahora, acomodado dentro del carruaje:

«Querida Karin:

Siguiendo tus consejos, he decidido viajar a Londres y ver a ese hombre cuyo nombre me diste, el superintendente de policía Owens. Ojalá él pueda ayudarme en todo esto. Ya te decía en mi carta anterior que estoy realmente aterrada. No te contaba todo, ni mucho menos,

pero puedes creerme si te digo que es algo horrible lo que está sucediendo. Tan espantoso, que nadie me creería si se lo jurase. Espero convencer a ese policía amigo de tu familia. Dios lo quiera, porque si no, voy a terminar loca... o algo peor aún. Tengo miedo, Karin, mucho miedo.

Por nuestra vieja amistad en época de estudiantes, me decidí a escribirte y recurrir a tu ayuda. Lástima que tengas que ausentarte este tiempo al continente, pero confío en que, a tu regreso a Londres, encuentres esta carta en la lista postal, como me indicabas en tu respuesta, y sepas que he seguido tus consejos. Si algo me sucediera antes, confío en que tú acudirías a la policía para decirles lo que está sucediendo allí.

No te molesto más. Espero tus noticias. Y ruego al cielo que me ayude en este horror, y alguien sea capaz de creer la espantosa, increíble verdad que yo conozco y no me deja vivir ni dormir.

Tu amiga que te quiere de verdad,

JESSIE».

Una risita sorda escapó de labios de quien sostenía la carta en sus manos. Alargó una mano cubierta por el guante de piel, empuñando un bastón. Golpeó en el techo del carruaje suavemente, por dos veces. La cabeza del cochero asomó por el hueco de comunicación del pescante, para mirar a su pasajero. Apenas si le fue posible ver la silueta elegante, estilizada e impecable, de su viajero, pero sin alcanzar a vislumbrar bien su rostro, que el ala del sombrero de alta copa de peluche brillante, lustroso, y el cuello alzado de su elegante macferlán, casi enmarcaban por completo.

—¿Diga, señor? —preguntó.

—Vamos a la estación Victoria, cochero —dijo con frialdad la suave voz del viajero—. Tengo que recibir allí a una amiga...

—Sí, señor, enseguida.

El carruaje se puso a rodar sobre el empedrado de las calles londinenses, en dirección a la estación de ferrocarril de la vecindad de Buckingham Palace.

El viajero estrujó la carta, que guardó en un bolsillo, con una fría sonrisa de satisfacción. Poco antes había obtenido aquella misiva de la lista de Correos, gracias a la presentación de una falsificada autorización firmada por Karin Halloway, de la familia Halloway, de Westminster, cuyo membrete impreso figuraba

también en dicha autorización. Sólo así, le había sido posible al extraño viajero entrar en posesión de la carta escrita por la difunta Jessie Warren.

Al lado del viajero, un ejemplar del *Times*, abierto por su página de ecos de sociedad, mostraba un titular que sin duda atraía la atención del viajero en estos momentos con muy especial significación:

Regresa a Londres, procedente de París y Roma, la joven y bella heredera de los Halloway, Karin Halloway, que dará una recepción a sus amistades en el próximo fin de semana.

El retrato de una agraciada y aristocrática joven ilustraba la noticia social. Noticia que, sin duda, atraía en estos momentos al viajero del carruaje hacia Victoria Station, lugar por donde llegaría el tren de cercanías procedente de Folkestone, donde viajaba ahora de regreso a la capital la hermosa y conocida Karin Halloway.

No sólo era profundamente espesa la niebla de aquella noche, sino que había comenzado a caer una fina y afilada lluvia, capaz de calar hasta los huesos a los sufridos londinenses.

En esa situación, los carruajes libres que aguardaban a la puerta de la estación Victoria, no sólo eran escasos, sino que los primeros viajeros en llegar los ocuparon en su totalidad a los pocos minutos de arribado el tren de la costa. La mayoría de los demás viajeros, debieron situarse en el arco de salida de la estación, a la espera de la afortunada aparición de un vehículo de punto libre, que pudiera ser vomitado por aquella bruma tan densa como el puré y tan sucia y maloliente como las fétidas alcantarillas de los suburbios.

Karin Halloway fue una de las personas en llegar a la puerta en último lugar, a causa de su abundante equipaje. Sabía que nadie iba a estar esperándola, porque su familia estaba aún en Europa, y sus amistades no se encontraban en Londres en este momento, a causa de una cacería que sus amigos, lord y lady Fennington, celebraban esos días en su finca de Leicestershire.

Desolada, miró en torno, mientras el mozo cargaba con sus maletas y sombrereras, cosecha de sus visitas a las casas de moda de París y Roma, esperando ver surgir ese anhelado vehículo, pero con la desesperanza de que más de una treintena de personas aguardaban delante con idéntica impaciencia.

Por ello su sorpresa fue muy grata cuando una voz afable,

reposada y distinguida, la interpeló desde el oscuro interior de un carruaje que acababa de detenerse junto al bordillo, sin que diera la impresión de que nadie fuese a abandonarlo allí, para desaliento de los que esperaban.

—¿Señorita Halloway, si no me equivoco? —Sonó la educada voz.

Ella giró la cabeza, mirando al vehículo, esperanzada.

—No, no se equivoca —murmuró—. ¿Quién es usted?

—Permita que le diga antes quién me envía, para que sepa que soy un amigo —repuso la suave vez desde dentro del carruaje—. Soy amigo de Jessie Warren, la enfermera amiga suya que fue su compañera de estudios.

—¡Oh, Jessie! —Los claros ojos ingenuos de la bella damita se abrieron con asombro y complacencia—. Mi querida amiga Jessie... ¿Dónde está ella ahora? Tenía entendido que iba a venir a Londres...

—Y así ha sido. La está esperando ahora. Está muy asustada y no se atrevió a venir ella. Por eso lo hago en su nombre. Soy su mejor amigo, la persona en quien ella confía, y le ruego me acompañe, si no tiene inconveniente. Podría llevarla a su casa, dejar aquí los equipajes y, si no le importa, venir luego conmigo a reunirse con su amiga.

—No, no. Haremos algo mejor. Si algo le pasa a Jessie y urge verla, iremos antes a su encuentro, y luego pasaremos a mi casa. Quisiera invitar a Jessie a compartirla conmigo mientras permanezca ella en Londres, y con mayor motivo si se halla en serios apuros, como su última carta de hace dos meses me hace suponer...

—Sí, en efecto, señorita Halloway —asintió el viajero, abriendo su enguantada mano la portezuela del vehículo—. Puede subir el equipaje. Siéntese aquí, por favor. Iremos de inmediato a verla. Admito que la he encontrado terriblemente asustada...

—Tiene motivos para ello —musitó sombríamente la muchacha—. Me hablaba de que estaba sucediendo algo horrible donde ella trabajaba... Me contó algo, pero fue tan poco que no sé a ciencia cierta qué clase de peligro la acecha...

—Ella se lo contará todo en cuanto lleguemos.

Asintió la joven, sentándose junto al viajero, mientras el mozo

depositaba los bultos en el pescante, con la ayuda del cochero. El viajero se adelantó a Karin, pagando con unas monedas al mozo, que se inclinó, reverente, ante la generosa propina. El viajero golpeó con el bastón en el techo y el vehículo de alquiler reanudó su marcha, alejándose de la estación. Los viajeros lo vieron hundirse en la niebla, bajo la llovizna helada, con un gesto de desaliento y resignación.

Karin miró con curiosidad hacia la persona acurrucada al otro extremo del confortable asiento del carruaje, sumido virtualmente en la oscuridad. Cuando el vehículo pasaba junto a una farola y la claridad lechosa de éste se filtraba fugazmente por la ventanilla, el macferlán de cuello subido y el sombrero de copa alta le impedían vislumbrar con cierta claridad las facciones de su acompañante, que parecía estilizado y aristocrático.

—Aún no me ha dicho su nombre —comentó, curiosa.

—Oh, cierto, cierto —suspiró su compañero—. James. James Smithers, señorita Halloway.

—¿Qué le ocurre exactamente a Jessie, señor Smithers?

—Es largo de contar. Y difícil. Será preferible que ella misma se lo refiera, puede creerme.

—En su carta mencionaba ciertos sucesos en los yermos, donde trabaja como enfermera para un asilo de lujo...

—Exacto. Sucesos que la tienen muy preocupada.

—Le di las señas de un policía amigo de mi familia, aquí en Londres. ¿Sabe si ha ido a verlo?

—Algo me contó al respecto, sí. Creo que se siente un poco defraudada del resultado de esa visita a Scotland Yard.

—Oh, pobre Karin. Tendré que ir con ella personalmente a ver al superintendente. ¿Tan poco verosímil es lo que tenía ella que referir?

—Pues..., sí, me temo que sí, señorita Halloway.

Siguieron rodando en silencio. El carruaje parecía ser conducido por su cochero a una dirección concreta, conocida ya de antemano. El viajero cruzó sus piernas en el rincón donde se acomodaba, y tosió discretamente.

—No se impacienta —rogó con suavidad—. Llegaremos en pocos minutos a nuestro destino...

Así fue. Cosa de ocho o nueve minutos más tarde, el carruaje se

detuvo con un golpeteo de cascos de caballos en el húmedo empedrado. Las ruedas dejaron de girar y una lejana luz de gas se inmovilizó en el recuadro de la ventanilla, cuando el misterioso viajero llamado Smithers abrió la portezuela, saltando el primer a tierra. El amplio macferlán negro flotó en torno suyo como unas enormes alas de un pájaro grande y lúgubre. Su mano enguantada se alzó hacia Karin cuando pisó el suelo firme.

—Baje, por favor —rogó. Y dirigiéndose al cochero, indicó—: Usted espérenos aquí, se lo ruego. No descargue el equipaje, no. Continuaremos viaje después con otra dama.

—Sí, a sus órdenes, señor —aceptó de buen grado el cochero.

Karin bajó al pavimento callejero, resbaladizo y negro charolado a sus pies. Miró en torno, curiosa. Y también, por qué no decirlo aunque fuese sólo mentalmente para sí misma, algo inquieta, preocupada.

La bruma, pastosa y acre, no permitía ver gran cosa a corta distancia. Sólo una cercana verja, un muro de ladrillos oscuro a un lado y otro de piedra al otro. Parecían hallarse en un pasaje o callejón bastante angosto, al final del cual lucía débilmente una farola.

—¿Es aquí donde nos espera Jessie? —se interesó.

—Por supuesto. Un lugar poco frecuentado. Se siente más segura aquí, dadas las circunstancias. Sígame, se lo ruego.

Echó a andar ante ella. Karin le siguió sin vacilar. Hubiera hecho cualquier cosa menos quedarse sola en aquel paraje desolado, sombrío y silencioso. El coche quedó atrás, con su conductor acurrucado en el pescante, resguardado del frío y la lluvia por su gabán y su bufanda enroscada al cuello.

Caminaron pegados a la verja y el muro de ladrillos cosa de unas veinte yardas. El viajero del coche se detuvo de repente. Señaló al muro.

—Aquí es —dijo—. Hemos llegado, señorita Halloway.

Ella miró ante sí con dificultad. A través de la humeante niebla pudo descubrir unos escalones que bajaban a una planta situada bajo el nivel de la calle, en un semisótano como tantos otros de Londres. La oscuridad abajo era total, y ni una leve rendija de luz se filtraba por sus ventanas y puerta, perfectamente ajustadas por herméticos postigos. Su acompañante pareció adivinar lo que

pensaba.

—Está ahí abajo, sí. Pero vale más que parezca un lugar deshabitado, señorita Halloway. Aquí, nadie buscaría a su amiga...

Karin, convencida, afirmó, comenzando a bajar los escalones hacia el semisótano. El llamado Smithers fue tras ella.

Apenas puso uno de sus delicados y breves pies en el suelo del nivel inferior, una mano férrea, enérgica, cayó sobre su boca, taponándola. Otro brazo rodeó su torso, paralizando sus brazos contra el cuerpo. Aterrorizada, pugnó por desasirse, forcejeó con su opresor. La mano enguantada de éste, desde sus espaldas, apretó con mayor fuerza su boca y nariz, cortando por completo el acceso del aire a sus pulmones. El forcejeo se hizo sordo y brusco. Crujía el tejido sedoso del vestido de la joven, sujeta firmemente por aquellos brazos de hierro.

Fue lanzada de pronto contra la pared, donde se golpeó la cabeza. Aturdida, sin aliento ni fuerzas para gritar, notó que la mano se apartaba de su boca un instante, y abrió la boca, para lanzar un grito de terror.

La sombra humana que la escoltara hasta entonces, se inclinó sobre ella con rapidez. La mano que la amordazara antes, empuñaba ahora algo. Creyó que era el delgado bastón que hasta entonces portara su acompañante, pero no era así, sino el largo, afilado estoque de acero que él había extraído de dicho bastón.

La hoja de cortante acero se clavó en el cuello de la joven. Lo atravesó de un lado a otro, penetrando por su garganta, bajo la nuez, y saliendo por su nuca.

En la sombra del semisótano, los ojos de la muchacha se desorbitaron horriblemente cuando el frío agujonazo de metal punzante perforó su bella garganta.

Cuando el asesino arrancó la hoja de la herida, a la muchacha le era imposible ya exhalar grito alguno. Sólo pudo brotar de sus labios un ronco estertor en medio de un burbujeo siniestro de sangre. Cayó contra el muro, mientras de su perforada garganta surgía una especie de jadeo horrendo. La sangre brotó impetuosa del orificio en cuello y nuca. Luego, el estoque ensangrentado volvió a clavarse en el joven y hermoso cuerpo, a la altura de su corazón. Atravesó el seno izquierdo y salió por la espalda, como un diabólico punzón de muerte.

La muchacha se desplomó ahora de rodillas, el rostro convertido en carátula trágica y convulsa, clavando sus ojos vidriosos, sin ver nada, en el rostro de su asesino.

Éste, frío, calmoso, sin inmutarse, volvió a desenvainar el acero de la carne, y se apartó levemente, contemplando su obra. Bajo el negro sombrero de alta copa, brillaban malignos, helados, sus ojos crueles. Una risita suave escapó de los labios en la sombra.

—Y esto, por si acaso, preciosa jovencita... —susurró.

Brutal, casi sádicamente, empezó a cortar a tajos secos y cruzados el rostro joven y hermoso, el cuello agujereado, las ropas sedosas, los senos pujantes y bellos... En escasos segundos, lo que yacía a sus pies era un amasijo sanguinolento, difícil de identificar incluso.

Soltando otra risita burlona, se alejó escaleras arriba. Cuando pisó la acera, limpió su estoque en los pliegues del macferlán y se alejó en la bruma, en sentido opuesto al lugar donde esperaba el cochero con su carruaje y la valija de la joven recién llegada del continente.

Hasta transcurrida casi una hora, el cochero no reaccionó, avisando a un *policeman* que pasaba, sobre la prolongada ausencia de sus viajeros en el callejón.

—Es extraño —dijo el agente, arrugando el ceño—. En ese pasaje no hay ninguna vivienda habitada. Sólo dos semisótanos, pero ambos están desocupados hace meses...

Pocos minutos después, a la luz de su lámpara, el policía encontraba el macabro, sangriento espectáculo del semisótano, y su silbato estridente rompía el silencio neblinoso de la zona, con su aguda nota de alarma.

El superintendente Alastair Owens cambió una mirada sombría con su subordinado, el sargento Ian Finsbury.

—Maldita sea, esto no me gusta nada, sargento —confesó con malhumor el superintendente. Y su rostro mostraba una palidez que no era habitual en él.

—A mí tampoco, señor —confesó el pelirrojo policía, contemplando a su jefe con aire taciturno—. Esa pobre chica...

—No me lo recuerde, Finsbury. Ese asesino carnicero la convirtió en un amasijo irreconocible. El forense dice que, cuando menos, tiene una treintena de tajos, aparte las dos heridas mortales

de garganta y pecho. Creo que nos las estamos viendo con una bestia que tiene poco de humana...

—Ella..., ella era conocida suya, ¿verdad, señor? —insinuó tímidamente Finsbury.

—Más que eso, amigo mío. Era la hija de un buen amigo, Malcolm Halloway. Una chica joven, casi adolescente. Rica, bella, inteligente, sensible y encantadora. Los hombres más ricos y agraciados de Londres iban tras ella. Y ahora... —exasperado, inclinó la cabeza, pegando un puñetazo en su mesa—. Oh, Dios, quisiera tener a ese canalla entre mis manos un solo instante, para...

—Señor, usted es policía, recuérdelo —le interrumpió el sargento—. Si eso llega a suceder... no puede pensar que es también el verdugo.

—Muy cierto, sargento —se serenó el superintendente, encajando sus mandíbulas con rabia—. Perdone. No volveré a dejarme llevar por mis sentimientos personales, pero no pude evitarlo.

—Lo comprendo muy bien, señor. A veces resulta difícil ser policía...

—Y que lo diga. Hemos podido saber que era Karin Halloway gracias a ese cochero que denunció su desaparición y la del otro viajero a quien previamente llevara a la oficina central de correos, recogiendo a Karin en la estación Victoria. Era su equipaje, y ahora sabemos que el medallón que llevaba era el de Karin, así como las ropas y todo lo demás. Pobre padre. Ha sido avisado a París, donde se encuentra ahora, apenas la servidumbre identificó a la víctima...

—Y sobre el asesino, ¿qué?

—Nada. O muy poco, cuando menos. Sólo tenemos la descripción del cochero: un hombre delgado, elegante, con aspecto aristocrático incluso, voz suave, ademanes caballerescos, ropas caras... y nada de nada sobre su rostro, que llevaba bien oculto.

—¿Por qué supone que mató a la joven? ¿Por sadismo simplemente?

—No lo creo. Tal vez ese sadismo sólo conducía a presentar el crimen como uno más de los que cometen los maníacos de Londres. Parece todo bien medido y calculado, pero ignoro qué móviles pudo tener ese monstruo para hacer lo que hizo.

En aquel momento, un agente golpeó suavemente la vidriera del despacho. Irritado, el superintendente se disponía a echarlo con cajas destempladas, cuando observó que el policía llevaba en su mano un papel escrito, que agitaba significativamente, al otro lado de la puerta.

—Pase —dijo Owens, con un gesto brusco. Y apenas estuvo dentro su subordinado, le dirigió una rápida pregunta—: ¿Qué ocurre ahora, agente? Tengo mucho trabajo pendiente y...

—Perdone si le molesto, señor, pero revisando las pertenencias que la señorita Warren llevaba consigo cuando llegó a Londres, en la pensión donde se alojó, hemos encontrado algo que tal vez pueda interesarle ver, especialmente *ahora*...

—¿A qué diablos se refiere? —arrugó su ceño Owens—. ¿Está hablando de aquella joven enfermera de Devon que fue atropellada por un carruaje frente a Scotland Yard?

—A la misma, señor. Esta carta estaba entre sus cosas personales...

Se la tendió. Owens recogió el escrito, que aproximó a la luz. Una exclamación de asombro brotó de su garganta en ese momento:

—¡Cielos, sargento, vea esto! La carta que tengo aquí está dirigida a Jessie Warren. Le da mi nombre para que venga a consultarme algo grave y urgente... ¡Y firma la carta Karin Holloway!

Los dos hombres, en ese punto, cruzaron entre sí una mirada de infinito asombro y de la máxima preocupación, como si acabaran de encontrarse con algo totalmente imprevisible.

Capítulo IV

DENNIS WALD bajó del carruaje blindado que le condujera desde Londres a la penitenciaría de Dartmoor. Pestañeó, deslumbrado por la luz, pese a que el día era más bien nuboso y tristón, presagiando lluvia. El aire húmedo debía de venir del mar, y arrasaba los yermos de Devonshire con lúgubre silbido.

Pero después de varias horas encerrado con sus grilletes dentro del vehículo celular, resultaba casi cegadora aquella claridad matinal en el patio interior de la prisión.

—¡Vamos, Wald, baje pronto! —le ordenó un celador, empujándole con su fusil—. ¿O esperas que forme la guardia en tu honor?

Los demás guardianes soltaron risas estruendosas. Dennis Wald, tambaleante, con sus muñecas y tobillos unidos por los grilletes, miró en torno, pensativo, con expresión torva y ceñuda, muy distinta a la del joven displicente y cínico que se mostrara ante el público y magistrados de Old Bailey durante el juicio por asesinato seguido contra él en fechas anteriores.

Un rumor de los reclusos, alineados en estos momentos contra los grises muros del patio, bajo la mirada y las armas de sus carceleros, le llegó nítido en ese momento. Se volvió, escudriñando a unos y otros mientras avanzaba dificultosamente en medio de sus guardianes armados.

Muchos le sonrieron. Otros le guiñaron un ojo o le hicieron señas de amistad. Dennis se limitó a sonreír entre la barba de varios días que ensombrecía su rostro viril y atractivo.

—Hola, amigos —saludó en voz alta—. ¿Qué tal os tratan en este hotel de lujo?

Hubo risotadas por doquier. Los celadores mostraron su disgusto con los reclusos alzando sus armas amenazadoramente.

—¡Orden, orden! —rugió un funcionario—. ¡Permaneced todos

callados o vais a lamentarlo! Acaba de llegar un nuevo bastardo para unirse a vosotros, carroña miserable, eso es todo. Si queréis darle la bienvenida, hacedlo cuando se reúna con los demás, no ahora.

Uno de los reclusos hizo burla al que hablaba, y enarboló un puño, dirigiéndose al recién llegado.

—¡Bien venido a tu nueva casa, Wald! —voceó—. ¡No te dejes amilanar por este hatajo de cerdos miserables! ¡Demuestra que eres todo lo bueno que demostraste ser en el juicio! ¡Ya hemos oído hablar de tu bravura, muchacho! ¡Ríete de todos estos hijos de perra!

El guardián que hablara antes, y cuyo distintivo le hacía aparecer como uno de los hombres de autoridad dentro del cuerpo de funcionarios de la penitenciaría, le hizo pagar cara su osadía. Le metió la culata del arma en el vientre, y cuando el recluso se dobló, jadeante, con un juramento de dolor, le martilleó la cabeza, arrojándole a tierra de bruces. Los demás permanecieron quietos, mirando sombríos al guardián.

Pero Dennis Wald no se quedó quieto ante eso. Hizo lo que ninguno de los presos se había atrevido a llevar a cabo ante la agresión brutal a uno de los suyos. Se precipitó, antes de que nadie pudiera evitarlo, fuera de la doble hilera de celadores que le escoltaban, cruzó el claro con una rapidez sorprendente en un hombre cargado de cadenas y pulseras de hierro, y alcanzó al guardián, clavándole la cabeza en los riñones con fuerza de ariete.

El golpeado aulló, soltando su arma, se dobló hacia atrás, pareciendo haber perdido la capacidad de respirar, y Dennis aprovechó el momento para mover sus brazos encadenados y hundir ambos puños, con cadenas y todo, en el costado del otro, derribándole con un ronco jadeo de asfixia. Una vez en el suelo, antes de que dos celadores logaran interponerse, consiguió descargarle un puntapié al rostro, que clavó los eslabones de hierro en la mejilla del caído, haciéndole sangrar.

—¡Esto por sucio torturador, miserable! —aulló Wald, triunfalmente.

Un clamor de júbilo y gratitud brotó de las gargantas de los patibularios reclusos de Dartmoor. Los celadores de la prisión, rápidamente, formaron cordón y dispararon sus fusiles al aire,

amenazadoramente, abortando el incipiente motín justo a tiempo.

Por su parte, ya Dennis Wald rodaba por tierra, golpeado brutal e implacablemente por los guardianes, hasta que sangró por su boca y nariz bajo las culatas y las botas de sus agresores. Aun así, logró aferrarse a la pierna de uno de ellos e hincar sus dientes en su tobillo. El alarido del dañado, sonó como una sirena, provocando risas en los presos.

Justo a tiempo, Wald se libró de lo peor. Cuando los guardianes, enfurecidos, se disponían a patearle sin piedad, una voz dura, afilada, llegó de alguna parte:

—¡Quietos! ¡Quietos todos! ¡Es una orden! ¡Silencio y quietos! ¡Si los presos se amotinan, disparen a matar! ¡Pero que nadie mueva un dedo, incluidos ustedes, mis hombres, si no quieren que las cosas se compliquen!

Los celadores se quedaron quietos, mirando con odio profundo a Wald. Éste les sonrió desafiante desde el suelo, pese a la sangre que mojaba su cara, y se limpió a manotazos nariz y labios, sin importarle causarse más daño con sus grilletes.

—¡Traed aquí al nuevo recluso! —ordenó con aspereza el que hablara momentos antes con tal energía y autoridad.

Se sintió alzado en brazos de los guardianes. Luego, le condujeron a presencia de un hombre fornido, vestido con levita oscura, chaleco floreado y pantalón gris. Estaba en pie a la entrada del gris, macizo edificio central de la penitenciaría, flanqueado por dos guardianes de uniforme gris, armados con revólver y fusil.

Le arrojaron a pies del desconocido. Éste le miró con ojos helados, inexpresivo su rostro cuadrangular, enérgico y frío.

—Soy Wilfrid Holt, alcaide de esta prisión —dijo con acritud, sin pestañear—. Su disciplina y buen comportamiento, a partir de ahora, es asunto mío. Si se porta mal aquí, va a pasarlo peor de lo que imagina. Pórtese bien, sea un recluso dócil y correcto, y no tendrá queja de mí ni de mis funcionarios. De usted depende la elección. Va a pasar a una celda de castigo por lo que acaba de hacer, y ése es un mal precedente aquí, pero confío en que eso le sirva de escarmiento en lo sucesivo. De todos modos, es norma mía hablar más ampliamente con cada recluso nuevo que llega a mi establecimiento. De modo que mi oficial de celadores, el señor Hartfield, le va a poner algo más presentable y le conducirá a mi

despacho de inmediato. Luego, será trasladado a la celda de castigo por un período de una semana. Eso es todo, Dennis Wald. Señor Hartfield, ocúpese de él. Y que atiendan debidamente al señor Morgan.

—Sí, señor —afirmó un hombre uniformado, de figura altísima, flaca y huesuda, rostro anguloso y cejas hirsutas—. En marcha, Wald. Y conmigo no juegues. Soy bastante tolerante, no como mi camarada Morgan. Pero si me buscan las cosquillas, acaban por encontrármelas.

Wald no se soliviantó esta vez. Fue con el llamado Hartfield a las letrinas, y se lavó lo mejor posible rostro y manos empapados de sangre en un barril de agua. Después, fue conducido a un cuartucho donde le cambiaron sus ropas por un uniforme gris sucio, de tela burda y áspera, con un número bordado toscamente en el pecho, con hilo rojo oscuro. Vio que le correspondía el 772.

—Ahora, ya puedes ir a ver al alcaide —dijo Hartfield, señalándole el camino con su fusil—. En marcha, Wald. Y te daré un saludable consejo si quieres sobrevivir aquí largo tiempo lo mejor posible: sé buen chico y no te crees problemas. Has entrado con mal pie y mi compañero Jebb Morgan es un pésimo enemigo. Pero aún estás a tiempo de recapacitar y cambiar de comportamiento.

—Vete al infierno —rezongó Dennis, malhumorado el gesto.

—Como quieras —se encogió de hombros apaciblemente el larguirucho celador—. Yo ya te advertí, muchacho... Y huir no será solución. Muchos huyeron de aquí. Y no se ha vuelto a saber nada de ellos. Se perdieron en los yermos o en los pantanos...

Le llevó hasta la planta alta del recinto central, donde estaba la oficina del alcaide. Le introdujo a su presencia. Wilfrid Holt le contempló ceñudo desde detrás de su mesa, sin dejar de consultar sus documentos sobre la mesa. Luego dirigió una ojeada a Hartfield.

—Puede dejarnos solos —dijo—. Ya sabe que me gusta hablar con mis reclusos sin testigos delante, Hartfield.

—Sí, señor. Estaré ahí mismo si me necesita —le recordó el flaco individuo, saliendo dócilmente del despacho.

Se cerró la puerta tras él. Holt se puso lentamente en pie con un suspiro, apartando los papeles de delante. Rodeó la mesa y llegó ante su preso. Le miró, fijo, y éste a él.

Luego, inesperadamente, alargó su mano. Estrechó con calor la

de Wald, y una amplia sonrisa se dibujó en su semblante.

—Bien venido a Dartmoor, *inspector* Wald —dijo con sencillez—. Si es que puede decirsele eso a alguien... incluso a usted.

—Gracias, señor Holt —suspiró el joven prisionero—. Espero que mi misión salga bien, pese a todas sus dificultades. Lo que es cierto es que no va a resultar nada sencilla, la verdad...

* * *

—¿Tienes alguna idea en concreto?

—¿Ideas? ¿Se refiere a un plan previo, preconcebido?

—Sí, eso es. No se habrá metido en este agujero así, sin más...

—Puede decirse que es algo así lo que he hecho —sonrió Dennis Wald—. Aparte de usted mismo y del superintendente Owens y el sargento Finsbury, de Scotland Yard, nadie más sabe la verdad sobre mi persona.

—Olvídese de Owens y Finsbury. Scotland Yard y Londres quedan muy lejos de Dartmoor. Más de lo que geográficamente puede parecer, créame. Lo aprenderá cuando vea que la ley de la jungla reina en este lugar, tanto entre los reclusos como entre mis propios celadores. Yo lo sé, pero no puedo hacer nada por evitarlo. Éste es un lugar al que vienen todos los peores criminales del país. Hay que tener gente dura y desaprensiva para mantenerlos a raya. Gente que, muchas veces, no es mejor que ellos, pese a actuar a este lado de la ley. Tendrá malos enemigos aquí. Ya se ha ganado uno que no puedo quitarle en modo alguno...

—¿El celador Morgan? —sonrió Wald.

—Eso es. Morgan es una mala persona. El peor de mi gente.

—Lo he creído advertir. Pensé que eso me crearía simpatías entre los reclusos.

—Y así será, no lo dude. Pero eso puede ser un arma de doble filo, llegado el momento. ¿Qué ha pensado hacer exactamente, para cumplir esa misión?

—Sobre todo, escapar —rió Wald—. Pero no solo, naturalmente. Para eso, no hubiera protagonizado la farsa de pasar por asesino y descuartizador, e ingresar aquí como un vulgar criminal de la peor especie.

—Entiendo. Quiere saber qué ha sido de los reclusos evadidos... y desaparecidos.

—Exacto —sonrió Wald—. Es mi tarea, después de todo.

—En efecto. ¿Conoce los detalles?

—Más o menos. Me los refirieron el superintendente y el ministro del Interior.

—Ya. ¿Por qué le eligieron a usted?

—Porque soy un policía poco conocido en Londres, por no decir nada. Pude pasar por un desaprensivo vividor de mujeres, capaz de matar a una de ellas.

—Realmente, ¿mataron a aquella chica por dinero?

—¿A Gladys Carpenter? Parece ser que sí. Pagaba a hombres, eso es obvio. Por ello se nos ocurrió ese plan audaz. Lo cierto es que el verdadero asesino no ha sido hallado aún, pero ahora estará más confiado y será más sencillo echarle mano. Entretanto, Dennis Wald es el culpable oficial del crimen.

—Le hablaré de los reclusos evadidos —suspiró el alcaide, sentándose tras la mesa e invitando a Dennis a hacerlo frente a él, tras correr el pestillo de la puerta prudencialmente—. ¿Desea fumar?

—No, gracias —rechazó Wald—. Prefiero que no me noten olor a tabaco cuando me lleven a la celda de castigo. Imagino que no estaré solo allí...

—¿Solo? —rió sarcásticamente el alcaide—. Tendrá a su peor compañero imaginable, Wald. Un verdadero sádico, un asesino feroz y despiadado: Benedict Wolf.

—Benedict Wolf... Me suena su nombre de algo.

—Mató a tres niñas después de violarlas —dijo con frialdad Holt, dominando sin duda alguna su ira interior—. Pero eso no se pudo probar, aunque yo sé que lo hizo. Está aquí por un homicidio más vulgar: mató a un amigo estando borracho. Cumple condena de diez años solamente. Y aún le quedan nueve aquí. Es violento, brutal, insociable y desconfiado. Sé que intenta evadirse. Sólo la desaparición misteriosa de los otros reclusos evadidos el pasado año, le ha hecho desistir de momento.

—Hábleme de esas desapariciones, señor Holt —pidió el policía.

—No hay mucho que decir sobre ellas —suspiró el alcaide cansadamente, encogiéndose de hombros—. Hasta ahora, esta penitenciaría ha sido de máxima seguridad desde tiempo inmemorial. Alguna vez en el pasado, lógicamente, hubo evasiones. Pero fue algo aislado, excepcional. Y casi siempre, los evadidos

fueron capturados cuando intentaban huir por mar en alguna embarcación, o se les daba caza en los yermos. Hubo quienes murieron devorados por el pantano. Pero fueron los menos. Lo de ahora es muy diferente. En cosa de quince a diecisiete meses, hemos tenido ya nada menos que doce evasiones, en casi todas ellas con más de un recluso. El total de evadidos se eleva ya a veintinueve hombres. Y ninguno de ellos fue hallado jamás, vivo o muerto, en toda la región de Dartmoor.

—Sí, sabía eso. Pero imaginaba que usted me daría más detalles. Los ministros de Justicia e Interior están muy preocupados por el asunto, y han encargado a Scotland Yard de su investigación a fondo. Por eso estoy aquí.

—Cierto, amigo mío. Cuando fui confidencialmente informado de lo que se planeaba en Londres, tuve miedo por usted. Ahora ese miedo ha aumentado más si cabe. Veo que es usted un joven duro, inteligente y decidido. Pero va a verse mezclado con lo peor de la escoria social inglesa. Asesinos, ladrones, parricidas, violadores, borrachos violentos y locos. Locos, sí. La forma de administrar justicia en nuestro país dista mucho de ser correcta. Y aquí están, entre criminales de toda laya, auténticos casos de manicomio. Pero los jueces no quisieron ver su enfermedad mental, y los trajeron a esta prisión, mezclándolos con los demás. Tendrá que ser muy hábil para engañarles a todos y hacerles creer que es usted un psicópata asesino capaz de enfrentarse con cualquiera.

—Ése es asunto mío —sonrió Wald con serenidad.

—Lo sé, lo sé. Pero ya empiezo a sentirme desalentado en este asunto. Por ello pedí ayuda a Londres. Veintinueve reclusos no pueden evaporarse así, sin más. Y aunque el páramo sea peligroso y nada hospitalario, tampoco es la jungla. Lo lógico es que, vivo o muerto, alguno hubiera sido encontrado tarde o temprano.

—¿Buscaron a fondo?

—Muy a fondo, sí. Se registró palmo a palmo la región, desde estos muros hasta Yelberton por el sur, Callington por el oeste, Bovey Tracey por el este y Bridestown por el norte. Una zona de casi quinientas millas cuadradas. No hallamos nada ni a nadie. Ni el menor rastro.

—Eso no tiene sentido. ¿Nadie les vio en ninguna ocasión?

—Nadie, Wald. Es como si al abandonar esta penitenciaría, se

los hubiera tragado la tierra. Pero han de estar en alguna parte. Los perros husmearon, siguiendo su rastro hasta desorientarse. Nuestros hombres, buenos conocedores del páramo, con Morgan a la cabeza, se agotaron en la búsqueda, sin resultado alguno. El misterio sigue en pie. Y no queremos que nuevos criminales anden sueltos, estén donde estén.

—Espero poderlo resolver alguna vez, señor Holt —sonrió Wald.

—Ojalá sea así, amigo mío —le miró el alcaide, dubitativo—. Pero tenga cuidado. Mucho cuidado. Aquí, o fuera de aquí, si logra ganarse la confianza de alguno y escapar en su día. De momento, no puedo ayudarle en nada. Tendré que permitir que Morgan se ensañe con usted, puesto que ha sabido ganarse tan rápidamente su enemistad. Intervenir en su favor, sería hacerle aparecer de inmediato como sospechoso ante él y los demás reclusos.

—Naturalmente, señor. Ocurra lo que ocurra, no se le pase nunca tal cosa por la imaginación. Deje que me las arregle yo solo. Todo saldrá bien, estoy seguro.

—Dios le oiga, muchacho —resopló Holt, ceñudo—. ¿Algo más?

—Supongo que no. Si debo averiguar lo que está sucediendo en los yermos, tendrá que ser por mis propios medios. Ahora puede devolverme con los demás y encerrarme en esa celda de castigo, o sospecharían por lo prolongado de esta entrevista.

—Eso no le preocupe. Todo recluso nuevo recibe aquí su primer rapapolvo. Y en su caso con más motivo, después de lo que le hizo a Morgan —sonrió Holt—. Suerte, Wald. Y soporte lo mejor posible el pésimo trato en la celda de castigo, así como la infecta comida que damos a los castigados...

—Lo intentaré, no lo dude —sonrió Wald, estrechando la mano del alcaide.

Momentos después, el celador Hartfield devolvía al recluso con sus compañeros de cautiverio. Éstos le vieron pasar, camino de las celdas de castigo, con la cabeza bien alta y exhibiendo una desafiante sonrisa de triunfo. Muchos le jalearon al pasar:

—¡Bravo, Wald, demuéstrales que contigo no pueden!

—¡Eres un tipo estupendo, muchacho!

—Vamos, vamos, callaos todos o será peor —avisó duramente Hartfield—. Dejadnos paso y no os compliquéis la vida por este estúpido.

—¿Estúpido? —rió uno—. ¡Veremos si podéis doblegarle, cerdos!

Cuando la puerta de la celda de castigo se abrió, chirriante, ante Dennis Wald, éste no pudo evitar un instintivo movimiento de retroceso ante la oscura y sórdida estancia a que iba destinado. Además de destilar humedad todos sus muros, partía de ella un hediondo olor a excrementos, orines y sudor humano. Un celador rió, empujándole con la culata de su arma.

—Vamos, vamos, ¿vas a acobardarte ahora, gallito? —se mofó—. Adentro. Es el sitio donde se le bajan los humos a tipos como tú.

—Entra, Wald —dijo Hartfield con frialdad—. No es que tu compañero de celda sea demasiado desaseado. Es que ahí dentro tenéis que hacer vuestras necesidades y todo. A ver si el escarmiento os sirve de algo y ese salvaje de Wolf y tú no volvéis a crearnos problemas cuando salgáis de esta celda...

Fue introducido a empujones en el tétrico reducto. La puerta chirrió al cerrarse, y chascó luego con acritud, a medida que se corría el cerrojo con varias vueltas de llave.

Se quedó inmóvil en la fétida oscuridad, sintiendo cerca de él el jadeo de alguien acurrucado en las tinieblas. Bajo sus pies, algo se deslizó rápido, rozándole con un vello erizado y frío. Supo que, además del hedor a excrementos y orines, tendría que soportar a las ratas, en aquel antro indigno de albergar a seres humanos en una época en que el siglo XIX ya tocaba a su fin y se suponía que el imperio debía de tratar civilizadamente a sus penados.

—Maldita sea, ¿qué clase de infernal agujero es éste? —masculló en voz alta.

—Cierra el pico, bastardo, o te vaciaré los ojos con mis dedos si me molestas otra vez —silabeó una voz ronca, brutal, tan áspera y ominosa como el gruñido de una fiera sanguinolenta.

Supo que el dueño de aquella voz era su compañero de celda, el sádico asesino y violador de niñas, Benedict Wolf.

Capítulo V

VALERIE MARSH sonrió cuando el hombre afable, corpulento y canoso, de frondosas patillas enmarcando su rubicunda faz, que evocaba inevitablemente al saludable míster Pickwick imaginado por Dickens, la estrechó suavemente la mano, dándole la bienvenida:

—Sea llegada en buena hora a Golden Years —recitó—. Espero que se sienta pronto cómoda entre nosotros, señorita Marsh.

—En eso confío yo también, señor, porque será prueba de que sé cumplir eficientemente mis obligaciones.

—Soy el doctor Desmond Derrick, director de este asilo. Estoy seguro de que así será, señorita Marsh, porque no todas las enfermeras que hemos tenido aquí llegaron con tan excelente nota en un lugar de prácticas como el prestigioso Barts londinense. Ahora, venga conmigo. Le presentaré a quienes van a ser sus compañeras y pacientes en este lugar. Pero, eso sí, deseo advertirla que no se sienta aquí como en un centro benéfico u hospitalario cualquiera. Golden Years es un lugar distinto, muy distinto, donde la medicación forma parte de las atenciones a asilados que son libres de moverse a su libre albedrío, que gozan de excelente posición social y económica, y han elegido este lugar para sentirse acompañados y atendidos, y no en la soledad de su vejez sin familia. Se nos califica de establecimiento de lujo, simplemente porque aquí el régimen de vida es abierto y cordial, amistoso y alegre, y los ancianos asilados no se sienten como prisioneros ni como sometidos a nada ni a nadie. A fin de cuentas, cada uno de ellos es muy dueño, en un momento dado, de darse de baja y marcharse de aquí. Poseen medios económicos suficientes para hacer lo que les venga en gana. Aunque eso sí, como todos los ancianos, a veces son como niños, y tienen sus pequeñas manías, hacen sus pequeñas travesuras... e incluso forjan sus pequeñas

mentiras —sonrió benevolente el doctor Derrick.

A Valerie le resultó simpático aquel hombre. Sonrió a su vez, siguiéndole al interior de la mansión, típicamente victoriana, que se alzaba en medio del páramo de Devon, a sólo milla y media de la pequeña población de Yelberton, en una región árida y llana, azotada por una brisa húmeda y rodeada por colinas de dentados perfiles, oscuras por la vegetación parduzca. En principio, era cierto que el edificio, sólido y majestuoso, construido en piedra y ladrillo, con artesonados de madera típicamente británicos, y rematados sus grises tejados por las chimeneas tradicionales de cualquier edificación de ese estilo, le había causado una cierta incómoda impresión, como si su presencia en el centro de la árida llanura sugiriese más algo siniestro y amenazador que la idea de un albergue acogedor y hospitalario.

Pero Valerie estaba segura de que todo eso eran sólo impresiones pasajeras, lógico resultado de su brusco traslado desde el bullicioso Londres a una región tan triste y desolada.

El doctor Derrick la llevó hasta un amplio salón que se hallaba cerca de la amplia escalera ascendente, que describía su amplia curva partiendo desde el vestíbulo a la planta alta del edificio. Allí la aguardaban varias personas de ambos sexos. Unos jugaban al ajedrez, otros a naipes, y un fuego alegre crepitaba en la chimenea, dando un matiz confortable a la estancia.

—Aquí tiene a sus compañeros de trabajo, señorita Marsh —presentó el doctor Derrick—. El doctor Brian Nesbitt, mi ayudante, y el enfermero Scott Yordan.

Los dos jugadores de ajedrez movieron sus cabezas, en señal de salutación, mirándola curiosamente, aunque sin abandonar su tablero ni sus asientos. A Valerie le pareció esa actitud algo incorrecta, pero se abstuvo de opinar y miró a los cuatro que jugaban al *bridge* en la mesa de verde tapete. Eran dos hombres y dos mujeres, y formaban parejas mixtas en el juego, según advirtió por su situación en la mesa.

—Aquí tiene a los enfermeros Phil Kelly y Martin Roberts, con las enfermeras Cynthia Kerr y Mabel Young. Señores, ella es la señorita Valerie Marsh, la nueva enfermera. Está titulada en San Bartholomew y éste va a ser su primer trabajo fuera del hospital. Espero la ayuden todos en sus inicios.

—Por supuesto, querida —asintió la enfermera Young, aludida en último lugar, levantándose para dar un beso en cada mejilla a la joven, mientras los demás jugadores de naipes la imitaban—. Cuenta con nosotros en todo momento. Estás entre amigos y camaradas.

—Son todos muy amables —dijo Valerie, cohibida, agradeciendo los besos femeninos y los apretones de manos masculinos. Luego miró de soslayo al doctor Nesbitt y al enfermero Yordan, que parecían ajenos a todo, ensimismados en su tablero.

—A éstos no les haga mucho caso —rió el enfermero Kelly, un joven larguirucho y pecoso, de cabellos rojos y erizados—. Creo que cuando juegan, se olvidan incluso del mundo que les rodea. El doctor Nesbitt es un fanático del ajedrez.

—Y Yordan no le va a la zaga —señaló la enfermera Young, agitándose su fornida, musculosa figura rechoncha, con una risa mal contenida.

Valerie observó a todos sus compañeros curiosamente. El doctor Nesbitt era un hombre de edad mediana, rostro colorado y cabellos escasos, algo canosos. El enfermero Yordan, su rival en el ajedrez, un típico escocés de pelo rizado, ojos muy azules y nariz abultada y rojiza, nada atractivo por cierto.

En cambio, el enfermero Martin Roberts era el hombre más guapo del asilo de Yelberton. Rubio, alto, bien parecido y con una figura esbelta y atlética, fijaba sus ojos grises con vivo interés en la nueva enfermera. Parecía no fijarse demasiado en su compañera de juego, la rubia enfermera Kerr, joven y atractiva, y aunque no demasiado bonita, sí dotada por un tipo llamativo, en especial las dos prominentes y erguidas formas de su busto que marcaba nítidamente su blanca bata de trabajo. Aunque tal vez la convivencia entre ambos hiciera que se mirasen sólo como colegas, o que no trascendiera al exterior la posible atracción de uno hacia otro, si es que ésta existía.

—Una enfermera de Londres, y recién titulada —dijo el guapo Roberts con tono cordial, dibujando una amplia sonrisa en sus labios carnosos—. Y además, bonita. Creo que hemos sido muy afortunados en este viejo y olvidado rincón de Dios.

—Como ves, nuestro compañero Roberts es todo un galanteador, chica —comentó la enfermera Cynthia Kerr, acercándose a Valerie

con una sonrisa. Al caminar, sus poderosos senos vibraban de un modo agresivo—. Pero no te fíes demasiado de él. Es voluble como una mariposa. Se chifla por cualquier cara nueva, y luego espera a que llegue otra, sin hacernos demasiado caso.

—Todo eso es despecho —rió el aludido, burlonamente—. Como no le hago caso a ella...

—Sabes que eso no es cierto, Roberts —cortó con rara frialdad ahora la rubia y bien dotada enfermera—. Soy yo quien no quiere nada contigo.

Y se alejó airadamente, saliendo de la estancia. Un momento de desconcierto reinó entre los presentes, pero el doctor Derrick, con desparpajo, lo rompió eficazmente.

—Ahora sígame, y dejemos a todos ellos hablando de sus cosas —terció, tomando a Valerie por un brazo—. Le falta conocer a mi primer ayudante, a los pacientes y al servicio. Aquí, todos unidos formamos una pequeña familia bien avenida... aunque las palabras del enfermero Roberts y la enfermera Kerr le hayan hecho pensar otra cosa distinta.

Valerie sonrió, algo forzada, y se alejó guiada por el doctor Derrick, tras dirigir una mirada aturdida al sonriente enfermero Roberts, que le guiñó un ojo descaradamente. El doctor Nesbitt y el enfermero Yordan, siguieron jugando al ajedrez. Pero de repente, Valerie giró su cabeza, ya en el vestíbulo, al notar la rara impresión de que se sentía vigilada... y descubrió los claros ojos del enfermero fijos en ella con rara intensidad, por encima del hombro de su antagonista en el tablero.

Rápido, al verse descubierto, el hombre del pelo rizado y nariz colorada, bajó la cabeza, ensimismándose aparentemente en el juego.

* * *

Los asilados allí eran numerosos. Y también de ambos sexos, como el servicio sanitario que cuidaba de ellos. Hombres y mujeres en su tercera edad, la mayoría con el límite de los sesenta muy atrás en el tiempo. Valerie contó una docena entre unos y otros, aunque se fijó de modo especial en dos de ellos, uno de cada sexo. Se trataba de Addison Garrett, un hombre casi setentón, irónico y divertido, de larga melena blanca, barbita recortada y ojos picaros, protegidos por unos lentes de pinza que se ajustaban a su corva

nariz, y de una damita encantadora, pequeña y jovial, y andares menudos y rápidos. Vestía ropas caras y pulcras, muy cuidadas, como si estuviera en Mayfair en vez de alojarse en un aislado asilo en los páramos de Devon.

Le cayeron particularmente simpáticos porque le preguntaron por Londres, por Barts —ambos habían sido hospitalizados en una ocasión en el mismo hospital, siendo más jóvenes—, y sobre todo por sus ilusiones en su trabajo.

—Créanme, empiezo con la mayor esperanza y entusiasmo —confesó Valerie, mirando a ambos ancianos, en el amplio y bien cuidado jardín que rodeaba la finca—. Sé que me encontré bien aquí, con ustedes.

—Ojalá sea así, hijita —suspiró en ese punto la señorita Hastings apretándole el brazo con su mano delicada y muy blanca—. Pero somos gente bastante rara los ancianos, y seguro que le crearemos problemas tarde o temprano.

—No la asustes antes de tiempo, querida —terció ahí Addison Garrett con tono de reproche—. Ya tendrá ocasión de preocuparse sin necesidad de tus advertencias...

Rieron todos, aunque Valerie creyó advertir una cierta ambigüedad en el tono de asilado, como si pretendiese ir en su comentario algo más allá de lo puramente trivial, pero le quedó la duda de que su intuición estuviera en lo cierto, puesto que un instante después, el doctor Derrick la llevaba casi en volandas a la parte de la casa destinada al servicio, en el ala posterior del asilo.

—Venga aquí, por favor, a conocer al personal de nuestra servidumbre —indicó el director de *Golden Years*—. Seguro que encontraremos allí a mi ayudante, la doctora Talbot. Ella siempre está con los sirvientes, por una u otra razón.

Así fue. En la amplia cocina de la casa, Valerie Marsh conoció a la cocinera, la señora Agatha Barnes, y al chófer y jardinero de la mansión, Ralph Hobson. Pero también a la doctora Lynn Talbot, auténtico brazo derecho del doctor Derrick en el control y administración del establecimiento y de sus ancianos pupilos.

La doctora Talbot estaba ocupándose, con la cocinera, del menú del día, cuando el doctor Derrick y la recién llegada entraron en la cocina. Ambas mujeres giraron la cabeza, dejando de preocuparse de las viandas. La señora Barnes, una mujer vulgar, rolliza y canosa,

de rostro afable y modales toscos, pulcra y respetuosa, se apresuró a inclinarse ante la nueva enfermera cortésmente, saludándola con sencillez:

—Me alegra que sea usted una mujer joven y bien parecida, señorita. Eso siempre da alegría a este sitio. Siempre que necesite algo de mí, en la medida de mis posibilidades, cuente con ello.

—Gracias, señora Barnes —respondió Valerie, agradecida—. Lo tendré en cuenta, y usted cuente también conmigo en todo momento.

—De modo que usted es nuestra nueva colaboradora, ¿eh, señorita Marsh? —habló con tono firme la doctora Talbot—. Sólo puedo desearle que su trabajo con nosotros le sea grato. ¿Tiene alguna experiencia con ancianos más o menos caprichosos?

—La tuve en Barts, doctora —sonrió la joven enfermera—. Pero no mucha.

—Oh, sí, el viejo Barts. Una buena escuela para empezar trabajos como el nuestro, enfermera Marsh —asintió la doctora—. Espero que sea suficiente, al menos por el momento. Nuestros huéspedes, en realidad, no suelen dar demasiado trabajo...

Valerie observó a la doctora mientras hablaba. Le había sorprendido su juventud, puesto que esperaba conocer a una profesional de la medicina entrada en años, huraña y autoritaria. Lynn Talbot, por el contrario, resultaba ser una mujer de cabello oscuro, rostro de facciones delicadas, inteligentes ojos ambarinos, suaves ademanes y una bella y alta figura a la que ni siquiera podía despersonalizar su bata blanca reglamentaria.

—Sea cual sea el trabajo que ellos den, doctora, tenga por seguro que lo afrontaré muy gustosa y con mi mejor espíritu —aseguró Valerie con firmeza.

La mirada de la doctora se mantuvo fija en ella. Sonrió al fin, asintiendo con lentitud.

—Sí, estoy seguro de ello. Doctor Derrick, creo que hemos hecho una excelente adquisición. Algo me dice que la señorita Marsh será una buena enfermera... Y mi ojo clínico rara vez falla en ese sentido...

En aquel momento, apareció el segundo sirviente del asilo de Yelberton, el cochero y jardinero Ralph Hobson. La puerta trasera de la cocina se había abierto, entrando en ella un hombretón

fornido, de recias espaldas, manos anchas y nervudas, rostro cuadrangular y espalda levemente encorvada. Se quedó mirando a los presentes, hizo un ademán respetuoso al doctor Derrick y la doctora Talbot, y finalmente estudió con cierta perplejidad a Valerie Marsh.

—Oh, perdonen... —se excusó, mostrando sus nudosas manos, sucias de tierra y barro—. Acabo de podar los matorrales de la tapia. Crecen con tanta rapidez... Creo que debo llevarle a la población antes del almuerzo, ¿no, doctor Derrick?

—Así es, Ralph —asintió el director del asilo—. Tengo cosas que hacer en Yelberton. Lávese las manos, cambie sus ropas y nos iremos. No nos esperen a comer, doctora Talbot. Nos quedaremos en el pueblo, dado lo avanzado de la hora. Dejo en sus manos a la señorita Marsh para que lo adiestre en las tareas habituales del asilo.

—Perfectamente, doctor Derrick —afirmó la doctora Talbot—. Ya he terminado la confección de los menús de la semana con la señora Barnes, de modo que vámonos ya de aquí, querida, y le mostraré sus habitaciones y las primeras labores a desempeñar.

—Estoy a su disposición, doctora —respondió disciplinadamente Valerie.

Abandonaron la cocina, mientras el doctor Derrick iba a prepararse para su viaje a Yelberton, lo mismo que el cochero y jardinero Hobson. Ambas mujeres caminaron por el corredor, de regreso al vestíbulo. Luego, subieron la amplia escalera hacia el piso alto. Valerie observó que la misma tenía una rampa anexa, posible por medio de una palanca graduable.

—Siempre tengo que supervisar los menús —suspiró la doctora por el camino—. La señora Barnes es demasiado asequible a los caprichos de nuestros asilados, y de hacerles caso a ellos habría que servirles postres demasiado dulces para el equilibrio de su salud, o comidas excesivamente copiosas en algunos casos. Los viejos son como niños, mi querida amiga. Y como poseen dinero y se creen huéspedes en un hotel de lujo, hacen lo que les viene en gana.

—Hay que controlarles, pese a todas las libertades de que gozan, ¿no? —sonrió Valerie, comprensiva.

—Por supuesto. El hecho de que sean libres aquí, no significa que nos hagamos cómplices de sus caprichos y les perjudiquemos.

Su salud debe ser lo primero, aunque ellos no lo entienden... —En ese momento, la doctora se detuvo en sus comentarios y señaló hacia el fondo del corredor—. Por ejemplo, ahí tiene a uno de nuestros más díscolos y difíciles huéspedes, el señor Kirk. Norman Kirk... Lleva coche de ruedas porque quiere. No es inválido en absoluto aunque pretende serlo. Dice cosas extrañas y no siempre bien intencionadas. ¿Ha visto la rampa junto a la escalera? Es la que usa exclusivamente él, con su silla de supuesto inválido. Hay que dejarle esas manías, o ponerse realmente duro con él. Es muy rico y puede irse cuando quiera, como todos. Sin embargo, según él, es un auténtico prisionero aquí, ya irá dándose cuenta de ello...

Valerie miró curiosa hacia el hombre que venía hacia ellos. Al parecer, era el último asilado de Golden Years que le faltaba por conocer. Avanzaba por el centro del largo corredor con una silla rodante que él mismo manejaba con soltura. Era muy viejo al parecer, de rostro rugoso, cuerpo encorvado, manos sarmentosas y escasísimos y lacios cabellos blancos. Les miraba con cierta fría agresividad a medida que se aproximaba a ellas.

—Buenos días —saludó ásperamente, deteniendo su silla ante ellas—. ¿Quién es esa jovencita que la acompaña, doctora Talbot?

—Se trata de la nueva enfermera, señor Kirk —dijo suavemente la aludida, con una vaga sonrisa—. Valerie Marsh, que ingresa hoy en este establecimiento.

—Oh, entiendo —afirmó el anciano, clavando sus pequeños y malévolos ojillos en Valerie—. ¿Es la que viene a suplir a la enfermera *asesinada*?

Un repentino aire helado pareció barrer el pasillo, dejando petrificada a Valerie. Miró de soslayo a la doctora Talbot, y ésta sonrió ahora algo forzada.

—Oh, por favor, señor Kirk, no empiece con esas cosas —le reprendió severamente—. La enfermera Warren se marchó a Londres, sencillamente, y murió víctima de un accidente de tráfico. No estaba muy habituada a visitar las grandes ciudades, después de todo. ¿De dónde saca esas tonterías que se le ocurren?

—De la realidad, doctora. Usted debería de saber que tengo razón —el anciano volvió a dirigir su mirada a Valerie y meneó la cabeza—. Créame, jovencita: esa enfermera fue asesinada, sin duda alguna. Yo siempre supe que eso acabaría sucediendo. Cuando se

marchó de aquí, estaba seguro de que nunca más volvería...

Valerie no supo qué decir. Se limitó a encogerse de hombros, incómoda.

—Siga su camino y deje de asustar a la nueva enfermera, señor Kirk —le reprendió duramente la doctora—. Vamos, querida, el sentido del humor del señor Kirk resultará difícil de entender para usted, al menos en principio. Es mejor que no le haga demasiado caso.

Siguieron adelante. El supuesto inválido quedó a sus espaldas, y su chirriante, agria voz, les llegó con claridad, mostrando una cierta agresividad:

—Que no me escuche, ¿eh? Claro, eso es lo que a ustedes les interesa en esta maldita cárcel dorada en que nos tienen... Golden Years, ¿eh? ¡Qué gran mentira de nombre^[3]! Todos sabemos que nuestra vejez no es precisamente dorada. Y que éste no es un asilo de lujo ni una residencia placentera, sino una auténtica prisión de la que sólo se sale para el cementerio... Vamos, doctora Talbot, ¿por qué no le cuenta a esa infortunada joven que acaba de llegar que todos los viajes indefensos que aquí residimos ahora, estamos destinados a morir asesinados, lo mismo que los que ya nos precedieron? ¡Dígaselo, dígaselo de una maldita vez, doctora!

Y se alejó por el corredor, haciendo rodar rápidamente su silla, que momentos más tarde descendía por la rampa habilitada junto a la escalera para el descenso y ascenso de inválidos, regulada por un sistema de poleas oculto sin duda tras el artesonado de madera de los muros de la finca.

Valerie Marsh siguió caminando, con expresión preocupada. La doctora Talbot, al detenerse ante una puerta que abrió, la miró pensativa, manifestando con voz grave:

—Ésta es su alcoba, enfermera Marsh. Y si está inquieta por lo que ha oído decir a Norman Kirk, será mejor que lo olvide. Todo lo que ha hablado no son sino delirios de su mente. No es que esté loco, no, sino que disfruta amargando la vida a los demás con sus delirantes sospechas.

En aquel momento, en alguna parte del asilo, sonó un grito agudo y terrible. Valerie y la doctora se volvieron, sobresaltadas. La joven enfermera había palidecido de repente, sobrecogida por el timbre aterrador de aquella voz humana, desgarrada, patética.

—¿Qué es eso, Dios mío? —gimió Valerte, con sobresalto.

—No..., no sé... —musitó la doctora Talbot, insegura, corriendo a inclinarse sobre la barandilla de la escalera. Su voz sonó ahora potente, autoritaria—: ¡Eh, oigan ahí abajo! ¿Qué fue ese grito? ¿Qué es lo que sucede?

Una voz aguda, estridente, respondió a la ayudante del doctor Derrick desde alguna parte:

—¡Es el pobre señor
O'Neil!

¡Se ha ahorcado, está colgando de una soga en el cobertizo del jardín...!

Tras esa espantosa información que heló la sangre en las venas de la recién llegada, sonó una aguda, hiriente risa, y la voz inconfundible del viejo señor Kirk, el falso inválido, llenó con sus ecos burlones toda la amplitud del vestíbulo y el hueco de la escalera:

—¿Se dan cuenta? ¿Se dan todos ustedes cuenta? ¡Se trata de otro crimen! ¡Han vuelto a asesinar a uno de nosotros en esta maldita prisión! ¡Y así moriremos todos, absoluta mente todos, sin remedio! ¡Lo dije, lo dije siempre! ¡Hay un asesino entre nosotros, que no dejará a nadie con vida...!

Valerie buscó angustiosamente con su mirada a la doctora Talbot, que estaba intensamente pálida en estos momentos. Ella se limitó a sacudir la cabeza con cierta violencia, murmurando entre dientes, al tiempo que se precipitaba escaleras abajo:

—Ese ridículo viejo... Venga conmigo, enfermera Marsh, puede que la necesite...

Valerie, sin vacilar, siguió a su superiora. Pero notó, al bajar las escaleras, que sus rodillas temblaban hasta casi hacer peligrar su equilibrio.

En ese momento supo que, pese a las palabras de la doctora, tenía miedo. Mucho miedo...

Capítulo VI

ERA como vivir en un infierno. Un infierno denso e irrespirable, que sobrecogía el ánimo y hundía la moral.

Dennis Wald se creía en poder de una fuerza de voluntad poco común. Aún así, al cuarto día de castigo en aquella horrible celda, oscura como boca de lobo, despidiendo los más nauseabundos olores a los detritus humanos, al propio cuerpo carente de la más mínima higiene, y a la proximidad de aquella bestia humana llamada Benedict Wolf, con su sudor apestoso y su mugriento aspecto, apenas entrevisto cuando los celadores, portando una lámpara de petróleo, les dejaban bajo la puerta enrejada los mendrugos de pan seco, y las escudillas con un hediondo y pastoso rancho incomedible, la resistencia física y psíquica de Wald comenzaba a resentirse.

Era como vivir en un cubil infecto, junto a un animal encadenado, hosco y peligroso, distante y feroz, con quien era imposible, al menos hasta el momento, dialogar o tratar de entablar una mínima relación humana. Pero todo aquello formaba parte de la dura prueba elegida, y ninguno de los celadores, ni siquiera el propio Wolf, habían oído escapar de sus labios la más leve queja o súplica.

Fue al terminar el cuarto día cuando sucedió. Repentinamente, hubo una relación elemental con su compañero de celda, aunque no precisamente positiva. Pero algo era algo, a fin de cuentas, y tal vez esto resultaba mejor que sentirse solo, aislado hasta la exasperación, en compañía de una masa de carne viva pero insensible y degradada.

Wald había elegido el camino de dormir horas y horas tendido en el duro suelo húmedo de la celda de castigo, sobre una simple manta agujereada y pestilente, sintiendo correr sobre él a las ratas que buscaban en vano algo comestible. De pronto, su compañero de

celda lanzó un berrido estremecedor, arrancándole del sueño, y luego oyó una serie de ásperos chasquidos, mezclados con chillidos agudos. Algo le salpicó, caliente y pegajoso, y Wald enseguida supo lo que sucedía.

Los cabellos se le erizaron al imaginar la escena que, sólo a media yarda de él, tenía lugar en la maloliente celda Wolf se había enfurecido de pronto, tal vez acuciado por la ira y el hambre... *¡y estaba devorando ratas vivas!*

Era demasiado atroz imaginarse una escena tan repugnante y obscena. Wolf procedía, a juzgar por los sonidos audibles, a coger roedores entre sus manazas y cortarles el cuello a mordiscos, devorando luego la carne viva y palpitante de las infectas ratas.

Eso fue lo que agotó su paciencia, la gota que colmó el vaso. Aquella salpicadura de sangre de rata, en pleno festín del salvaje recluso, le disparó los nervios a Wald.

—¡Ya basta, maldito cerdo, repugnante y asquerosa bestia inmundal! —rugió con frenesí, pegando un salto para incorporarse, pese al lastre de sus grilletes—. ¡No soporto más tu pestilente compañía, miserable!

Y se precipitó, sin pensarlo dos veces, sobre el poderoso Benedict Wolf, arrancándole de las manos los cuerpos palpitantes, espasmódicos, de dos ratas descabezadas, bañadas en su propia sangre, para luego pegar con todas sus fuerzas en la cara del penado con sus manos cargadas de cadenas. Logró lanzar atrás a Wolf, que se pegó violentamente en el muro mojado, exhalando un alarido de intenso dolor, cuando su pesado cráneo crujió contra las piedras. Wald, enfebrecido, se dejó caer encima de su compañero de celda, aferrándole el cuello y forcejeando con él, hasta hincar sus dedos en el cuello del otro.

Wolf era demasiado fuerte para dejarse vencer por tan poco. Unos instantes más tarde se recuperaba, dominado su sorpresa inicial y el daño sufrido, para cargar a su vez contra Wald, con todas sus fuerzas, que eran muchas.

La lucha en la celda se hizo violenta, despiadada. Wald se sintió arrojado hacia atrás, lejos de su presa, y poco después era Wolf quien cargaba sobre el joven policía, empezando a estrujarle entre sus dedos brutales, sin dejar de hincarle las rodillas en estómago e hígado, para dificultar su resistencia y hasta su aliento. Entre jadeos

roncos, sintiéndose aplastado por la mole enfurecida de su adversario, Wald peleó con todo el coraje posible, no sin empezar a notar síntomas de asfixia y el acre sabor de la sangre en su paladar cuando Wolf le martilleó con sus grilletas en boca y nariz.

Al advertir que la muerte estaba próxima si no ofrecía mayor resistencia al salvaje asesino, pasó a la contraofensiva, apelando a sus últimas y vacilantes energías físicas. Logró clavarle una rodilla en las ingles al penado, y luego dispararla con seco golpe, martilleando brutalmente sus testículos.

Wolf exhaló un berrido de dolor agudo, y sus manos flaquearon. Lo justo, al menos, para que Wald lograra desasirse de la agobiante presión, y pudiera conectar dos impactos de sus puños en el mentón y la sien de tan duro enemigo. Wolf rezongó una serie de blasfemias y se tambaleó. La mole de su cuerpo se fue ligeramente atrás, y Dennis se pudo liberar de su peso, disparándole ambas piernas y consiguiendo así clavarle los pies, con sus argollas de hierro, en pleno abdomen.

Tal como estaba, de rodillas, Wolf, se fue definitivamente atrás, exhalando un grito ronco de rabia. Wald fue sobre él, y ése fue un error, porque el gigantón no estaba vencido aún, ni mucho menos.

Lo supo cuando una de las manazas del asesino aferró sus cabellos, sujetándolos con fuerza que casi hacía desgarrar su cuero cabelludo, y le tiró a un lado. Wald dominó un grito de dolor y de rabia, pugnando por soltarse de su enemigo. No lo logró, y Wolf consiguió conectarle un cabezazo áspero al rostro, que le dejó al borde del desvanecimiento, sangrando por boca y nariz.

No supo nunca qué podría haber ocurrido en aquella lucha desesperada y rabiosa, si en tan crucial instante no hubieran surgido en el corredor bailoteantes luces de petróleo, y tres celadores no se hubieran asomado a los barrotes, alumbrando la escena con sus lámparas.

—¡Eh, vosotros! —tronó uno de ellos—. ¿Qué diablos os pasa? ¡Está prohibido pelearse, estúpidos! ¡Eso puede costaros a los dos un castigo mayor aún!

Wolf soltó los cabellos de Wald, cayendo éste de espaldas en tierra. Inesperadamente, cuando el gigantesco asesino se disponía a enfrentarse a los celadores con una sarta de blasfemias agresivas, Dennis Wald comenzó a reír a carcajadas, como si aquello fuese lo

más divertido del mundo.

Los guardianes le miraron, perplejos. El propio Benedict Wolf, sin entender palabra, giró la cabeza, estudiando atónito a su antagonista de poco antes, que reía y reía sin cesar, revolcándose por tierra, junto a los cuerpos mutilados y sangrantes de las sucias ratas.

—Eh, tú, estúpido, ¿de qué te ríes ahora? —bramó el celador—. ¿Hay algo de divertido en pelearos como bestias? Vais a pagarlo muy caro y...

Wald dejó de reír para incorporarse, sacudiendo la cabeza, siempre con gesto risueño, incluso divertido.

—No digáis tonterías —habló—. ¿Pelear Wolf y yo? Nada más lejos de la realidad, maldita sea. Ya tenemos aquí un asqueroso enemigo común con el que los dos estábamos peleando ahora unidos. ¡Ratas! ¿Lo entendéis bien? ¡Ratas nauseabundas y miserables! Hemos decidido darles caza y matarlas. Wolf se las come, además, pero yo no llego a tanto, la verdad. Nos cogisteis en plena pelea con esos repugnantes roedores que infestan esto. Eso ha sido todo, y si no, que te lo confirme el propio Wolf...

Los celadores miraron al aludido, esperando su confirmación o negativa. Wolf arrugó el ceño, miró a Dennis sin entenderle muy bien, sacudió luego la cabeza, se limpió de sangre la cara y se echó a reír estruendosamente.

—Idiotas, claro que sí —dijo con aspereza—. Este tipo dice la verdad. Lo malo es que esas cochinas ratas muerden que es un contento. Nos tienen acribillados a mordiscos. Pero al menos me sirven de ayuda para alimentarme mejor que con vuestro sucio rancho...

—Vámonos —dijo el celador, tras un momento de indecisión—. Estos dos están locos, no hay duda.

Se alejaron. De nuevo la celda quedó en sombras. Wald respiró hondo y masculló:

—Ahora, si quieres, seguimos peleando, Wolf. Lo siento, pero me pusiste nervioso. Por eso empecé yo. Tienes derecho a seguir ahora tú.

El penado soltó un resoplido. Luego, sus palabras calmaron a Wald:

—Dejemos eso. Es estúpido matarnos entre nosotros, pasando los

dos por lo mismo, ¿no te parece?

—Pues sí, creo que sí. Me equivoqué al pegarte, perdona.

—Maldito seas, pegas duro, ¿eh, amigo? Me has hecho daño de verdad.

—También tú a mí.

—Bueno, lo siento tanto como tú. Gracias por tener la idea de reírte y decir que peleábamos contra las ratas. No tuvieron más remedio que creerlo. Diablos, piensas con rapidez. Y nos has librado de un buen castigo.

—No lo hice sólo por ti. Pensaba en mí también.

—Es igual. Otro en tu lugar, me hubiera acusado. No lo hiciste. Eso estuvo bien, muchacho. No me gusta tener amigos. Pero creo que vale la pena que tú seas, al menos, un buen compañero mientras esto dure. ¿Sabes una cosa, Wald?

—¿Qué?

—Supe que le habías sacudido a ese bastardo, a Morgan. Me gustó eso. Pero no me gusta la gente. No me fío de nadie.

—Haces bien. No se puede confiar en persona alguna.

—Quizás tú seas distinto —rió Wolf—. Creo que confiaré en ti lo suficiente... como para llevarte conmigo cuando me fugue de aquí. Y eso será pronto, ¿sabes? Muy pronto, sí.

Wald dominó su emoción. Si Wolf decía la verdad, había dado un importante paso hacia el éxito de la misión que había ido a cumplir allí...

* * *

El ministro del Interior paseó por el despacho, los brazos a la espalda. Tenía todo el aspecto de un hombre preocupado.

El superintendente Alastair Owens le siguió con mirada pensativa desde su asiento. La figura alta y elegante del político acabó deteniéndose ante la ventana, mirando distraído la panorámica neblinosa de Londres en la mañana fría y desapacible.

—De modo que el asesino ha caído al fin —habló el superintendente con tono grave.

—Así es, señor. Tal y como sospechamos, se trataba de un joven a quien Gladys Carpenter daba dinero con frecuencia, y recibía en su habitación de la pensión a espaldas de la señora Wingarden, cuando ella no estaba presente en la casa. El pobre diablo ha sido carnicero en un matadero de Whitechapel y se le dio bien eso de

descuartizar a la mujer cuando ella le cerró la espita de sus guineas, enterada de que tenía otro lío de faldas.

—Pero ahora no se puede hacer público eso, o la misión del inspector Wald en Devonshire peligraría gravemente...

—Así, es, señor. El arresto se ha hecho por sospechas de otro homicidio cometido hace dos años en Whitechapel. Él ha confesado ya ambos hechos, pero llevamos las diligencias de modo oficial en relación con el antiguo crimen y no con el que hemos atribuido a Wald. Eso nos permitirá ganar cierto tiempo. El proceso tardará lo suficiente para permitir que el inspector culmine su trabajo en Devon, y entonces saldrá también a la luz la muerte de Gladys Carpenter.

—Perfectamente. Procure que nada trascienda mientras tanto. Supongo que contará con el apoyo del ministro de Justicia...

—Totalmente, señor. A fin de cuentas, para todos nosotros es de prioridad absoluta el caso de los evadidos de Dartmoor.

—Sí, totalmente absoluta prioridad. Es preciso dar con el paradero de esos penados desaparecidos, saber si existe una red internacional que los saca del país o en caso contrario qué ha sido de ellos, dónde se pueden ocultar. Ahora, háblame de esas dos jóvenes muertas. Lo sucedido a Karin Holloway ha sido un auténtico escándalo en Londres, la alta sociedad se encuentra agitada...

—Oh, señor ministro, ése es un asunto que hemos considerado que podría tener alguna relación, aunque todavía no sepamos cuál, con los sucesos de la penitenciaría de Princetown. A fin de cuentas, la joven atropellada y muerta por el carruaje, era enfermera en un asilo de ancianos de Yelberton, población a sólo diez millas de Princetown, donde se alza el presidio. Vino a Londres, según todas las apariencias, a denunciarme algo que sucedía allí, aconsejada previamente por su antigua compañera de estudios, Karin Holloway. Y yo, estúpido de mí, ni siquiera quise recibirla aquel día en el Yard.

—Usted no podía saber entonces lo que significaba aquella visita, superintendente.

—Cierto, señor, pero eso no justifica mi enorme error. El caso Carpenter me tenía totalmente ocupado por entonces, y me equivoqué lamentablemente al no recibir a la joven Jessie Warren. Fue atropellada al salir de Scotland Yard, y ahora ya no puedo estar

tan seguro como entonces de que fue un vulgar accidente. Demasiada casualidad, sabiendo como sabemos que después su amiga Karin fue asesinada al regresar de Europa, tal vez porque la enfermera le había contado algo que no debíamos saber nosotros. El asesino, previamente, según hemos podido averiguar, se apoderó de una carta dirigida a Karin Holloway en la lista postal, falseando una autorización. El resto, desgraciadamente, ya lo conocemos.

—Siga —superintendente, rogó el ministro del Interior volviéndose a él con el ceño fruncido—. ¿Por qué supone que tiene relación todo eso con el asunto de la penitenciaría y los reclusos desaparecidos en el páramo?

—Porque el asilo de ancianos de Yelberton está también situado en el yermo, a cosa de una siete millas de la penitenciaría de Dartmoor, señor. Podría ser todo ello fruto de la casualidad, pero no lo creo, sinceramente. Estando tan próximos ambos lugares... y teniendo en cuenta que en ese asilo de ancianos, de carácter privado y de lujo, donde sólo residen viejos ricos, ha habido ya en el último año y medio varias muertes de asilados, nos ha puesto sobre aviso.

—¿Qué quiere decir con eso de «varias muertes de asilados»? —Se inquietó el político, cruzándose de brazos ante el policía.

—Justamente lo que he dicho, señor. Aparentemente, nada hay de sospechoso en que mueran con relativa rapidez varios ancianos cuya edad sobrepasa muchas veces los setenta, pero sí resulta cuando menos sorprendente que mueran con tan súbita frecuencia en un determinado momento. El fallecimiento de un anciano, a nadie sorprende.

—¿Son muertes naturales?

—Salvo raras excepciones, sí, señor. Pero tratándose de un establecimiento dirigido por un médico, con varios otros médicos y enfermeros por ayudantes, nada hay más fácil que certificar muerte natural, aunque no lo sea. El Yelberton, nadie va a meter las narices en algo así fácilmente.

—¿Y las excepciones de que habló?

—En un par de casos, se habló de suicidio. Viejos que de repente se ahorcaban o se arrojaban por la ventana de su dormitorio... Cosas así, justificadas clínicamente por demencias seniles o crisis depresivas propias de la edad y la soledad.

—¿Existe alguna referencia policial sobre los que dirigen ese centro?

—Ninguna, señor. El doctor Desmond Derrick es un médico respetable, de antecedentes intachables. Por ese lado no existe la menor sospecha, así como tampoco de su personal. En cuanto al asilo, tiene fama de ser un lugar tranquilo y acogedor, bastante caro por cierto, donde los ancianos de holgada posición pasan felizmente sus últimos años. Por eso le llaman al lugar, sin duda, Golden Years.

—¿Dónde están, entonces, las causas para sospechar algo, superintendente?

—En algunos puntos, señor ministro. En primer lugar, en la muerte de esas dos jóvenes. Después, en la proximidad del asilo de Yelberton con la penitenciaría de Dartmoor. Y finalmente, en las únicas palabras que pronunció la enfermera Warren, antes de morir.

—¿Pronunció algunas palabras? —indagó el ministro, sorprendido.

—Sí, señor. Un agente mío la atendió cuando fue arrollada por el carruaje, y pudo oír en labios de la moribunda una serie de palabras aparentemente sin sentido. El agente las anotó, por si era preciso recordarlas alguna vez, y ahora obran en mi poder —Owens rebuscó en su bolsillo y extrajo un papel doblado, que desplegó, leyendo a continuación—: *«Los yermos... el asilo... la criatura... tienen que impedirlo. Yo... sé lo que sucede... Yo...»*.

El superintendente exhaló un suspiro y dejó de leer, meneando la cabeza con sentido negativo.

—Ahí termina todo, señor —dijo al fin, guardando el papel—. Extraño, ¿no?

—Sí, bastante. Pudo ser todo resultado de la proximidad de su muerte, pero si no es así, ¿tiene alguna idea de lo que realmente quiso ella decir con todo eso?

—Ninguna, señor. Sólo hay una conclusión cierta: algo sucede en ese asilo. Algo lo bastante grave como para que mueran por ella dos muchachas en Londres, a manos de un feroz asesino.

—¿Qué ha decidido hacer para intentar aclarar algo de lo que allí sucede?

—De momento, nada. Es un asunto difícil. No puedo introducir a un policía en el asilo sin despertar las sospechas del doctor Derrick o de sus colaboradores. Hay que tener en cuenta que se trata de un

centro privado, y de que legalmente no existe evidencia alguna de que allí suceda algo fuera de lo normal.

—¿Entonces...?

—Creo que es preferible esperar acontecimientos, pero permanecer bien alerta con respecto a ese lugar, y todo lo que allí suceda. Por otro lado, si hay alguna relación directa entre el asilo y la prisión, ¿quién nos dice que no puede llegar al fondo del asunto el propio inspector Wald?

—No sé, no sé... —El ministro volvió a pasearse, preocupado—. Confiar todo en manos del inspector Wald, es demasiado arriesgado. Después de todo, él ni siquiera sabe nada en estos momentos respecto a ese asilo, ¿me equivoco?

—No se equivoca. Pero si hay algo entre uno y otro asunto, esté bien seguro que ese hombre lo descubrirá. Siempre que pueda salir con vida de los peligros que le acechen en Dartmoor, naturalmente...

—Bien, dejo todo en sus manos, superintendente. Confío en que las cosas salgan bien, y podamos matar, como vulgar mente se dice, dos pájaros de un tiro en ese endiablado asunto de Devonshire.

—Yo también confío en ello, señor. Mi instinto me dice que cuando sepamos el misterio de los reclusos desaparecidos en el páramo... también descubriremos el misterio que rodea la muerte en Londres de esas dos muchachas, y lo que realmente sucede en el interior del asilo de los yermos.

SEGUNDA PARTE: El páramo

Capítulo primero

VALERIE MARSH estaba asustada. Muy asustada.

Abajo, el constable Vickers, de Yelberton, se despedía en el vestíbulo en forma amistosa, y casi servil, del doctor Derrick y de la doctora Talbot. A juicio de Valerie, el constable local no era sino un policía rutinario, estúpido y borrachín, de muy cortas luces. Sus torpes preguntas, sus enrojecidos ojillos y su abultada nariz rojiza, demostraban bien a las claras que aquel individuo no sería capaz de resolver jamás un asunto, por claro que estuviera.

En otra estancia de la planta baja, unos velones lucían trémulos en torno al cadáver del viejo Charles

O'Neil,

ahorcada aquella misma mañana. Varios enfermos y ancianos de la mansión velaban al difunto, depositado sobre un túmulo, a la espera del ataúd. El olor a cera y a muerte era casi físico para Valerie. Empezaba a considerar que su llegada a Golden Years no había sido demasiado afortunada.

—¿Preocupada, querida?

La pregunta la sobresaltó. Volvió la cabeza, dominando un gemido de temor con dificultad. Era solamente la enfermera Kerr quien se dirigía a ella, con aire indiferente, llevando en su mano un pequeño frasco petaca de metal, del que tomó un sorbo mientras Valerie contestaba tímidamente:

—No... Sólo un poco... impresionada...

—Pues deberías preocuparte, créeme —rió la enfermera Kerr, cuyos grandes pechos asomaban ahora por los botones desabrochados de su uniforme blanco—. Este lugar no es tan apacible como dicen. Ni esa muerte es la primera que se produce últimamente en extrañas circunstancias.

—¿Extrañas circunstancias? —Arqueó las cejas Valerie—. ¿Qué quieres decir con eso? El doctor Derrick ha dicho que ese pobre

hombre no andaba mentalmente muy bien, que era demasiado viejo...

—¿Y tú haces caso de todo lo que oyes? —se mofó la rubia enfermera, acercándose a ella—. Vamos, vamos, querida, no seas tan ingenua. Aquí, según ellos, todo transcurre normalmente y los viejecitos son muy felices. Pero todo eso es mentira, te lo digo yo. Una gran mentira... Anda, toma un trago, te sentará bien.

Acercó el frasco a Valerie. Ella aspiró el olor a ginebra de su contenido y lo rechazó vivamente.

—No, no, gracias —dijo—. No bebo alcohol.

—Pues no sabes lo que te pierdes, cariño —sonrió Cynthia Kerr burlona, cerrando el frasco, que metió entre sus macizos senos—. Para vivir en este maldito páramo, y estar siempre cuidando a esos viejos, hay que estar loco o borracho. Y yo prefiero lo último...

En ese momento, alguien irrumpió con violencia en la escena. Valerie captó fugazmente la aparición de una figura vestida de blanco, interponiéndose entre ellas dos, y un seco bofetón restalló sobre la faz de la enfermera Kerr, que gritó ahogadamente con expresión de dolor.

—¡Ya basta, Cynthia, con tus estupideces! —bramó roncamente la voz del enfermero Roberts, apartando de un empujón a la rubia—. No tienes por qué mostrar tu degradación ante esta jovencita tan rápidamente... Podrías tener algo más de pudor para revelar tus lacras...

—Maldito seas, Martin —silabeó la maltratada enfermera, mirando con odio al joven y atractivo enfermero—. No te metas en mi vida nunca más. Hago lo que me parece, ya no eres quién para mandar en mí.

—Afortunadamente, pequeña zorra —silabeó el joven—. Tú prefieres a las mujeres, ¿no es cierto? Sí, enfermera Marsh, no se escandalice. Es mejor que sepa por qué esta leal compañera le ofrecía alcohol y va con la bata abierta para que usted admire sus hermosos senos. En cuanto se hubiese descuidado, ella estaría acariciándola y buscando su afecto.

—Dios mío, está diciendo cosas horribles —se escandalizó Valerie.

—Sólo verdades, enfermera, sólo verdades —rió ásperamente el enfermero Roberts—. Cynthia es lesbiana, debería de saberlo a

tiempo para no sufrir desagradables sorpresas. Hubiera sido peor que se enterase de forma menos grata.

—¡Cerdo asqueroso, bastardo! —clamó Cynthia Kerr, furiosa, fulminándole con la mirada.

—¡Silencio ahí arriba! —Llegó desde abajo la voz de alguien—. ¡Tengan un poco de respeto para el difunto, cuando menos!

La enfermera Kerr murmuró algo obsceno entre dientes y echó a correr, dando un portazo al fondo del corredor. Valerie, muy turbada, miró al enfermo Roberts, que sonrió cortés.

—Lamento la escena —dijo éste—. Pero tenía que hacerlo. Cuando llegó aquí, esa joven era muy distinta. Creo que el páramo ha influido en ella para cambiarla negativamente.

—El páramo... —suspiró Valerie, contemplando por una ventana del corredor la sombría, oscura extensión llana, que rodeaba por doquier la mansión—. Sí, tiene algo de opresivo... Pero estuvo usted muy duro con esa chica, Roberts.

—Ella necesita esa clase de trato. No intime demasiado con ella. Es buena muchacha pero el alcohol y el sexo la tienen perturbada. Es un típico producto de nuestra época, señorita Marsh. Tanta represión y tanta hipocresía en Inglaterra, sólo podían dar vicio y corrupción por doquier.

—Es posible. Pero sé cuidarme sola, Roberts. En lo sucesivo, será mejor que no se mezcle usted en mis cosas.

—Sólo pretendía ayudarla, hacerle ver las cosas que su ingenuidad podrían no permitirle descubrir...

—No soy tonta, de modo que ya lo descubriré todo por mí misma. Buenas noches, Roberts.

Dejó al enfermero con gesto sorprendido, y bajó las escaleras presurosa. Abajo, el constable Vickers ya se había marchado. Se oyó rodar un carruaje fuera, alejándose. El doctor Derrick y la doctora Talbot regresaron del porche, cruzando una mirada con ella. Luego dirigieron sus ojos arriba, al enfermero Roberts, y éste desapareció de la balaustrada.

—¿Algún problema, querida? —quiso saber la doctora Talbot, mirándola con fijeza.

—No, nada —rechazó Valerie—. Nada importante, se lo aseguro, doctora.

—Ya —el doctor Derrick meneó la cabeza—. Supongo que

Roberts trató de mostrarse con usted como un caballero andante.

—Algo así —admitió Valerie con un amago de sonrisa.

—No le haga demasiado caso —suspiró el médico—. Últimamente, está un poco raro ese muchacho. Tal vez necesite ausentarse de aquí unas semanas para descansar.

Derrick se alejó, de regreso a la cámara ardiente del anciano O'Neil,

mientras la doctora Talbot se encaminaba a la escalera. Valerie se aproximó a la puerta del cuarto donde velaban al difunto. Contempló el pequeño y rugoso cuerpecillo del anciano sobre el túmulo negro, y se estremeció. Los velones daban una luz indecisa y amarilla a la estancia, mostrando cadavéricos los rostros de los presentes, sobre todo los de los ancianos. Vislumbró al fondo, con su silla, al extraño señor Kirk, que se limitó a dibujar en su rostro una sardónica sonrisa cuando la vio asomar en el umbral.

La joven se retiró con rapidez. No se sentía capaz de soportar un tiempo en aquella estancia, oliendo a cera caliente y contemplando el rígido cuerpo sin vida. Siempre había sentido aprensión ante la presencia de la muerte, pero eso no era nada con lo que experimentaba ahora en lo más hondo de su persona.

Sin darse apenas cuenta, llegó a la cocina. La señora Barnes estaba preparando té para los que velaban el cadáver. Al verla aparecer, le sonrió afablemente.

—Mi querida señorita Marsh, ¿aún levantada? —preguntó.

—No tengo sueño. Va a serme difícil dormir hoy.

—Lo comprendo. Pero mañana tiene servicio, según creo. Y el trabajo en esta casa es bastante duro. Los viejos siempre damos mucha faena, querida.

—Usted no parece precisamente vieja... —sonrió Valerie.

—Pero lo soy —sentenció amargamente la señora Barnes—. Siéntese, hija, la serviré un poco de té. Eso siempre viene bien en estas ocasiones. El pobre señor O'Neill...

Siempre le gustaban mucho las empanadas de carne y el *pudding* de pescado. Ya no volverá a saborearlos más...

Valerie se sentó ante la mesa de cocina, y la servicial cocinera puso ante ella una taza de infusión caliente, mientras ultimaba los servicios para los demás.

—¿Por qué se suicidaría? —musitó Valerie en voz alta, contemplando con aire abstraído la taza de té—. ¿Por qué, señora Barnes?

—Esas cosas nunca se saben. Pero, ciertamente, si alguien me sorprende que se haya suicidado, es precisamente el señor O'Neil.

Valerie la miró sorprendida e inquieta.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

—Bueno, le gustaba mucho la vida. Se sentía bien aquí, aunque no fuese feliz por haber perdido a toda su familia en un naufragio. Era rico, le gustaba mi modo de cocinar... e incluso me prometió que iba a hacerme un obsequio esta misma semana, que iría a Yelberton a comprar algo para mí. Alguna chuchería, supongo. Y ahora... el pobre está muerto...

Valerie arrugó el ceño. Hizo notar, como si pensara en voz alta:

—Es raro que un hombre que piensa regalarle algo esta semana, en premio a sus guisos, se suicide así, de repente, sin motivo alguno al parecer...

—En efecto, hija. Pero una nunca sabe lo que pasa por la mente de las personas, y más cuando la edad le hace a uno chochear...

En aquel momento, un sordo golpeteo, más allá de la puerta trasera de la cocina, atrajo la atención de Valerie e interrumpió la charla.

—¿Qué es eso? —preguntó la enfermera—. ¿De dónde vienen esos golpes?

—Del cobertizo. Es Ralph. Está confeccionando el ataúd para el señor O'Neil.

—Oh, entiendo... —Su mano tembló, al remover el azúcar de su taza.

—Ralph siempre se ocupa de confeccionar los féretros de los que mueren aquí —suspiró la señora Barnes y añadió—: También él confeccionó el de mi pobre hija...

Valerie alzó los ojos. Miró con sorpresa a la buena mujer.

—¿Su hija? ¿Es que... murió?

—Sí, querida. Mi única hija. De eso hace ya tiempo. Diecisiete años, cuando este asilo se fundó. La niña nació virtualmente muerta. Yo había enviudado poco antes. Ahora, ella reposa ahí

fuera, en el cementerio del asilo, con los demás que han fallecido aquí en esos años.

—¿Hay..., hay un cementerio *aquí*? —se estremeció Valerie.

—En efecto, querida, lo hay —asintió la señora Barnes—. Está dentro de la propiedad, en la parte posterior, junto a la tapia. Es muy pequeño, no hace falta más. Sería muy trabajoso tener que trasladar a los asilados que mueren hasta Yelberton, para darles allí sepultura. En el páramo viven sus últimos años, y en el páramo reposan para siempre todos ellos...

Valerie asintió, tomando su té lentamente. Aún no lo había terminado, cuando apareció la doctora Talbot en la entrada.

—Ah, ¿está usted aquí? —Se acercó a Valerie, decidida—. Tengo entendido que está muy impresionada con esa muerte, señorita Marsh.

—Así es, doctora.

—Lo comprendo muy bien. Esta noche no dormirá sola, para que no se sienta peor. En mi habitación hay dos camas. Ocupará una de ellas, si no le importa.

—Al contrario, se lo agradezco mucho. ¿Seguro que no la molestaré?

—Seguro, querida. ¿Eso la hace sentirse mejor?

—Sí, gracias. Mucho mejor —suspiró la joven, aliviada.

—Pues no se hable más. ¿Están ya esos tes, señora Barnes?

—Ahora mismo iba a llevarlos a la sala, doctora Talbot —asintió la cocinera.

—Deje, yo misma los serviré. Usted retírese a descansar, que su tarea empieza pronto, señora Barnes. ¿Viene conmigo, señorita Marsh?

—Sí, gracias. Puede llamarme Valerie, por favor. Yo llevaré la bandeja.

Salieron ambas mujeres de la cocina, llevando la tetera, las tazas y cubiertos y la bandeja para el servicio. La señora Barnes bostezó, comenzando a apagar las luces.

—Es una buena mujer —dijo la doctora Talbot por el camino.

—¿La señora Barnes? Oh, sí que lo es —afirmó Valerie—. No sabía que hubiera perdido a su hija y a su marido...

—Así es. Estaba muy ilusionada con el nacimiento de la niña, ya que era como recuperar algo de su difunto esposo, muerto sólo ocho

meses antes del nacimiento. Pero la fatalidad quiso que la criatura naciese muerta o poco menos. Lo cierto es que duró clínicamente viva cosa de un par de horas, y aun así en precario estado. Creo que nunca se rehízo totalmente del golpe. Pero encuentra el olvido en la cocina, en sus guisos y todo eso. Ya habrá comprobado en el almuerzo que guisa muy bien.

—Es cierto. Creo que también el señor

O'Neil

adoraba sus ideas culinarias.

—Sí, creo que sí —admitió la doctora distraída—. Bien, hemos llegado. Yo serviré el té, no se preocupe. Ya veo por su gesto que no le seduce entrar ahí, en el velatorio...

—Sí, gracias, doctora.

—Puede retirarse ya a descansar. Mi alcoba es la última del corredor, no tiene pérdida —señaló arriba—. Ocupe la cama más alejada de la ventana. Yo iré más tarde, cuando haya logrado que esos pobres ancianos se vayan a dormir y dejen de velar a su compañero...

Valerie asintió. La doctora entró en la cámara ardiente, y la joven cruzó el vestíbulo, dirigiéndose a la escalera. Antes de llegar a ella, algo se deslizó sobre el suelo embaldosado con un leve chirrido. Giró la cabeza, alarmada.

Era la silla de ruedas de Norman Kirk. El anciano rodó hacia ella, procedente del corredor que conducía a otros salones de la planta baja, situados en el ala norte del edificio.

—¿Le dan miedo los muertos, señorita Marsh? —preguntó el inválido, parándose ante ella.

—Un poco —admitió ella—. Más que miedo, es aprensión, respeto...

—Ahora tiene motivos para sentir miedo. El pobre
O'Neil...

Jamás se hubiera colgado de una soga. Jamás.

—Oh, por favor, señor Kirk, no vuelva con esas cosas... —rogó Valerie.

—¿Qué le pasa? ¿Quiere ocultar su cabecita debajo del ala? Eso no cambiará las cosas. A Charles

O'Neil

le han asesinado. Le dije que había algo maligno en esta casa. Un

asesino que termina con nosotros. ¿Sabe cuántos de los asilados aquí han muerto en sólo año y medio? Más de diez. Suicidios, accidentes, paros cardíacos, trombosis y cosas así.

—No puede estar acusando de algo tan horrible al doctor Derrick y la doctora Talbot...

—Yo no les acuso a ellos. Se limitan a certificar lo que ven o creen ver. Hay alguien muy listo aquí dentro. Mucho. Y ese alguien nos va a matar a todos, si un milagro no lo remedia. Créame, señorita Marsh, márchese de aquí mientras aún sea tiempo. No se quede en esta casa, por el amor de Dios, o usted también peligrará... Yo sé cosas, intuyo cosas...

—Señor Kirk, es usted incorregible.

—Sí, sí, ya sé lo que dicen de mí —rió el anciano burlón. Luego clavó en ella sus helados ojos agudos, y silabeó con lentitud—: ¿Por qué cree que está usted aquí en estos momentos? Porque una compañera suya murió en Londres. ¿Cree que murió en un accidente, como dicen todos? Mentira, mentira completa. La mataron.

—¿Qué? —balbuceó Valerie, aterrada.

—La mataron. Fue un asesinato. Como los demás. ¿Y sabe por qué?

—No, no... ¿Cómo puedo yo saberlo...? —Casi gimió Valerie, realmente angustiada.

—Es muy simple, querida mía —el anciano hizo mover su silla acercándose todavía más a ella, hasta que casi la rozó—. Jessie Warren sabía cosas, igual que yo... O tal vez más. Los dos hablamos la noche antes de que ella se fuese a Londres, ¿sabe? Fue apenas un momento, pero me dijo algo significativo... Me dijo que creía saberlo todo, que estaba segura de que algo espantoso sucedía aquí, y que aún iba a ser más espantoso si alguien no lo remediaba a tiempo. Me dijo que iba a Londres a Hablar con la policía, a revelarles algo terrible... Y la pobre jamás regresó con vida. Nunca llegó a hablar con la policía, según parece... ¿Se da cuenta, señorita Marsh? ¿Se da cuenta de lo que nos acecha a todos aquí dentro? Hágame caso, criatura. Hágame caso y márchese. Márchese de aquí cuanto antes...

Y tras decir esto último, hizo girar en redondo su silla y se alejó velozmente hacia la cámara donde era velado el cadáver del

anciano
O'Neil.

Valerie respiró hondo, apoyándose en un mueble. Estaba aturdida, sobrecogida por las inquietantes palabras de Norman Kirk. ¿Eran patrañas, simples mentiras de una mente enfermiza e imaginativa, manías de viejo chiflado... o auténtica realidad?

Cambió de idea y se dirigió a la puerta de la mansión, necesitada como nunca de respirar un poco de aire frío, limpio, donde no oliese a cera y a muerte, donde la atmósfera estuviera menos cargada.

Abrió el recio portón del asilo y asomó al reducido porche formado por una marquesina de tejas pizarrosas sobre los escalones de piedra de la entrada. Respiró hondo la brisa fría y húmeda que barría los yermos oscuros en torno a la casa.

Permaneció allí erguida unos momentos, la vista fija en la arboleda y los setos que rodeaban la mansión, separándola de la llanura árida y pedregosa que se extendía más allá, en todo lo que abarcaba la vista, hacia Yelberton por un lado, y hacia Princetown y el presidio de Dartmoor por el otro.

El silencio y oscuridad de la noche en el páramo resultaban impresionantes. Era como si el único lugar provisto de vida en el mundo fuese aquella casa de recios muros de piedra y grandes ventanas alineadas en dos plantas, bajo las gárgolas y las chimeneas tradicionales.

Vagamente, de alguna parte, le llegó en la noche el martilleo apagado de Ralph Hobson, construyendo el féretro para el viejo O'Neil.

Sintió un escalofrío, que quiso atribuir al húmedo frío nocturno del exterior. Se dispuso a volver dentro de la casa, acurrucándose con los brazos cruzados sobre el pecho.

Y entonces lo vio.

Inicialmente creyó que era simplemente un arbusto que se movía con el soplo del aire, casi en los límites externos del jardín, junto a la verja que delimitaba la propiedad.

Pero no era un arbusto. Se dio cuenta de ello poco después, cuando *aquello*, fuera lo que fuese, cruzó la senda de piedrecillas de un lado a otro, sumergiéndose en la espesura de unos setos. Se puso rígida.

La sombra no había sido demasiado rápida en cruzar el breve espacio despejado del sendero. Más bien había sido muy lenta, como si se arrastrase sobre el terreno.

Arrastrarse.

Eso es lo que le había parecido advertir en los movimientos de aquella sombra inconcreta, cuya naturaleza le resultaba imposible de definir. La idea de un monstruoso reptil, andando suelto por la casa, se abrió en su mente provocándole casi pánico.

Fijó su mirada penetrante en los setos, tratando de ver algo más, de descubrir nuevamente aquella forma oscura y lenta que había visto en la noche. No lo logró. Pero una rara, estremecedora sensación, se apoderó de ella, allí en el porche, temblando a causa del frío, la humedad y el miedo.

Estaba segura de que *alguien* la estaba mirando. De que unos ojos ocultos en el jardín estaban fijos en ella, con extraña intensidad. Era casi una sensación física, taladrante. Ahogó un gemido de terror.

La hojarasca del seto se agitó levemente, allá al fondo del sendero, como si *algo*, acaso un animal feroz y furtivo se deslizase detrás de la espesura, manteniendo sus malignos ojos fijos en ella. La impresión de angustia, de horror, aumentó indescriptiblemente en ella.

Se dispuso a retroceder a toda prisa y meterse en la casa, cerrando la puerta tras de sí.

En ese momento, un roce helado se produjo en su hombro. Algo la tocó.

Intentó gritar con todas sus fuerzas, y una mano tapó su boca con rapidez amordazándola.

Capítulo II

—NO chille, por favor —rogó una voz apagada junto a su oído.

Despavorida, alzó sus ojos, buscando con la mirada a la persona que había puesto una mano en su hombro y otra en su boca. Se sintió relativamente aliviada al reconocer al enfermero Yordan, con su nariz enrojecida, su cabello rizado y su aire ausente. La mantenía fuertemente amordazada para que no gritase.

Valerie emitió unos sonidos apagados bajo su fuerte mano. El enfermero sonrió.

—Voy a soltarla, pero no grite —rogó—. Sólo por eso la amordacé. No quiero que toda la casa se ponga en pie sobresaltada. No tema nada, señorita Marsh. Soy su amigo, su compañero. Y sé que está asustada...

La soltó lentamente. Valerie respiró hondo, demudada, y se apoyó en el quicio de la puerta, mirándola inquieta.

—Me asustó usted —dijo con voz apagada.

—No creo que fuese yo —sonrió Yordan, negando con la cabeza. Miró al jardín sombrío. Los arbustos ya no se movían. Todo permanecía quieto, salvo el susurrante agitar de la hojarasca a causa del aire nocturno—. Estaba mirando a algo.

—Debió ser mi imaginación —rechazó ella, evasiva—. No había nada ahí.

—Yo no estaría tan seguro.

—¿Por qué dice eso?

—Porque yo también he visto «algo» alguna vez. Y no sabía lo que era, pero estaba ahí, se movía... y me miraba. Estoy seguro de que me miraba.

—¿Usted también?

—Sí, yo también. Por eso me acerqué a usted con precauciones. Por su gesto y su modo de mirar, estaba seguro de que algo atraía su atención ahí fuera.

—¿Usted no ha visto nada?

—Hoy, no. Pero no dudo de que usted sí lo viese. Dígame lo que fue.

—Bueno, no sabría decirlo. Era una sombra, algo confuso, oscuro. Cruzó ese sendero y se hundió en los setos. Se movía lentamente. Parecía arrastrarse...

—Sí, entiendo. Es tal como yo lo vi otra vez.

—¿Alguna alimaña del páramo?

—Podría ser. Hay algo en ese páramo, en efecto. Algo que no sé si es humano, animal... o diabólico.

—¿Diabólico? ¡Qué cosas dice! ¿Existe realmente el Diablo?

—A veces pienso que sí. Se siente su presencia aquí casi de un modo físico. Es como si todo esto estuviese endemoniado, señorita Marsh.

—Endemoniado... —repitió ella en un hilo de voz, estremeciéndose y mirando en torno suyo—. Sí, tal vez tenga razón. Se respira algo siniestro, aterrador... y ni siquiera sabe una lo que es. Además está ese hombre, Norman Kirk...

—¿El supuesto inválido? —rió entre dientes Yordan, escudriñando sin descanso el tenebroso jardín—. Sí, es un hombre inquietante. Siempre está imaginando cosas. Pero a veces me pregunto si todo lo que dice será imaginado o no...

—El..., él cree que el señor
O'Neil

no se suicidó. Que fue... asesinado.

—Lo imagino —suspirió Yordan, arrugando el ceño—. En cierto modo, yo también lo he pensado así.

—¿Por qué?

—Sería largo de contar, enfermera —rió Yordan, irónico, rodeándola con un brazo afectuoso—. Vamos, entremos. Está aterida. Y «eso», sea lo que sea, lo que creyó ver por ahí, ya no dará señales de vida, estoy seguro de ello. Ocurre siempre que se le ve. Desaparece de inmediato, como si no hubiera existido jamás...

Entraron. Yordan cerró la puerta y la aseguró. Se encontraron cara a cara con el doctor Nesbitt, el sempiterno compañero de Yordan en las partidas de ajedrez. El médico les miró críticamente, y Yordan retiró de los hombros de Valerie su brazo con presteza.

—¿Qué diablos hacían ahí afuera con la noche que hace? —

refunfuñó el doctor Nesbitt, poniendo un gesto de extrañeza en su rostro enrojecido y cuadrangular—. Le estuve buscando antes para la partida de revancha, Yordan.

—Lo siento, doctor —se excusó el enfermero—. Con la muerte del señor

O'Neil

y el velatorio, no tuve ganas de jugar. Ya lo haremos mañana, si no le importa.

—Oh, no, claro que no —el médico se encogió de hombros, miró ahora a Valerie y trató de mostrarse amable con ella—: ¿Cómo le van las cosas entre nosotros, señorita Marsh?

—De momento, no demasiado bien —suspiró ella—. Una muerte violenta no es la mejor recepción que una espera recibir en su lugar de trabajo, doctor.

—Cierto, muy cierto —aprobó el médico, con aire abstraído—. Pero será mejor que se retire a descansar, créame. Mañana será un día bastante duro. Esos pobres viejos se ponen insufribles cuando alguno de ellos deja de existir... Usted, Yordan, vaya a ocuparse de que todos ellos vuelvan a sus dormitorios. Seguirá el velatorio por cuenta del personal del asilo, de una forma ordenada y racional.

—Sí, doctor —afirmó el enfermo, encaminándose hacia la cámara ardiente, tras dirigir una ojeada a Valerie—. Buenas noches.

—Buenas noches a todos —respondió la joven, encaminándose a la escalera.

Se dijo que no sólo el viejo Kirk tenía comentarios extraños y oscuros, sino también el enfermero Yordan, y se prometió a sí misma intentar sonsacar algo más a cualquiera de ellos al día siguiente.

Valerie Marsh no podía imaginarse entonces, mientras iba hacia la alcoba que iba a compartir esa noche con la doctora Talbot, que al día siguiente la sería imposible hacer pregunta alguna al enfermero Yordan.

Porque para entonces, Scott Yordan también estaría muerto...

De repente, una serie de estridentes silbatos, allá en la lejanía, sobresaltaron a la joven enfermera. Se acercó a una ventana. Vismbró en la distancia, como bailoteantes fuegos fatuos en la llanura árida de los yernos, luces que se movían de un lado para otro, todavía muy lejanas, pero extendiéndose en un amplio radio

de acción.

—¿Qué es lo que sucede ahora? —se preguntó en voz alta, nuevamente sobresaltada por los acontecimientos insólitos que parecían sucederse sin descanso en aquel desolado lugar.

Tras de ella, una voz tranquila declaró con calma:

—No se asuste, enfermera. Se trata de la penitenciaría de Dartmoor... Al parecer, alguien se ha evadido esta noche de ella.

Giró la cabeza, mirando preocupada a quien la informaba. Era el propio doctor Derrick, con una sombra de inquietud sobre su afable rostro rubicundo, mientras se mesaba mecánicamente sus frondosas y largas patillas blancas.

—Dios mío... —murmuró Valerie—. ¿Y eso es peligroso?

—Puede serlo, señorita Marsh. La gente encerrada allí es la auténtica escoria de la sociedad, asesinos y ladrones de la peor especie... Pero tranquilícese. Últimamente han escapado bastantes reclusos de aquel lugar. Aunque lo cierto es que, hasta el momento, nunca fueron hallados, que yo sepa. El páramo pareció habérselos tragado para siempre sin dejar huella. El páramo... o los pantanos de tierras movedizas, naturalmente.

* * *

—Los pantanos, maldita sea. Ten cuidado con ellos, Wald. Si vamos de cabeza a ellos, nunca más nos encontrarán. De allí no sale nadie vivo.

Wald asintió, jadeante, sin dejar de correr junto a su compañero de evasión. Ciertamente que los grilletes pesaban lo suyo, y no sólo dificultaban la carrera a campo a través con su peso, sino también con el roce constante que ejercían sobre sus muñecas y tobillos, hasta hacerlos sangrar.

Pero había que dejar atrás los muros siniestros de la más tétrica y feroz prisión de toda Inglaterra, y eso es lo que estaban intentando ambos reclusos, en su desesperada evasión nocturna.

Sus pies descalzos hollaban el terreno húmedo, desolado, salpicado acá y allá por matorrales abruptos o peñascos cubiertos de musgo, en un esfuerzo constante por poner de por medio la mayor distancia posible con los guardianes armados que habían descubierto ya su fuga, partiendo a la caza de los evadidos.

—Aún me asombra lo fácilmente que pudimos salir de allí, estando metidos en una celda de castigo —jadeó Wald, cuando se

detuvieron unos momentos, pegados a unas rocas.

—Corre y no malgastes las fuerzas hablando —gruñó Benedict Wolf entre dientes, mirándole aviesamente desde su rostro fiero, barbudo, grande y patibulario—. No te he traído conmigo para conversar, sino porque me pareciste la clase de tipo capaz de colaborar en que lleguemos lo más lejos posible de ese maldito lugar.

—Si sólo encontramos páramo ante nosotros, veo difícil la evasión —objetó Wald, ceñudo—. Cuando los guardianes utilicen a los perros contra nosotros, va a sernos difícil escapar...

—No digas tonterías. La misma persona que nos ayudó a salir de allí esta noche tan fácilmente, lo hará para desviar a los mastines —rió Wolf de buen humor—. Los perros olerán una prenda que todos imaginan me pertenece, pero en realidad esa prenda habrá sido cambiada por la de otro individuo que nada tiene que ver conmigo, y eso desorientará a los perros, alejándoles de la buena pista.

—Vaya, ¿y quién es ese buen amigo que tanto nos ayuda? —masculló Wald, reanudando la marcha tras aquel breve respiro—. Ningún preso pudo arreglar las cosas tan a la perfección...

—Infiernos, si no te lo digo, no callarás nunca. Fue Morgan quien nos ayudó.

—¿Morgan? —Wald se detuvo un momento, mirando con gesto de asombro a su camarada de fuga—. ¿Te refieres al celador Jebb Morgan, al que yo golpeé?

—Al mismo, por todos los diablos. No te fíes nunca de las apariencias. Cuando hay dinero por medio, hasta el peor enemigo puede ser un buen colaborador, no te quepa duda...

—¿Dinero? No me dirás que tú... que tú le pagaste por esta evasión...

—Haces demasiadas preguntas —refunfuñó Wolf—. Sigue corriendo, estúpido, y no me molestes más.

Durante dos horas, sin un solo instante de reposo, corrieron a través de aquel terreno llano, áspero, en dirección hacia el sur, como si fueran en busca del litoral asomado al Briston Channel. Pero Wald sabía que la costa distaba demasiado aún de allí como para soñar en alcanzarla, y menos llevando tras de sí a todas las fuerzas movilizadas por la prisión para darles caza.

La idea de que Morgan había sido el cómplice imprevisible de

Wolf dentro de la penitenciaría, para evadirse aquella noche, había resultado una sorpresa. Y todavía más el hecho de que lo hiciese por dinero. Estaba seguro de que el salvaje violador de niñas no podía disponer de suficiente dinero como para sobornar a un tipo de la calaña de Jebb Morgan.

Entonces, ¿quién pagaba al celador para permitir la evasión de los presos? ¿Alguien situado afuera? ¿Quién y por qué?

Eran demasiadas preguntas para resolverlas mientras huían. Allá, en las colinas que recortaban sus mellas pedregosas contra el negro cielo de la noche, ya se vislumbraban luces bailoteantes, señal inequívoca de que la persecución implacable había comenzado.

Wolf parecía buen conocedor de la región, porque había eludido de inmediato el peligroso acceso a los pantanos próximos, ruta que podía significar la muerte segura al menor error. Ahora, esos pantanos quedaban a su izquierda, alejándose tras de ellos, y sólo la llanura interminable, inhóspita y fría, se extendía ante ellos como un paraje de pesadilla donde la evasión resultaba más y más difícil.

De pronto, ante ellos se alzaron unas formas confusas, resaltando en la plana superficie del yermo. Wald se detuvo y señaló hacia aquel amasijo que se erguía ante ellos.

—¿Qué diablos es eso? —quiso saber.

—Posiblemente nuestra salvación, muchacho —rió torvamente Wolf—. Es una vieja abadía que se derrumbó hace muchos años. Dicen las malas lenguas que sus monjes se desviaron de la fe y rindieron culto a Satán. Y Dios, en castigo, hizo destruir la abadía mediante un rayo que la fulminó. Pero supongo que es sólo una leyenda. Lo cierto es que la abadía de Yelberton pude ser nuestro anhelado puerto, Wald.

—¿Esas ruinas? —dudó Dennis—. No tardarán en registrarlas y dar con nosotros, Wolf.

—Ya lo dije antes —se quejó el penado—. Hablas demasiado. Tú sígueme y calla de una maldita vez.

Dennis Wald se decidió a no provocar las iras de individuo tan peligroso y violento como Wolf, y optó por seguir corriendo junto a él, sin descanso, en busca de la problemática salvación que, según el asesino, les prestaban aquella viejas piedras ennegrecidas que se alzaban, como un extraño y pétreo cadáver ruidoso, olvidado por el

tiempo en medio de los yermos de Devon.

De súbito, allá, muy lejos, un sonido agrio, restallante, encontró ecos tétricos en las colinas y pedregales. Ambos hombres se detuvieron en seco, mirándose el uno al otro con inquietud.

—Perros... —jadeó Wolf, nervioso.

—Sí. Ladridos de mastines —confirmó roncamente Dennis—. Ya los han soltado para buscarnos... Habrá que darse prisa.

—Y que lo digas —confirmó el criminal, con tono abrupto. Le aferró por un brazo, y tiró de él con sus dedos musculosos, húmedos de sudor—. ¡Vamos, hay que correr lo más deprisa posible! Si esas ruinas no son lo que me dijeron, creo que nuestra aventura tocará a su fin apenas iniciada, maldita sea...

Corrieron como almas perseguidas por el diablo. Sus pies sangraban al ser heridos por brezos, espinos y piedras del yermo. Un aire helado, pegajoso, procedente de un mar no tan cercano como hubieran deseado, les azotaba el rostro. Y detrás, allá en la lejanía, pero cada vez más próximos, los ladridos de los mastines ponían una nota trágica y amenazadora en la fría noche del páramo.

Por fin, llegaron a la abadía ruinoso. Se introdujeron entre su laberinto de piedras, de atrios medio derruidos, de muros ennegrecidos y de sillares de piedra hendididos por la acción del tiempo y, tal vez, también por aquel rayo divino del que hablaba la leyenda. Entre las piedras, crecía abundante hierba silvestre y punzantes cardos que arañaban despiadadamente sus fatigadas piernas y brazos.

Pero nada era demasiado malo mientras siguieron libres, poniendo más y más distancia entre ellos y el presidio de Dartmoor, aunque no así entre ellos y sus perseguidores, que cada vez estarían más y más próximos, a no dudarlo.

Wolf parecía moverse calculando de forma mental algunos datos que debían de obrar sin duda en su poder y de los que Dennis Wald no tenía la más leve idea. Porque de repente, se detuvo, inclinóse entre unas piedras, junto a los restos de un viejo atrio, y su voz áspera le llamó con energía.

—¡Aquí, Wald, aquí! ¡Ven pronto, muchacho! ¡Lo he encontrado!

—¿Qué es lo que has encontrado? —demandó Dennis,

moviéndose hacia él con dificultad entre tanta piedra amontonada.

—La boca de entrada..., el pasadizo... ¡Vamos, no pierdas tiempo, hay que meterse cuanto antes en él y bloquear su entrada!

Wald llegó junto a su compañero de evasión. Comprobó que, en efecto, ante Wolf se hallaba una abertura perforada en la roca viva, tras un montón de piedras abatidas, y a medio cubrir por una densa vegetación silvestre. La visibilidad en la noche del páramo era muy escasa, y sólo el hecho de que las pupilas se hubieran habituado al leve resplandor de las estrellas que titilaban en el negro cielo, les permitía vislumbrar algo a escasa distancia.

—Vaya, sí que es una suerte... —comentó Dennis, perplejo.

Por lo que podía colegir, el negro boquete debía corresponder a algún antiguo pasadizo secreto, de los que acostumbraba a haber muchos en viejos edificios religiosos, aunque su objeto y utilidad hubiesen estado siempre bastante oscuros a través de la historia.

—Entraremos y apilaremos piedras sueltas a la entrada, para que no lo descubran nuestros perseguidores —explicó Wolf.

—¿Seguro que ese pasadizo nos será útil? —dudó Dennis.

—Claro que sí. Te dije que encontraríamos aquí el camino de evasión. No me engañaron con los informes recibidos. Ese pasadizo conduce a la libertad, a la salvación, no lo dudes.

—¿Y eso dónde será? Quiero decir, ¿adónde nos llevará exactamente?

—Sigues preguntando demasiado —masculló Wolf, furioso—. Sígueme y calla. Recuerda que gracias a mí estás ahora lejos de aquella infecta celda...

—Eso es verdad —admitió Wald, siguiendo a su peligroso compañero hacia el interior de la misteriosa abertura practicada en la piedra de la vieja abadía.

Apenas subieron salvado su umbral, un aire helado, húmedo y saturado a olores de lóbrego abandono, les hirió el olfato y el rostro. Wald ayudó a Wolf a montar ante la abertura su respetable montón de piedras, con lo que la entrada al pasaje secreto quedó virtualmente taponada, y con toda seguridad casi invisible a simple vista. Faltaba saber si los mastines y los celadores de Dartmoor se verían burlados por aquel engaño o no.

—Y ahora, adentro —indicó el criminal, tirando de su compañero—. Hay que caminar mucho en la oscuridad, amigo. Es

nuestra única oportunidad, por poco agradable que resulte...

Wald asintió, echando a andar en pos del fornido criminal. Inicialmente, tuvieron que encorvarse para no golpear con sus cabezas en un bajísimo techo de piedra empapada de humedad y musgo. Poco a poco, a medida que el suelo formaba un pronunciado declive hacia abajo, profundizando en el subsuelo de la abadía y del páramo, el techo fue ganando altura hasta permitirles caminar erguidos, tanteando ante sí, en unas tinieblas tan profundas y espesas como un mar de tinta.

El camino, al parecer, se prolongaba ya lo suficiente para haber dejado muy atrás todo vestigio de ruinas de la abadía sobre sus cabezas. Wald se preguntó adónde conduciría exactamente aquel misterioso pasaje subterráneo. De algo, sin embargo, estaba empezando a sentirse seguro: aquel mismo camino había sido seguido antes por los restantes evadidos de la prisión.

Pero ¿hacia dónde? ¿Hacia su liberación definitiva... o hacia un destino mucho más tenebroso e inexplicable?

Ésa era, en estos momentos, la pavorosa incógnita que se presentaba ante ellos. Ya era demasiado tarde para volverse atrás. Ahora había que seguir adelante, hasta el fin. Fuera cual fuese ese fin.

Incluso aunque se tratara de la misma muerte.

—Si al menos hubiera alguna luz para guiarse... —murmuró Wald roncamente, al golpearse con el muro en lo que parecía ser un recodo donde se desviaba el camino.

El salvaje asesino que le acompañaba soltó una agria risotada y poco después había un leve chasquido, al que siguió el brillo mortecino y súbito de un fósforo. Aun así, era tal la oscuridad y tanto el tiempo que Wald llevaba habituado a ella, que tuvo que parpadear, deslumbrado por la débil llama que ardía en la mano de Wolf.

—¿De dónde diablos sacaste eso? —quiso saber, viendo en la otra mano una caja de fósforos de madera—. No dijiste hasta ahora que lo tuvieras...

—Me lo dio Morgan. Él sabía bien que íbamos a necesitarlas, no hay duda. Pero allá fuera no me atreví a utilizarla. En la noche, no sabes lo bien que se ve cualquier lucecilla en el páramo, muchacho. Ahora, no las malgastemos... —Alzó el brazo, y vislumbraron un

prolongado brazo de corredor cuyos muros y techo rezumaban agua por doquier, horadados al parecer en la dura roca y la tierra blanda y húmeda.

La cerilla se apagó, pero no encendió otra hasta mucho más adelante, para administrar lo mejor posible su escaso caudal de claridad.

—Es un subterráneo muy largo —comentó Dennis.

—Mucho. Ya me lo dijeron. Tiene más de un siglo de antigüedad, quizá dos. Nunca se supo para qué podían utilizarlo esos monjes, pero seguro que no fue para nada bueno. Tal vez conduzca al mismo infierno —concluyó, riendo—. Después de todo, si ellos rendían culto al diablo...

—Eso no tiene gracia —refunfuñó Dennis.

De repente, se detuvo. Aguzó el oído y aferró un brazo musculoso de su compañero para retenerle. Sintió el aliento de Wolf contra su cara y dominó lo mejor posible la repugnancia que aquel hombre le producía.

—¿Qué diablos ocurre ahora? —susurró a su oído el criminal.

—No lo sé. Pero he oído ruido en alguna parte, no lejos de nosotros.

Permanecieron callados varios minutos, en el más absoluto silencio, rodeados de las tinieblas totalmente impenetrables que reinaban en aquel recinto. No se oyó nada, y Wald se relajó, soltando un leve resoplido de alivio.

—No es nada —musitó—. Debí equivocarme y...

Ahora fue la ruda mano de Wolf la que se clavó en su brazo como si tuviera dedos de puro acero. La presión le causó dolor pero se dominó. Sabía que su compañero tenía razón para hacer aquello. No despegó los labios, no se movió. Tampoco Wolf.

Esta vez, sí. Había sonado otra vez. El mismo ruido apagado, como el de un cuerpo que se moviera en alguna parte, deslizándose sigiloso, produciendo un extraño roce, como leves arañazos en el suelo.

Wald tragó saliva. Recordó que ninguno de los reclusos evadidos hasta entonces del sólido presidio de Dartmoor durante varios meses, había aparecido jamás. Su suerte era un completo misterio para todos, y él estaba ahora allí para tratar de conocer la verdad sobre su destino. Quizás ahora estaba cerca de averiguarla.

Demasiado cerca para su tranquilidad...

El roce se repitió una vez más. La mano de Wolf, clavada en él, tembló levemente. Dennis sintió un escalofrío.

Aquel maldito ruido, pensó, *se acercaba* cada vez más.

Lo que fuese, estaba aproximándose a ellos.

—Cuidado —jadeó casi con tono inaudible—. ¿Llevas algún arma?

—Sólo un cuchillo. Es cuanto pudo darme Morgan al facilitarnos la fuga —siseó Wolf—. Muy poco, según lo que sea lo que nos amenaza...

Wolf estuvo de acuerdo en eso. Ni siquiera conocían la naturaleza del origen de aquellos sonidos. Podía ser hostil a ellos o no. Si lo era, poca cosa podrían hacer de provecho en su defensa con un simple cuchillo, y estando aherrojados como estaban, con aquellos odiosos grilletes.

El roce cauteloso volvió a repetirse, esta vez aún más cerca. Tanto, que los cabellos de Wald sufrieron un respingo helado en la nuca, a punto de erizarse. Aquel ruido tenía algo de insólito, de sobrenatural.

«Era..., era como el chasquido de huesos descarnados», pensó con horror.

Y se producía ahora justamente frente a ellos.

—Creo que será mejor encender un fósforo y ver cara a cara lo que sea —musitó en tensión.

—Pienso lo mismo —aprobó con voz ronca Wolf.

Prendió de repente uno de los fósforos de madera, al tiempo que empuñaba el cuchillo con la otra mano. La luz súbita, amarillenta, de la llama del fósforo, invadió el corredor.

Y pudieron ver, petrificados por el horror, lo que había ante ellos en esos momentos, moviéndose de modo espectral en su dirección, cerrándoles el paso como el más espantoso e increíble guardián de aquel recinto subterráneo.

Era un esqueleto.

Un esqueleto humano en movimiento, erguido, haciendo chasquear sus huesos y articulaciones al moverse. El cuerpo estaba rígido, entero en toda su osamenta, pelada y marfileña.

Unas negras, vacías y horribles cuencas parecían clavarse en ellos desde el Más Allá, para reprocharles su intrusión en el mundo

de los muertos.

En alguna parte, un perro aulló lastimeramente, y el fósforo cayó de la mano ruda de Benedict Wolf, apagándose en tierra, al tiempo que el criminal emitía un áspero grito de terror.

Capítulo III

EL carruaje había salido de Yelberton minutos antes.

Su dirección era el asilo de ancianos del doctor Derrick, Golden Years. Su cochero, que ya aquella mañana había conducido al asilo a una joven londinense, nueva enfermera del antro geriátrico, maldecía ahora su mala fortuna por tener que trasladar a aquel anciano y su señorita de compañía o enfermera particular, a través del páramo y en plena noche.

Pero mientras aguardaba el paso del último tren junto a la estación de Yelberton, nunca había imaginado coger tan desagradable viaje a tales horas.

Sin embargo, ya nada podía hacer por evitarlo. Cuando el viejo encorvado llegó hasta él, refunfuñando entre dientes, quejándose de lo largo y fatigoso del viaje, de lo incómodo del vagón, del mal tiempo reinante en Devon, del viento frío húmedo de la noche y de todo lo habido y por haber, ya imaginó que no le había caído en suerte ningún viajero ni viaje agradables. Aunque la flaca, madura y estirada mujer de uniforme gris y blanco que acompañaba al caballero, le reprochó varias veces sus lamentos y trató de animarle con palabras de aliento, el viejo prosiguió su retahíla de imprecaciones y quejas, incluso después de indicarle la dama al subir ambos con su equipaje al coche:

—Por favor, cochero, llévenos a Golden Years, el asilo de ancianos. ¿Sabe dónde está?

—Por supuesto —había respondido él, torciendo el gesto y atusándose los helados bigotes sobre la recia bufanda—. Es un mal camino para hacer de noche, señorita...

—Es igual. Tenemos que llegar allí enseguida. Mi paciente, el señor Cortland, tiene que alojarse en el asilo, y cuanto antes lo haga, tanto mejor. ¿A qué hora se puede regresar; Londres?

—Al amanecer pasa un tren hacia arriba, procedente de

Plymouth, señorita.

—Bien. Pasaré la noche en ese asilo, y regresaré por la mañana. ¿Usted podrá venir a recogerme?

—Por supuesto. Estaré puntualmente a las seis y media. Tendremos tiempo de llegar a ese tren sobradamente.

—Muy bien. ¿Está muy lejos ese asilo?

—No mucho, pero el sendero da varios rodeos para no penetrar por las zonas pantanosas y tiene que bordear colinas pedregosas por las que es imposible el tránsito de un carruaje.

—A bendito lugar me han venido a traer —se lamentó el viejo Cortland de nuevo con voz plañidera—. ¿Por qué diablos no buscaron ustedes otra clase de establecimiento para mí?

—Vamos, vamos, señor Cortland, usted sabe que ése es el mejor —le replicó con altanería la dama—. No venga quejándose ahora. Quería el más caro y el mejor atendido clínica mente. Bien, pues todos coincidieron en enviarle a Golden Years, ¿no? Ahora no tiene sentido andar protestando. Le conviene un clima húmedo para su corazón, y aquí lo tendrá.

—Al diablo con mi corazón. Puede darme reuma... —rezongó el anciano.

La mujer lanzó un resoplido y optó por salirse por la tangente, para no discutir con su pupilo:

—Envié un telegrama a ese asilo anunciando nuestra llegada. Espero que haya llegado ya...

—No confíe demasiado en eso —gruñó el cochero, enfilando los yermos a buen trote, deseoso de regresar lo antes posible a su casa y acostarse de una vez—. Hicks, el cartero, es el encargado de repartir los telegramas en Yelberton. Y sólo hace un viaje a la semana al asilo del doctor Derrick. De modo que posiblemente ese telegrama llegue a su destinatario bastante después de que este caballero haya sido alojado en el establecimiento.

—¡Lo que nos faltaba! —masculló el viejo, incansable—. ¡Sólo haría falta ahora que no tuvieran nada dispuesto para recibirme!

—Tranquilícese, eso tiene fácil arreglo —suspiró la buena mujer con resignado acento—. Sabemos que es un edificio muy amplio y no hay nunca mucho personal acogido en él. No habrá dificultades para alojarle a usted definitivamente y a mí por esta noche, estoy segura de ello.

—Oh, eso seguro —apoyó el cochero—. El doctor Derrick es un caballero muy amable y hospitalario. Y también la doctora Talbot. No tendrán ninguna queja de ellos, estoy convencido.

Rodaron un trecho considerable, entre pedregales, brezos y matojos silvestres frondosos en las zonas más húmedas del páramo. Árboles sarmentosos salpicaban el negro llano acá y allá, destacando como fantasmas de desnudos y retorcidos brazos a la luz del pálido fanal del carruaje de alquiler.

—Es un sitio horrible —de quejó de nuevo el infatigable señor Cortland.

Continuaron rodando, saltando el vehículo a veces sobre el suelo pedregoso y áspero. Rodearon una colina cubierta de verdor, para adentrarse definitivamente en el yermo. Unas luces lejanas brillaban en la noche, a su derecha, fijas en el tétrico paisaje. Otras luces, oscilantes y móviles, eran visibles a la izquierda, mucho más distantes.

—¿Qué es eso? —se interesó la enfermera del viejo protestón.

—Las luces de allá pertenecen al asilo —señaló el cochero hacia la derecha. Y luego añadió, indicando las de la situación opuesta—: Esas otras creo que proceden de soldados y policías del presidio de Dartmoor. Ha habido una evasión de presos, según me dijo el constable en la taberna, poco antes de llegar su tren. Y los andan buscando por estos parajes, naturalmente.

—¡Lo que faltaba! —aulló el señor Cortland, indignado—. ¡Alojadme en la vecindad de un presidio!

—Señor, la penitenciaría de Princetown es una de las más seguras del país —explicó pacientemente el cochero—. Además, nunca le pasó nada a ninguno de los asilados durante los años que lleva ahí ese establecimiento, que son ya casi una veintena...

El viaje prosiguió en la oscura y fría noche. Sobre sus cabezas, las estrellas estaban dejando de brillar, a causa de un creciente nublado que iba velando el cielo paulatinamente, haciendo aún más húmedo el aire. El cochero husmeó, pensativo. Sabía que todo aquello era presagio indudable de próximas lluvias. Sólo esperaba que no le sorprendiera aquella misma noche, de regreso a casa. De lo que ya no estaba tan seguro de librarse, era de encontrarse con el aguacero al otro día, cuando llevase a aquella dama de regreso al tren de Londres. Pero eso eran los gajes de su oficio, y había que

aceptarlos tal como venían.

Fueron aproximándose paulatinamente al asilo. Ya era visible, en la distancia, a menos de un cuarto de milla, el sólido edificio de piedra, rematado por varias chimeneas, y rodeado por los jardines y la alta verja. Algunas de sus ventanas mostraban luces encendidas, como fanales fijos en la negra noche del páramo. O tal vez como ojos de un extraño, frío y petrificado monstruo que acechaba en el yermo páramo.

De pronto, y pese a toda su pericia en recorrer aquel trayecto, el cochero se dio cuenta de que había cometido un error, confiándose en el trazado de la ruta. Algún desprendimiento de tierras había arrojado unas pesadas piedras al sendero.

Antes de que pudiera darse exacta cuenta de ello, la rueda izquierda del vehículo había saltado violentamente sobre esas piedras, rompiéndose su eje con un crujido seco de maderas astilladas. Maldijo entre dientes, furioso, tratando de sujetar a los caballos. El trote de éstos era vivaz, y no se detuvieron a tiempo. El carruaje, al perder su rueda, osciló lateralmente, perdió el equilibrio y volcó aparatosamente, entre los gritos asustados de sus viajeros y conductor.

El vehículo rodó por el páramo, yendo a caer a una zanja lateral, entre rocas y arbustos. Los tres ocupantes cayeron con él, sin poderlo evitar, y sólo los caballos, roto el eje del tiro, siguieron su carrera, relinchando asustados.

—¡Maldita sea, tenía que sucederme eso esta noche! —clamó el cochero, tratando de salir de entre las maderas rotas y astilladas de su carruaje—. ¿Quién me mandaría ir a esperar viajeros a esas horas, por todos los diablos?

—Cochero, deje de lamentarse y trate de ayudarme —le pidió con voz serena la mujer, a sus espaldas—. El señor Cortland es muy anciano y no puede valerse por sí mismo. Tal vez haya sufrido algún daño. No le oigo quejarse ni lamentarse, y eso es mala señal...

—Ya voy, ya voy —rezongó malhumorado el postillón, logrando zafarse a medias del peso de parte del vehículo que aprisionaba sus piernas—. Ha sido una maldita desgracia que cayeran esas piedras al camino, no me explico cómo pudo suceder...

En ese momento, el cochero oyó algo que le hizo girar

rápida mente la cabeza, con cierto sobresalto.

Allí, muy cerca del carruaje volcado, algo se había movido en tierra, produciendo una especie de apagado susurro. Era como el ruido que produciría alguien al reptar, al deslizarse por el suelo cautelosamente. La idea de tener cerca a alguna alimaña del páramo o a un reptil de naturaleza desconocida, amedrentó al cochero.

Pero lo que vio, le produjo algo mucho más agudo que un simple miedo, incrédulo, dilató sus ojos, contemplando aquella forma oscura que se arrastraba por el suelo, entre la rueda rota y la caja del coche, en dirección a él y a los dos viajeros.

—Dios, ¿qué es eso? —jadeó, sintiendo que se le erizaban todos los cabellos.

No hubo respuesta. El anciano estaba al parecer inconsciente de resultados de la caída, y su dama de compañía atareada en salir de entre los restos del maltrecho carruaje, de espaldas a la «cosa» o lo que aquello que reptaba pudiera ser.

El cuerpo inconcreto y negro que se movía en la oscuridad, seguía deslizándose hacia ellos por entre los peñascos, reptando siempre como un reptil, pero infinitamente más grande que cualquiera de los reptiles que el cochero conocía y que podían ser hallados en el yermo en cualquier época del año.

—No, no... —susurró el postillón, desorbitando sus ojos y alargando un brazo tembloroso hacia el ser informe y desconocido que se deslizaba hacia él—. No hay nada que se mueva así, que tenga ese volumen, Dios mío...

Del cuerpo en movimiento, surgió en ese instante un sonido. Un raro, escalofriante sonido, que esta vez sí hizo que la dama de uniforme gris y blanco girase la cabeza alarmada. Un grito agudo de terror brotó de sus labios. El rostro se le volvió blanco, como una mancha de yeso.

Había visto a la forma en movimiento. Y había oído aquel sonido indefinible que acababa de provocar. Un sonido susurrante, ronco, estremecido y prolongado, algo así como el estertor de un ser agonizante o el jadeo de un monstruo desconocido. Era un ruido torvo, maligno, algo que parecía presagiar el más profundo e inconcebible de los horrores.

De pronto, antes de que pudieran preverlo ninguna de las

víctimas del accidente, aquella forma inconcreta saltó sobre ellos. Una sombra tenebrosa, horrenda, planeó sobre los tres, envolviéndoles en un velo sombrío y amenazador.

Dos gritos de profundo, desgarrado pavor, escaparon de labios del postillón y de su viajera. El pobre viejo, ni siquiera llegó a enterarse de nada, y tal vez fue mejor para él...

Lo que sucedió allí, en la soledad del llano árido y desolado, en la negra y fría noche del páramo, sobrepasó todos los límites de lo imaginable por una mente humana lúcida y equilibrada. Algo horrendo, espeluznante, tuvo lugar en el paraje donde cayera el vehículo tan desafortunadamente.

Al susurro jadeante del ser desconocido, había sucedido una especie de crepitar siniestro, una serie de crujidos capaces de helar la sangre en las venas al más valiente y decidido. Los gritos de los viajeros se transformaron paulatinamente en simples estertores, en sonidos espasmódicos, inarticulados, que hablaban de dolor, de agonía, de pánico irrefrenable.

Después, la sangre corrió copiosa entre las piedras. Huesos humanos sonaron con aspereza al astillarse. La carne crujió, chirriante...

Y una forma demoníaca, que sólo pudo ser vista en sus instantes finales por sus aterradas víctimas, se alejó luego, reptó, emitiendo un sonido ronco, complacido, en medio de babeantes gorgoteos.

Una tragedia espantosa, inconcebible y sangrienta, había tenido lugar en el páramo, y nadie pudo ser testigo de ella. Los tres testigos que pudieron haberlo contado, ahora estaban muertos.

No sólo muertos, sino también *devorados*...

* * *

Cuando los dos evadidos vislumbraron ante ellos la forma increíble del esqueleto en movimiento, una nueva forma de terror que nada tenía que ver con su miedo natural a ser alcanzados por los mastines y los guardias armados de Dartmoor se apoderó de ellos.

Era como cambiar el miedo a lo material, a lo sólido y tangible, por un pánico más sutil e inconcreto, el que produce aquello que no es de este mundo.

El fósforo de Wolf se apagó a su contacto con el húmedo suelo, y la oscuridad más profunda envolvió a los dos evadidos del penal y a

su dantesco, espectral antagonista del laberinto subterráneo.

Durante unos segundos que se antojaron una eternidad, ninguno de los dos pronunció palabra. Sin embargo, el chasquido de huesos se repitió, lo mismo que el torvo aullido de perros, no lejos de ellos.

Al fin, Dennis Wald logró tartajear algunas palabras, muy pocas, y ni él mismo se pudo reconocer su propia voz:

—Dios del cielo, ¿qué es esto? ¿En qué clase de horror estamos metidos?

La respuesta del fornido asesino tampoco sonó demasiado tranquila ni serena:

—Que me ahorquen si lo sé, Wald. No..., no puedo entenderlo... Ese esqueleto se mueve, tiene *vida*... Yo nunca he creído en esas cosas, pero...

—Tal vez hemos alterado el reposo eterno de los monjes endemoniados —sugirió Dennis, no muy convencido—. Este lugar puede muy bien ser una especie de catacumba...

—¡No puedo admitirlo! —bramó Wolf, repentinamente furioso—. ¡Yo no creo en los muertos que viven!

—Yo tampoco, pero... ese esqueleto se está acercando, puedo oírlo —susurró Dennis Wald, con cierta ironía en su voz preocupada.

Era cierto. Ahora los chasquidos de huesos era mucho más próximos. Y, de repente, hubo como un golpe seco, una serie de crujidos... y Wald sintió, en plena oscuridad, cómo la forma huesuda se desplomaba sobre él. Sus manos rozaron las costillas descarnadas y su rostro recibió el helado impacto húmedo de una calavera, cuyos dientes sin boca le rozaron la mejilla. Un escalofrío mal reprimido sacudió su cuerpo, y pegó un salto atrás, jurando entre dientes con disgusto.

Al mismo tiempo, algo vivo, peludo, le rozó las piernas. Notó el vaho cálido de un aliento llegándole a través de los desgarros de su pantalón astroso, hasta la piel de sus muslos, y una especie de nuevo y desconocido terror que jamás había experimentado antes se apoderó de él en forma irresistible.

—¡Por el amor de Dios, Wolf, da la luz, enciende otro fósforo! —rogó roncamente—. No sé lo que hay *aquí*, pero sea lo que sea está vivo, y no es solamente el esqueleto, podría jurarlo...

El penado prendió un fósforo. Su mano distaba mucho de ser tan

segura como antes. La llama osciló, en unos dedos temblorosos, estremecidos. Aun así, fue suficiente. La claridad reveló la presencia del horrible esqueleto, abatido sobre Dennis Wald, en cuyo cuerpo se sujetaba, rígido, con sus largos brazos huesudos extendidos, y las manos descarnadas oscilando inermes.

Ciertamente, ya no parecía tan temible. Parecía tan desprovisto de vida y de animación como cualquier otro esqueleto. Al apartarse Wald, se derrumbó al suelo de bruces, y algunos huesos se desprendieron de sus articulaciones con seco chasquido. Entre ellos, la calavera, que rodó por el corredor, como una grotesca y macabra pelota de marfileño hueso.

Después, tanto él como Wolf se quedaron mirando, atónitos, al ser viviente que, ante ellos, mirándoles con una mezcla de dolor y de hostilidad en los ojos, permanecía aún en medio del corredor.

—Maldita sea... —farfulló Wolf—. ¡Es un perro!

Wald asintió. Sí, era un perro. Un perro de regulares dimensiones, parecido a un lobo, aunque más pequeño y vulgar. De pelambrera oscura, algo rojiza, largo hocico y ojos brillantes. Wolf alargó la mano con el fósforo hacia el animal, y éste gruñó, exhibiendo sus dientes.

—Está malherido —señaló Dennis—. Mira su lomo, sus patas, su cabeza... Está lleno de llagas, de heridas purulentas... Debe sufrir mucho, pobre animal.

—Al diablo con él. No sé de dónde ha salido, pero no hay duda de que él fue el que nos asustó. Ese esqueleto no se movía solo. Se había enganchado al perro y al moverse éste, lo arrastraba consigo. Me pegó un buen susto. Sólo por eso merece que le ayude a dejar de sufrir, maldito sea...

Su otra mano, esgrimiendo el cuchillo, se dirigió hacia la garganta del animal. Éste se encogió, presintiendo el peligro, y gruñó amenazador, mirando con agresividad al que intuía su enemigo mortal.

Wald, rápido, se interpuso. Aferró el brazo armado de Wolf y lo sujetó con toda energía.

—¡Quieto! —ordenó, abrupto—. No hagas eso. Es una estupidez sin sentido. Ese perro no te ha hecho nada.

—No me gustan los perros. No me gusta ningún animal.

—A mí, sí —Wald mantuvo el brazo del otro en alto, y con su

otra mano acarició el lomo del perro. Éste, sin dejar de escrutar de reojo, lleno de recelo, a Benedict Wolf, movió el rabo, y dirigió una ojeada afectuosa al policía.

—Eres idiota —se enfureció Wolf—. Ese perro puede ponernos las cosas difíciles. Tal vez ladre y nos delate...

—No ladrará si no se le ataca. Recuerda los aullidos que oímos hace poco. Eran de dolor. Sus heridas deben dolerle mucho, pobre animal... Lo que no hay duda es que viene de alguna parte, y que ese lugar suyo de origen es, quizás, aquél al que nosotros nos dirigimos ahora. Tal vez sería buena cosa ganarse su amistad y dejar que nos guíe.

—¿Y cómo esperas hacerlo? —refunfuñó Wolf, guardando el arma, nada convencido, y prendiendo otro fósforo antes de que se apagara el anterior—. Puede que sus heridas le hayan vuelto rabioso. Si es así, podía volverse muy peligroso, Wald.

—Lo sé. Pero si estuviera rabioso no me hubiese permitido tocarle, de modo que no creo que sea ése el caso. Sigue encendiendo fósforos. Voy a intentar algo...

Se inclinó, tomando barro del suelo. Preparó con él varios emplastos, que aplicó sobre las heridas del animal. Luego, se arrancó jirones de su camisa e improvisó unas vendas para las patas laceradas del animal. Wolf, ceñudo, contempló la escena con gesto desabrido. El animal, salvo emitir algunos quejidos, se dejó curar dócilmente, e incluso lamió agradecido las manos de Dennis durante la breve operación.

Al terminar, Wald sonrió, incorporándose. El animal se pegó a su pierna.

—Ya está —dijo—. Creo que debe sentirse bastante mejor, pobrecillo.

—Bah, eres un sentimental —se irritó Wolf, clavando en él su mirada, bajo las espesas cejas fruncidas—. ¿Seguro que fuiste capaz de reducir a trocitos a aquella chica de Londres?

—Pregúntaselo al jurado que me condenó —rió duramente Wald, encogiéndose de hombros—. Ellos no tuvieron la menor duda.

—Pues la verdad, yo, sí —refunfuñó el criminal—. Me hubiera gustado cortar el cuello a ese sucio perro. Sería tan agradable como degollar a aquellas chiquillas con quienes tanto disfruté.

Dennis dominó dificultosamente su náusea, su horror y su asco hacia aquel individuo execrable, y tuvo que fingir indiferencia, encogiéndose de hombros con una mueca.

—En eso nos diferenciamos, Wolf —dijo, sin ninguna cordialidad—. Tú gozas haciendo porquerías a las niñas. Yo elijo siempre mujeres hechas y derechas.

Wolf entornó sus ojos centelleantes, fríos y duros, pero no comentó nada. Prendió un fósforo más e indicó:

—¿Seguimos? —Y su tono era tan helado como hostil.

—Claro —afirmó Wald, acariciando la cabeza del perro recién curado. Luego apartó los dispersos huesos del esqueleto e indicó al perro con tono afectuoso—: Vamos, «Lobo». ¿Sabrías guiarnos hacia alguna parte en concreto, buen amigo?

El animal emitió un breve ladrido de alegría, y jadeó, dejando colgar su lengua fuera. Caracoleó, moviendo el rabo. Y pareció comprender perfectamente, porque emprendió la marcha, andando rápido y seguro delante de ellos, en dirección al lugar mismo de donde llegara arrastrando aquel esqueleto que tanto temor les provocara.

—¿No te lo dije? —rió Wald—. Ya empieza a ser nuestro guía...

—No sé —gruñó el penado—. No me fío de él.

—Yo, sí. De los animales siempre puede uno fiarse, al contrario que de las personas, Wolf.

—Eso es lo que me ocurre a mí. Que no me fío de ti —silabeó el asesino, torvo—. No me fío nada, Wald.

—Peor para ti —rió él—. Estamos metidos en esto por un igual. Y no tenemos otro remedio que confiar el uno en el otro, nos guste o no.

—Existe otro medio que no mencionas: matarnos entre nosotros, y que gane el mejor.

—Eso no es muy práctico. Mientras peleamos, podríamos dar ventaja a los que nos persiguen —sonrió Wald fríamente—. Será mejor, al menos por el momento, seguir a «Lobo» a donde nos lleve...

Tras un momento de indecisión, Benedict Wolf pareció aceptar la sugerencia de su compañero de fuga. Reanudaron la marcha, ahora con el perro a quien Wald acababa de bautizar espontáneamente con el nombre de «Lobo» —y que al animal no

parecía disgustarle—, caminando delante suyo con seguridad, como el más certero de los guías.

Aún tuvieron que recorrer cosa de unos tres o cuatro minutos de interminable pasadizo, cada vez más húmedo, lóbrego y angosto. Cuando empezaban a tener que encorvarse para avanzar con mayor facilidad, dado lo bajo de su húmedo techo, cuya agua fétida mojaba sus cabellos empapados de sudor, algo apareció ante ellos, como una esperanza concreta de que, en efecto, habían llegado a alguna parte.

Ese algo era una puerta.

Los dos la contemplaron a la insegura llama del fósforo. Una puerta de vieja madera medio podrida, con goznes de hierro oxidado y refuerzos del mismo metal en idéntico lamentable estado de conservación.

Se miraron ambos hombres. El perro husmeó junto a la hoja de pesada madera y gruñó, moviendo el rabo insistentemente. Luego, miró a Wald, impaciente.

—Parece invitarnos a entrar —sugirió Wald, precavido—. ¿Qué hacemos?

—Me parece que no podemos tomar otra decisión. Vamos adelante, si es que puede abrirse esa puerta.

Wald avanzó. Accionó un tirador de viejo hierro enmohecido. La puerta emitió un prolongado, lastimero chirrido. Y cedió.

Wolf empuñó de inmediato su cuchillo, manteniéndose alerta. Wald clavó sus ojos en el oscuro interior que se abría ante ellos más allá de la puerta, como una invitación a ir a alguna parte.

Quizás a la salvación definitiva. Quizás a su perdición irremisible.

En ese instante de duda, algo vino a decidir por ellos.

Una luz brilló repentinamente en el interior de la cámara.

Y una figura humana se enmarcó en el hueco de la puerta, para asombro de los dos. El perro ladró mirando a la persona recién aparecida, pero sin muestras de agresividad. Era como si la reconociera.

—¿Qué mil diablos...? —comenzó Wolf, alarmado.

—Bien venidos sean —respondió suavemente una voz—. Pasen. Creo que necesitan ponerse a salvo. Y han llegado al lugar adecuado para ello... No tienen nada que temer aquí.

Se hizo a un lado la persona que le recibía, con una lámpara de petróleo en su mano. Wald contempló asombrado a aquella aparición inesperada.

Era una mujer:

Una mujer realmente hermosa, exultante de atractivo físico y de juventud.

* * *

—¿Quién es usted?

—Me llamo Carrie.

—¿Carrie? Bonito nombre. ¿De dónde viene?

—¿Qué importa eso? Lo que cuenta es que estoy aquí para ayudarles.

—¿Por qué ha de ayudarnos? —Receló en ese punto Wolf, interrumpiendo la breve charla entre ella y Dennis Wald, una vez dentro de la estancia, y con la puerta de madera cerrada a sus espaldas nuevamente.

—Digamos que porque sé lo que es evadirse de una penitenciaría, y mi labor consiste en facilitarles todo lo posible a quienes lo consiguen —sonrió ella, volviéndose hacia Wolf y mirándole con fijeza—. ¿Explica eso sus dudas?

—No del todo. Nunca me fié de las mujeres.

—No le haga caso —terció Wald—. Él nunca se fía de nadie. Carrie, ¿seguro que no corremos peligro aquí?

—Ni el más mínimo. Nadie encontrará este lugar, se lo aseguro.

Wald miró en torno. Altos muros húmedos, lóbrega oscuridad, sólo diluida por el resplandor dorado del quinqué que la joven acababa de depositar sobre un viejo mueble de madera podrida.

—Y por cierto —indagó—. ¿Qué lugar es éste, en realidad?

—Usted mismo puede verlo —sonrió ella—. No es un palacio, pero es un buen escondrijo. Servirá, no lo dude.

Wald no comentó nada de momento. Miró pensativo a la hermosa muchacha. Porque, realmente, era una muchacha, una adolescente. Su belleza morena, agitada, era tan sensual como provocativa. Labios muy gruesos y carnosos, de un rojo encendido, húmedos y anhelantes, en un rostro de piel bronceada, grandes y rasgados ojos negros, cabello casi azul de puro negro lustroso, cayéndole en larga, sedosa melena sobre los hombros que una blusa zíngara dejaba semidesnudos. Senos agresivos, potentes y jóvenes,

que no mostraban corpiño alguno bajo la blusa, dibujándose en toda su esplendorosa nitidez. Caderas ampulosas, largas piernas de finos tobillos morenos y pies calzados con sencillo estilo campesino.

Alrededor de ella, el escenario resultaba casi incongruente con tan salvaje, indómita y carnal belleza en plenitud. Altos muros húmedos, una bóveda elevada, que rezumaba agua, viejos muebles ajados, dispersos sin orden ni concierto, y una especie de aire tétrico y espectral en todo lo que les rodeaba. Aparte la puerta de madera que les sirviese de entrada, el subterráneo sólo ofrecía una abertura más, y ésta no parecía nada accesible para ellos: una especie de oquedad en el techo, a cuyo alrededor se veían antiguas huellas de humo que habían ennegrecido la zona, como si algo se hubiera quemado allí mucho tiempo atrás.

—Es un lugar horrible, por útil que sea —admitió al fin Wald—. Tiene todas las apariencias de una cripta funeraria.

—Quizás lo fue —sonrió ella suavemente, apoyando con desparpajo sus manos en las caderas—. Dicen que los antiguos monjes de la abadía se escondieron aquí hasta ser descubiertos por sus inquisidores oficiales y condenados a la hoguera por herejes. Ese humo del techo pudo ser la huella de sus fuegos rituales al servicio de Satán.

Wald torció el gesto, asintiendo.

—Sí, nada de eso me sorprendería demasiado —admitió vagamente, moviendo la cabeza—. ¿Y qué hay encima de nosotros, sobre esa bóveda, si puede saberse?

—Usted pregunta mucho —sonrió ella, exhibiendo una doble hilera de blancos y fuertes dientes entre sus labios pulposos—. ¿De verdad quiere saberlo?

—Siempre me gusta saber dónde estoy.

—Bien, se lo diré. Arriba hay una vieja casa, edificada en 1830. Nadie en ella sospecha que aquí exista semejante subterráneo, de eso puede estar bien seguro.

—Sí, la creo —admitió Wald—. ¿Habita alguien esa casa?

—En efecto —afirmó ella, pensativa.

Wolf terció en ese punto, volviendo a interrumpir el diálogo entre ambos:

—Acabemos de una vez, muchacha: ¿quién eres y por qué haces todo esto por nosotros?

—Ya le dije que me llamo Carrie y me gusta ayudar a quienes escapan de esa prisión —suspiró ella, mirando con gesto huraño al criminal—. Digamos, además, que existe un interés material en la cuestión.

—Ya. Alguien te paga por ello, ¿no es cierto? —rió Wolf.

—Sí, algo parecido —admitió la joven—. Todo el mundo hace siempre algo por algo, pero eso no debe importarles. No son ustedes quienes han de pagarme. Todo está preparado para que su evasión sea definitiva. Sólo que aún no es el momento para ello.

—¿Eso quiere decir que hemos de esperar? —Gruñó Wolf—. ¿A qué?

—Yo se lo diré. Si salieran de aquí por sí mismos, no irían muy lejos.

—¿Por dónde podemos salir, a menos que sepamos volar? —rezongó el criminal—. Sólo veo la abertura del techo...

—De momento, reposarán aquí unas horas —dijo ella, sin hacer caso de sus palabras—. Les tengo preparada comida y algo para beber. Luego, llegado el momento, volveré a por ustedes y les llevaré definitivamente a salvo.

—De modo que así pudieron evadirse también los demás... —sugirió Wald.

La hermosa muchacha se volvió a él. Afirmó con energía, sus negríssimos ojos clavados en el joven policía.

—Sí —dijo—. Así es... Veo que se han hecho amigos de ese perro...

—Yo, no —cortó Wolf acremente—. Este tipo, que gusta de los animales...

—Incluso le han curado sus heridas —señaló ella—. No adelantará mucho con eso. Es un animal raro, díscolo. Desaparece durante largos períodos de tiempo y nunca se sabe dónde anda metido. Cuando vuelve, viene hecho una lástima. Debe meterse por zarzales y sitios así, no hay duda.

—Es posible —Wald miró en torno, ceñudo—. Pero si no hay más salida... ¿por dónde abandona este lugar?

—Lo sabrá en su momento —sonrió la joven. Fue a abrir un mueble, y sacó de él una bolsa de lona. La tendió a Wald—. Tomen, son sus viandas y bebida para hoy. Descansen. Conviene que se encuentren bien para el momento de partir.

—Eso es lo mejor que he oído en mucho tiempo —rezongó Wolf, arrancando la bolsa de manos de la joven agitanada—. Aquí incluso suena una botella, por todos los diablos...

—Es vino —rió la muchacha, despectiva—. Pero no se proponen bebiendo, no es bueno para tener la mente despejada.

Wolf gruñó algo ininteligible entre dientes, se tumbó en el suelo y abrió la bolsa, comenzando a devorar pan y embutidos que había dentro, no sin antes destapar la botella y echarse un largo trago de vino como introducción.

Wald sentía apetito, pero sabía dominar mejor sus instintos. Miró pensativo a la misteriosa muchacha, acariciando de forma mecánica al perro, pegado siempre a su pierna, y preguntó, reanudando la charla anteriormente interrumpida por su torvo compañero de fuga:

—Hablabamos de que había gente viviendo encima de este lugar...

—Oh, sí, es cierto —las oscuras pupilas de la adolescente fulguraron—. No tema nada. No pueden oírnos. Existe otro sótano todavía, entre nosotros y la casa. Los monjes endemoniados se hicieron un refugio muy difícil de localizar...

—¿Quiénes habitan esa casa?

—En tiempos vivió en ella un científico solitario, tras abandonar el páramo la familia que la hizo construir. Hoy en día... hay en ella un asilo de ancianos llamado Golden Years.

—Un asilo... ¿En pleno páramo?

—Así es. Un asilo privado, para viejos ricos. Un lugar recogido y tranquilo. Ya le dije que nada tienen que temer por ese lado. Ahora, recuerde lo que les dije: coman algo, beban lo indispensable, y duerman sin preocupaciones. Con el nuevo día, cuando la búsqueda haya empezado a reducirse, pensando que fracasaron de modo definitivo, será el momento de llevarles a sitio seguro de una vez por todas, señor...

—Wald. Dennis Wald —explicó él—. Mi compañero es Benedict Wolf.

—Pues bien, señor Wald, coman algo ahora y descansen. El nuevo día va a resultar sumamente agitado, no le quepa duda.

Después, la joven Carrie se encaminó hacia la puerta por la que ellos entraron poco antes, dejándoles con la compañía del quinqué

encendido. El perro no la siguió, quedándose junto a su nuevo amigo.

—Gracias por todo, Carrie —dijo Wald, siguiéndola con la mirada—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —se despidió ella antes de cerrar tras de sí.

Wald regresó junto a Wolf, para compartir con él la cena, pensando en todo lo que les estaba sucediendo, incluida la presencia de aquella sorprendente muchacha en medio de su misteriosa fuga. ¿Quién se ocultaba tras de ella, manteniéndose en la sombra, y disponiendo los detalles de la evasión? ¿Y por qué lo hacía?

Las incógnitas seguían siendo las mismas que en un principio. Pero Wald estaba seguro de que en estos momentos se hallaba más cerca que nunca de la solución al extraño enigma.

Lo que él no podía saber es que al siguiente día, iba a enfrentarse con ese enigma de un modo tan escalofriante y aterrador que sobrepasaría todo lo imaginable, entrando en el terreno del más puro y demoniaco de los horrores.

TERCERA PARTE: La criatura

Capítulo primero

ERA una lluvia menuda, persistente, machacona, casi irritante. El páramo, bajo el cielo encapotado, de un gris plomizo, y aquella cortina de fina agua que calaba hasta los huesos, se había tornado todavía más triste y lúgubre que nunca.

Pero la mayor tristeza, con ser mucha, no estaba en el exterior, ni en la mañana lluviosa, ni el desolado paraje golpeado por el tenue aguacero matinal.

La tristeza y el horror estaban dentro del asilo, entre los muros de Golden Years. En la atmósfera densa y terrible que allí se respiraba desde que fuera enterrado en el pequeño cementerio de la parte trasera, junto a la tapia, el cuerpo sin vida del viejo Charles O'Neil.

Pero, sobre todo, desde que había sido hallado el cadáver de Scott Yordan, el enfermero.

Había sido un hallazgo tan macabro como escalofriante. Todavía no había podido salir nadie de la confusión y el horror, del marasmo mental en que el descubrimiento había sumido a la gente del asilo.

Y, sobre todo, a Valerie Marsh, la nueva enfermera.

Valerie, cuyos días en Golden Years, se contaban por muertes. Muertes violentas todas ellas. Muertes que distaban mucho de estar claras. Ya no podía pensar siquiera en la posibilidad de que el infortunado

O'Neil

se hubiera suicidado colgándose él mismo de una soga en un momento de profunda depresión psíquica. Y menos aún le era posible admitir, en buena lógica, que el enfermero Yordan se hubiera muerto accidentalmente o por propia voluntad.

Además... estaba la propia apariencia del difunto. El modo horrible en que fue hallado. La extraña y diabólica muerte sufrida

por el mismo hombre que, sólo unas pocas horas antes, la noche anterior, le había hablado de cosas que sabía o sospechaba, de «algo» que se movía en el páramo, y que él imaginaba que tenía naturaleza diabólica... Valerie había decidido hablar más ampliamente con Yordan en este día, para tratar de aclarar sus sospechas, sus insinuaciones.

Pero ahora ya nunca podría hablar nada con Yordan, estaba muerto.

Muerto... y medio *devorado*.

Eso era lo más espantoso. Lo más increíble y aterrador de todo. Que el cadáver del enfermero de la nariz roja y el pelo rizado, el eterno adversario del doctor Nesbitt ante el tablero de ajedrez, no sólo había aparecido sin vida junto al cementerio de Golden Years, sino que además mostraba en su rostro y cuerpo señales de feroces dentelladas, mordeduras profundas, que desgarraban su carne, hasta el punto de faltarle considerables trozos de ella, como si una bestia feroz hubiera saciado en él su apetito.

Recordaba muy bien ahora, mientras veía caer mansamente la lluvia en el yermo, cruzada de brazos tras el cristal, y sintiendo temblores frecuentes en su espina dorsal, el momento en que fuera hallado el desdichado Yordan...

Acababan de terminar de dar sepultura en la reducida extensión de tierra del pequeño camposanto privado a los restos del viejo O'Neil,

despedido hasta allí por el personal y los asilados del establecimiento, cuando el propio Ralph Hobson, el hombre que actuaba allí como cochero, jardinero y mozo de tareas diversas, entre las que se incluía la de fabricar los ataúdes y dar sepultura a los muertos, había hecho un descubrimiento macabro, atroz:

—¡Eh, miren esto! ¡Vengan aquí! —había gritado con tono descompuesto, aún con su pala al hombro, al alejarse del lugar del entierro, algo más allá del seto y los árboles que separaban el cementerio de la parte trasera de la tapia.

El propio doctor Nesbitt y la enfermera Young habían acudido a ver lo que sucedía, dado el tono alterado de la voz de Hobson. Luego, fue la musculosa y recia enfermera quien gritó asustada, y acudieron todos los demás.

El cuerpo de Yordan yacía acurrucado contra el muro de

ladrillos que servía de soporte a la verja, no lejos de una pequeña puertecilla metálica posterior, habitualmente usada por Hobson para sus tareas, cuando tenía que entrar o salir del asilo sin necesidad de tener que usar la puerta principal de la resistencia.

Debajo de él, la tierra blanda aparecía encharcada de rojo oscuro, sus ropas todas estaban sanguinolentas y desgarradas, y una expresión de infinito, espantoso terror, aparecía petrificada en su rostro incompleto, mordisqueado y devorado por los colmillos de alguna alimaña inimaginable. Los ojos desorbitados se clavaban en el infinito, sin ver ya nada, y las manos engarfiadas hablaban de una agonía estremecedora, alucinante.

Valerie Marsh fue una de las personas que se encararon con esa terrible faz al acudir atraída por el grito de Mabel Young, y estaba segura ahora de que jamás podría olvidar aquel rostro desfigurado por el espanto y por la muerte voraz, devoradora de carne humana. Sería una imagen espeluznante que la acompañaría por todo el resto de su vida, como la cruel de las pesadillas.

Se había trasladado el cuerpo al interior de la casa, y los doctores Nesbitt y Derrick se estaban ocupando ahora de su autopsia, ya que la doctora Talbot, profundamente impresionada, se había negado en redondo a participar en la macabra intervención. Su rostro, ciertamente, era aquella mañana una hermosa pero horrorizada máscara de angustia e inquietud.

De nuevo Hobson martilleaba en el cobertizo, preparando un ataúd más para el segundo cadáver que debía de ser sepultado allí desde que ella llegara. La prueba comenzaba a ser demasiado terrible para la joven enfermera londinense.

Se preguntaba cuánto podría resistir sin desmoronarse, cuánto soportarían aún sus nervios maltrechos.

Estaba evocando en estos momentos algunas de las palabras que pronunciara la noche antes, en el porche, el enfermero Yordan, cuando ella creyó ver aquella forma viviente, reptando a través del jardín:

«Hay algo en ese páramo... Algo que no sé si es humano, animal... o diabólico... Se siente su presencia aquí casi de un modo físico... Es como si todo esto estuviera endemoniado...».

Endemoniado... Él había usado esa palabra, sí. A ella le había

parecido absurda y sin sentido. Educada de un modo racional, alejada de creencias religiosas más o menos profundas, tenía tantas dudas a veces acerca de la existencia del Diablo como de la del propio Dios, aunque en este último sentido siempre acababa por pensar que, efectivamente, había algo superior que regía los destinos de los humanos y que, tal vez, diese en el Más Allá el justo premio o el castigo a cada uno. Pero respecto a la existencia física del demonio, nunca la había tomado realmente en serio.

Nunca... hasta ahora.

Estremeciéndose con un frío sutil que parecía llegar hasta su cerebro en forma de aguijón helado, se preguntó, perdida la mirada en el desolado terreno del yermo batido por la lluvia, si realmente existía ese poder satánico, y de alguna forma, su espíritu o su materia estaba presente en el asilo, proyectando su sombra terrorífica y siniestra sobre todos ellos.

—¿En qué está pensando, mi querida amiga?

Tuvo un escalofrío. Giró la cabeza, poniéndose rígida. Había llegado en las pocas horas que llevaba viviendo bajo aquel techo a tal grado de sensibilidad, que hasta una voz amable y suave, preguntándole algo trivial, le producía sobresalto y miedo.

Respiró con alivio al reconocer Phil Kelly, el flaco y pelirrojo enfermero, cuya entristecida faz hablaba claramente de su impresión ante la muerte de un compañero.

—¿En qué puede uno pensar en estos momentos, Kelly? —suspiró ella.

—Sí, lo entiendo —afirmó el otro, pensativo—. Todos, creo, que pensamos lo mismo. Ha sido horrible.

—Todo es horrible. El señor
O'Neil

colgando de la soga, Yordan allí, en el jardín, de aquella forma... —Cerró los ojos un momento, alterada.

—Cálmese —rogó el enfermero—. Yordan era un buen amigo. Un excelente muchacho, aunque algo introvertido. Rara vez hablaba de sus cosas con nadie. Sin embargo, anoche, cuando vino a dormir a la habitación que ambos compartíamos, me dijo algo.

—¿Sí? —Valerie le miró, enarcando las cejas—. ¿Qué le dijo?

—Que había estado hablando con usted afuera. Y que usted... también lo había visto.

Valerie humedeció su labio inferior. Asintió luego con la cabeza, muy despacio.

—Sí —admitió gravemente—. Lo vi, Kelly. Lo vi.

—Dios mío —los ojos del pelirrojo giraron en sus órbitas de un modo que, en otra cualquiera ocasión, hubiese resultado hasta cómodo—. De modo que *existe*...

—¿A qué se refiere? ¿A esa «cosa» o animal que deambula por ahí fuera?

—Sí, al mismo. Yordan lo había visto un par de veces según decía.

—Ya. ¿Y qué más decía él de ese ser, sea ello lo que sea?

Kelly se mordió el labio, con gesto ensombrecido. Al fin inclinó la cabeza y habló como si le costara mucho hacerlo:

—Decía..., decía cosas muy raras. Yo nunca le tomé muy en serio.

—¿A qué considera usted «cosas raras»? —insistió ella.

—Bueno, a lo que él sugería. Llegó a decir que era una especie de monstruo del infierno que reclamaba a sus víctimas con frecuencia. Que la gente que desaparece en el páramo es devorada por ese ser...

—Devorada... —repitió Valerie con un escalofrío—. Y él, precisamente, ha sido en parte... *devorado*.

Kelly tragó saliva. Su nuez subió y bajó.

—Sí —afirmó—. Lo sé. Eso es lo que me asusta, Valerie.

—Creo que todos estamos asustados a estas alturas. ¿Piensa ir alguien en busca de la policía?

—La doctora Talbot ha ido a Yelberton a buscar al contable Vickers, pero no creo que sirva de gran cosa. Ese policía es un cretino que sólo sirve para beber ron... No ve más allá de sus narices.

—Sí, eso me pareció al verle ayer —suspiró Valerie—. ¿Conducía el carruaje la propia doctora?

—No. Hobson está confeccionando otro ataúd. El enfermero Roberts se prestó a llevarla. Considero que sería muy arriesgado que la doctora se aventurase sola por los yermos, después de lo sucedido hoy aquí.

—Sí, eso es lo que yo estaba pensando también, Kelly. Ahora le dejo. Tengo cosas que hacer con nuestros asilados...

—Yo también. Pero creo que con todo esto, las cosas andan aquí un poco desordenadas. Incluso los viejos se muestran algo menos cargantes de lo habitual... si exceptuamos al señor Kirk. Ese cada día está más insoportable. Hoy, al saber lo de Yordan, le dio una pequeña crisis nerviosa. Ya está mejor, pero la enfermera Kerr está con él, atendiéndole. Es un hombre con el corazón algo delicado y necesita atenciones. Creo que a veces se excita demasiado para lo que requiere su salud.

Valerie asintió, recordando su entrevista de la noche anterior con el supuesto inválido. Preguntó a Kelly, mientras ambos se dirigían a los salones de abajo, donde los ancianos practicaban sus juegos o distracciones favoritas:

—¿Qué tal chica era la enfermera Warren?

—¿Jessie? —se sorprendió Yordan, mirándola distraídamente—. Creo que una enfermera eficiente y una buena chica. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, por nada. Como he sido su sucesora en el empleo...

—Sí, entiendo. Y no ha tenido demasiada suerte en su llegada, a lo que veo.

—No, no demasiada. Pero peor fue para la pobre Jessie Warren, según creo.

—Así es. La mató un coche en Londres. La ciudad siempre es muy peligrosa, sobre todo para una muchacha provinciana, siempre lo he dicho...

—He oído comentar a alguien, no sé a quién, que Jessie Warren había ido a Londres por algún asunto muy serio...

—Sí, eso dicen —Kelly se volvió cauto ahora, al responder con cierta ambigüedad—: Hay quien me ha dicho que iba a hablar a la policía de algo que le preocupaba mucho, pero no hay nada seguro en ese sentido, y lo cierto es que ni el doctor Derrick ni los doctores Nesbitt y Talbot sueltan prenda al respecto... Pero personalmente, creo que también se relacionaba con el asunto de ese monstruo del páramo... o lo que sea. Y con cosas de las que ocurren *aquí*... dentro mismo del asilo. Pero no me haga demasiado caso, ya le dije que aquí nadie sabe o quiere saber por qué Jessie se fue repentinamente a Londres.

—Y para no volver nunca más —dijo de repente Valerie con extraña entonación, parándose en el vestíbulo.

—Cierto —Kelly sostuvo su mirada, y asintió—. Para no volver nunca más...

Se alejó sin añadir ninguna otra palabra. Valerie le vio entrar en la sala de recreo de los ancianos, y ella se encaminó a la cocina para ocuparse de servir algo de té a los asilados. Dada la fría y húmeda mañana y la tenebrosa experiencia vivida poco antes en el cementerio, la infusión caliente no le vendría mal a nadie, empezando por ella misma.

Como siempre, la señora Barnes se ocupaba de sus faenas en la cocina, y al verla aparecer, se apresuró a ir hacia ella y apretar sus manos con calor, entre las suyas, fuertes y cálidas.

—Mi querida muchacha, imagino en qué estado de ánimo se encontrará... —musitó afectuosa, casi material—. Después de lo ocurrido al pobre señor Yordan... Venga, siéntese aquí. Un poco de té la sentará bien, estoy segura.

—Gracias, señora Barnes, pero sólo venía a buscar ese mismo té para los asilados...

—Aun así, usted también tomará el suyo, hijita —la acomodó ante la rústica mesa de madera y le dispuso rápidamente un servicio, mirándola con gesto de tierno afecto—. Todo parece andar muy revuelto hoy aquí.

—Hay motivos para ello, ¿no cree?

—Desde luego. Jamás vi nada parecido —se persignó, y en ese momento Valerie descubrió en el cuello de la buena mujer, colgando de una cadena de metal, una pequeña cruz de plata casi oculta tras su vestido. Comprendió que era una ferviente católica, y que sin duda en sus temores habría inevitablemente algo de supersticioso, cosa que, dada la situación, no se le podía reprochar lo más mínimo.

Valerie tomó un sorbo de té caliente y vio cómo la señora Barnes disponía una bandeja con los servicios para los ancianos. La mujer explicó mientras preparaba todo ello:

—Esta mañana, antes de ser hallado el cadáver del señor Yordan, vinieron a la casa dos soldados armados hasta los dientes.

—¿Soldados? —Se intrigó Valerie—. ¿Qué hacían aquí?

—Vienen desde Princetown. Buscan a dos reclusos evadidos anoche de la penitenciaría. Parece ser que les vieron tomar esta dirección en su fuga.

—Cielos, lo que nos faltaba.

—Les dije que no se preocuparan, que por aquí no habíamos visto a ninguno de ellos. Les di un poco de té caliente a los pobres diablos, y se fueron tan contentos —apartó del fuego el pote de agua caliente para el té y arrugó el ceño contrariada—. Oh, no. Ahora se está apagando el fogón. Creo que necesito más leña. Querida, ¿podría ayudarme un poco, si no le importa?

—Claro, señora Barnes. ¿Qué tengo que hacer?

—Acompañarme a la leñera y subir conmigo un poco de madera para el fuego. Si lo hago yo sola, siempre traigo demasiado poco, sobre todo cuando hace tanto frío como hoy. Será mejor tener una buena provisión para todo el día.

La leñera es un sitio bastante incómodo para bajar varias veces, ¿sabe?

—Cuando quiera, voy con usted.

—Gracias, hija, Dios se lo premie —suspiró la señora Barnes—. Vamos, será un momento...

Tomó una llave de un manojó que colgaba de la pared, y abrió la marcha hacia el fondo de la amplia cocina. Allí se abría una despensa de respetables dimensiones, en cuyo interior vio Valerie viandas conservándose en el frío recinto, desde aves y carne de cerdo hasta frutas, verduras y huevos en abundancia. Cruzaron la despensa, casi en sombras, y llegaron ante una pequeña puerta de madera con un tupido enrejado de alambre. La mujer introdujo la llave en la cerradura.

—La leñera está en el sótano —explicó—. Está vieja casa tiene un subsuelo muy grande y destartado, que sólo se utiliza para cosas así. Vaya usted a saber para qué lo utilizaron anteriormente los ocupantes de este lugar, cuando no era aún asilo privado. Dicen las malas lenguas de la región que aquí se alojó durante cierto tiempo un sabio loco que experimentaba con seres humanos y cosas así. Asuntos del diablo, digo yo que son esas cosas...

Abrió la puerta, que rechinó desagradablemente. Valerie miró con aprensión hacia el oscuro interior. La señora Barnes tomó de encima de una repisa una vela y la encendió, para ayudarse a bajar, tras clavarla en una palmatoria de lata.

Otra vez alguien nombraba al diablo en aquella casa, pensó inquieta, siguiendo a la buena mujer al interior del acceso al sótano.

Descendieron al menos una docena de peldaños, antes de pisar suelo firme. La luz de la vela reveló una amplia sala subterránea alargada y tenebrosa, donde se hacinaban montones de leña y carbón. El lugar olía a húmedo y a cerrado. Valerie miró en torno suyo con desagrado, sintiéndose incómoda allí, sin saber la razón.

—Venga, cogeremos de esta leña —señaló la cocinera—. Es la más seca...

Se encaminó a un concreto montón, y comenzó a llenar un cubo de oxidado metal con trozos de madera seca. Valerie tomó otro cubo de un rincón y ayudó en la tarea a la señora Barnes. Pronto estuvieron llenos los dos recipientes.

—Creo que nos sobraré para hoy, a pesar de la baja temperatura, querida —resopló muy satisfecha la cocinera—. Ya podemos subir. Este lugar es de lo más incómodo y desagradable, ¿no es cierto? Sólo Hobson es capaz de andar por aquí durante horas sin inmutarse por nada. Yo digo que ese hombre es todo un caso. Cuando hace un ataúd canta tan alegremente como si estuviera preparando un juguete. En fin, vamos allá...

Se inclinó para recoger el cubo de leña con una mano y la palmatoria con la vela con la otra. En ese momento, una bocanada de aire frío llegó de alguna parte, saturado de un fuerte hedor a humedad... y con una brusca oscilación, la llama de la vela se apagó.

Las dos mujeres se quedaron sumidas en la oscuridad.

—Dios mío... —susurró Valerie, estremeciéndose con un indefinible temor.

—Cálmese —rogó la cocinera—. Llevo fósforos aquí, en el delantal...

La enfermera no respondió. Sobrecogida, había creído captar un extraño ruido a sus espaldas. Un ruido indefinible, pero que no le resultaba nuevo.

Un roce. Un susurro apenas. Un deslizamiento sinuoso, difuso, de algo que reptaba por el sótano...

—¡No, no! —Casi gritó, sofocada, aferrándose al brazo de la señora Barnes—. Está aquí... *¡está aquí!*

—Pero muchacha, ¿qué es lo que dice? —Sonó tranquila, aunque sorprendida, la voz de la señora Barnes—. ¿Qué es lo que está aquí?

—Hay algo... alguien... —Casi sollozó Valerie, en el paroxismo de su temor—. Lo intuyo, lo presiento... He oído un roce...

—Siempre hay roces en estos sitios —rió la mujer—. No pueden faltar ratas, acaso algún murciélago... No se asuste, querida. Ya doy la luz...

Rascó un fósforo, pero sólo produjo un chasquido en el rascador, sin encenderse, y sonó el leve crujido de la madera al quebrarse. La señora Barnes soltó una imprecación de contrariedad, e intentó encender otro fósforo.

El roce se repitió, allá en las tinieblas, en alguna parte. Era un sonido inhumano, casi sobrenatural. Valerie sintió que se le erizaban los cabellos. Una sensación de frío viscoso se apoderó de ella.

Era como un enorme reptil pegado al suelo, moviéndose adiposo, pesado, lento pero mortífero. La sensación de que unos ojos helados y crueles podían estar ahora fijos en ella, desde la oscuridad, casi le hizo chillar de terror.

Se contuvo porque la llama brilló al fin, y la señora Barnes, con un suspiro, pudo encender la vela de nuevo, protegiéndola ahora con la mano ahuecada para que no se apagase.

—Ya está —dijo satisfecha, mirando a Valerie. Pareció asustarse—. Pero chiquilla, ¿qué le ocurre? Está pálida como una muerta... ¿Es que tiene miedo a algo?

—No..., no sé... —balbuceó la muchacha, mirando aprensiva en torno, a los montones de leña y carbón, sin ver nada sospechoso en ellos, ni tan siquiera la presencia de una rata o de cualquier otra alimaña propia de aquellos sótanos—. Creí oír algo que se movía cerca de nosotras...

—Tonterías —rechazó la mujer, encogiéndose de hombros y alzando la vela para alumbrar débilmente toda la leñera—. Vea por sí misma, querida. No hay nada de nada. ¿Más tranquila ya?

—Sí, sí... —musitó Valerie—. Tal vez fue mi imaginación...

—Seguro. Lo que me pregunto es de dónde vendría esa corriente repentina de aire que apagó la vela... —Examinó ceñuda todo el sótano y meneó la cabeza canosa—. En fin, tal vez alguna rendija. Y con este tiempo infernal que tenemos... Vamos ya, podemos marcharnos. Lamento que por mi culpa haya sufrido ese susto, señorita Marsh...

—No se preocupe —suspiró Valerie—. Ya me siento mejor. Fue una tontería asustarme, lo comprendo.

Ella asintió, y las dos mujeres se encaminaron a la salida. Todavía, antes de que la leñera quedase atrás, Valerie giró la cabeza, mirando recelosa a sus espaldas.

De nuevo había sentido la extraña sensación de que unos ojos la vigilaban desde algún punto de aquella oscuridad, aunque esta vez no captó ruido inquietante alguno. Pero la impresión de que unas pupilas se clavaban fijas en ella, persistió pese a todo, y no la abandonó hasta que la señora Barnes cerró la puerta de la leñera.

Valerie no se había equivocado en su sensación.

Ciertamente, unos ojos la vigilaban desde el fondo del sótano. Y no la perdieron de vista hasta que desapareció con la cocinera, tras la puerta cerrada, en lo alto de la escalera.

Capítulo II

—ERA muy bella.

—¿Bella? ¿Quién? ¿La chica morena que nos recibió anoche? Bah, vulgar. Juraría que es gitana. Y demasiado mayor para mis gustos. Si tuviera cinco o seis años menos, estaría deseando que volviese...

Dennis Wald miró con asco e indignación a su compañero.

—No me refería a esa joven, a Carrie —replicó acremente—. Además, me pareces un puerco miserable por hablar así. Si esa chica tuviera la edad que dices, sólo contaría sin duda once o doce años.

—Es el momento ideal para disfrutar de una chica —soltó una risotada Wolf, con los ojos brillantes e impúdicos, humedeciendo obscenamente sus labios—. Si vieras lo que es caer sobre ellas, destrozarles los vestidos y luego...

—¡Calla, miserable del demonio! —rugió Wald, sin poderse contener—. Me das náuseas con tu obsesión por las niñas... No quiero saber nada de eso, me pone enfermo.

—Allá con tus gustos —rezongó Wolf, torciendo el gesto, airado, y mirándole ahora con rencor agresivo—. Me estás resultando demasiado sensible para ser un criminal que liquidó a un par de mujeres por lo menos... ¿A quién te referías al decir que era muy bella?

—A nadie —rezongó Wald—. No debí contarte nada. No merece la pena.

—Vamos, vamos. Vienes de repente de alguna parte que no me dices cuál es, tras haber encontrado esa oculta obertura tras un mueble —señaló Wolf a la pared, de la que había sido apartado un alto y pesado armario de carcomida madera sin rastros ya de barniz, mostrando una puerta disimulada en la misma—. Aprovechas que yo duermo para largarte a explorar todo eso, y

ahora me vienes con misterios. Dime de una maldita vez qué viste tras esa puerta.

—Hay escaleras que suben por una especie de pozo angosto. Es como un tubo maloliente, con peldaños incrustados en la piedra lateral. Arriba, se encuentra un pasadizo que, a su vez, va a parar a otra puerta. Y tras ésta, hay lo que parece ser una gran leñera repleta de pilas de madera bien cortada y de carbón. Allí la vi.

—¿A quién viste? —arrugó el ceño Wolf, interesado.

—A la chica —explicó Wald, acariciando pensativo el pelo del animal tendido dócilmente a sus pies—. Realmente, era muy bonita y elegante.

—Acabemos de una vez. ¿Qué hacía una chica allí?

—Recoger leña, junto con una mujer de edad madura, bastante fuerte. Llevaban una vela. Estuvieron a punto de sorprenderme agazapado tras los montones de leña. Al abrir la puerta, entró una corriente de aire y apagó su vela.

—Vaya, buena la hubieras hecho —gruñó Wolf—. Hubieras tenido que matar a las dos para que no nos delataran. ¿Lo hubieses hecho, realmente?

—Claro —mintió Wald con aire indiferente—. Sin vacilar un momento. Una cosa es que me den asco tus obsesiones sexuales, y otra es que tenga que salvar mi vida a costa de quien sea. Pero me alegró no tener que hacerlo. La chica no merecía morir así. Es realmente atractiva, dulce... aunque parecía muy asustada.

—¿Asustada? —Wolf arrugó el ceño—. ¿Por qué?

—No lo sé —Dennis dejó vagar su mirada por el enorme subterráneo donde se hallaban desde la noche antes él y Benedict Wolf, esperando el regreso de Carrie para salir de allí rumbo a alguna parte definitiva—. Pero cuando la corriente apagó la vela, te confieso que yo también llegué a sentir miedo o algo muy parecido.

—¿Tú? —La risotada de Wolf sonó estrepitosa—. ¡Pues vaya un valiente que me he buscado de compañero en esta fuga!

—Te aseguro que nunca me asusta nadie —se irritó Wald—. Fue algo especial... Como si de repente sintiera la presencia, cerca de mí, de algo que no podría describir... Algo... que no es de este mundo, Wolf.

—Sí, también anoche pensamos algo parecido. Y resultó que el esqueleto viviente era sólo producto de ese maldito perro que tanto

cuidas.

«Lobo» le miró como si entendiera sus palabras, con ojos brillantes y hostiles. Emitió un gruñido ronco entre dientes al ver la mirada de Wolf fija en él. Calló al pasarle Wolf su mano por el lomo, donde las heridas parecían ir secándose y le causaban ya menos dolor.

—Calma, calma, amigo —sonrió Wald. Luego, añadió, pensativo —: No, esta vez fue distinto, Wolf. Oí un sonido raro, como un roce... Era igual que si algo se deslizara por el suelo. Algo frío, viscoso, no sé... Fue simplemente una sensación repentina de horror. Luego, encendieron la vela de nuevo, y esa sensación desapareció de modo definitivo.

—Esas mujeres debían ser habitantes del asilo que tenemos encima.

—Sin duda. La mayor parecía una sirvienta. La más joven, juraría que llevaba uniforme de enfermera.

—Bueno, dejemos a esas dos, y olvida a la que tanto te ha gustado. No creo que tengas la oportunidad de disfrutar de ella, tal como estén las cosas —miró en torno con disgusto, clavando su mirada en la puerta de madera—. ¿Cuándo diablos va a volver esa muchacha, Carrie? Empiezo a estar harto de hallarme aquí día y noche...

—Ten paciencia. Si ella trabaja para los que preparan las evasiones, estará aguardando el momento adecuado. Cualquier imprudencia podría sernos fatal, tú lo sabes.

—Aun así, estoy deseando salir de este encierro. Los sótanos me agobian.

—También a mí —rió Wald—. Peor hubiera sido soportar toda la vida la celda de Dartmoor, ¿no crees?

—Sí, por supuesto —miró hacia la puerta secreta que descubriera Wald durante su sueño, al explorar aquel recinto tan parecido a una vieja cripta—. ¿Crees que a Carrie le gustará que hayas encontrado ese acceso a la leñera del asilo?

—Me tiene sin cuidado lo que ella piense —se encogió Wald de hombros—. Después de todo, no nos han prohibido nada, que yo sepa. Pero si quieres, pondré de nuevo el armario en su sitio, como si nada hubiera sucedido.

—Creo que será lo mejor —asintió el criminal, ceñudo.

Entre los dos volvieron a poner sin grandes dificultades el armario en su sitio, dado que éste, pese a sus dimensiones, estaba completamente vacío, y taparon la salida que descubriera Dennis.

—Creo que lo hemos hecho muy a tiempo —declaró Wald, una vez conseguido—. Mira, esa chica parece que ya está aquí otra vez...

En efecto. A la débil luz que prestaba el quinqué que les dejara en la cripta la morena Carrie al ausentarse la noche antes, y que por cierto era cada vez más difusa al irse agotando su depósito de combustible, la hoja de madera rechinaba, abriéndose lentamente.

—¿Sabes una cosa? —rezongó Wolf entre dientes, pasándose una mano por la boca, nerviosamente—. Creo que, después de todo, esa chica, Carrie, aunque algo mayor de lo que me gustan a mí las mozas... podría hacerme pasar un buen rato. ¿Qué tal si entre los dos la reducimos, una vez nos indique el camino a seguir para salir de aquí sanos y salvos... y pasamos un buen rato con ella? Hace tanto que no toco a una mujer, que sólo el pensar en las formas de esa gitana me ha logrado excitar...

—Eres un cerdo y siempre lo serás —le reprochó con acritud—. Olvida de una vez tus instintos y deja a esa muchacha en paz... Recuerda que de ella depende ahora por entero nuestra suerte...

La puerta se abrió del todo, con un último y agrio quejido de bisagras enmohecidas. Pero Carrie no apareció por ella.

En vez de ello, algo confuso, informe, se agitó en el oscuro corredor. «Lobo» se irguió de repente, con sus orejas tiesas, y comenzó a gruñir, amenazador, aunque sus ojos, fijos en la entrada, brillaban asustados. Su pelo se había erizado de pronto.

—¿Qué pasa ahí? —indagó Wolf, tomando instintivamente su cuchillo, que empuñó con mano firme.

Dennis Wald no pronunció palabra. Había palidecido, y sus ojos tampoco se apartaban de la entrada a la vieja cripta subterránea. La misma espantosa e indefinible sensación que le asaltara arriba, en la leñera del asilo, al apagarse la vela de las dos mujeres, le acosó de nuevo.

Un susurro, un roce crepitante y siniestro, llegó desde el corredor. Luego, de forma inesperada, un bulto oscuro, informe, saltó dentro del recinto, para horror de ambos hombres.

El perro emitió un aullido, ululante y lúgubre. Wolf juró

violentamente, aterrorizado, y su brazo golpeó con violencia el quinqué, derribándolo sin remedio. La lámpara se hizo añicos en el suelo, y el petróleo se derramó, apagándose la mecha. La más profunda y ominosa oscuridad envolvió a los dos hombres, al perro... y a la «cosa» horrenda e increíble que había penetrado en el subterráneo.

* * *

El constable Vickers y el cartero de Yelberton, McCarran, eran dos espectros erguidos ante el grupo aterrorizado de médicos y enfermeras. Una repentina sensación de horror e incredulidad pesaba sobre todos ellos, convirtiendo la atmósfera del asilo, en aquella mañana invernal, en un lugar de pesadilla.

El doctor Desmond Derrick y la doctora Talbot cruzaron una mirada. La bella doctora reflejaba en su rostro una crispación profunda, y las manos aún le temblaban.

—Dios mío, no es posible, doctora... —jadeó Derrick, convulso.

—Lo es, doctor —afirmó ella, rotundamente—. Ya ve que el informe del constable y el telegrama que McCarran acaba de entregarnos, lo confirma todo, desgraciadamente.

El doctor Nesbitt tomó el telegrama de manos de su colega Derrick, leyendo en voz alta el mensaje allí escrito:

Llegamos mi enfermera y yo mañana por la noche a Yelberton, para alojarnos en el asilo. Espero me reserven una plaza para mí y mi acompañante, la señorita Elliott pueda pasar la noche en la residencia. Atentamente: Horace Cortland.

—Y ahora, Horace Cortland, la señorita Elliott y Waldron, el cochero, están muertos —sentenció sombríamente el doctor Derrick.

—Más que eso, doctor —carraspeó el constable Vickers, pasándose una mano nerviosa por la barbilla—. Muertos... y *devorados*.

—Dios mío... —susurró Nesbitt, estremeciéndose y dejando caer el telegrama.

Los enfermeros de ambos sexos se miraron entre sí, mudos de horror. Valerie Marsh tuvo que apoyarse en la barandilla de la escalera. La rubia enfermera Kerr la sujetó por un brazo solícita.

—¿Está bien, querida? —musitó.

—¿Quién puede estar bien ahora? —gimió Valerie—. Pero creo que lo podré soportar, gracias...

Apartó de sí a la rubia enfermera con cierta rapidez, ya que notaba contra su brazo los pesados y macizos pechos de Cynthia Kerr, y recordó lo que, sobre sus gustos lésbicos, dijera el día anterior el enfermero Roberts.

—¿Cómo ha sucedido exactamente? —quiso saber Derrick, mirando al constable.

Éste tuvo un encogimiento de hombros, antes de explicar rutinariamente, como si estuviera explicando un vulgar incidente tabernario:

—La doctora Talbot tomó el otro sendero para ir a Yelberton, el más largo, debido al mal estado del terreno de esa zona cuando llueve. Pero al volver con ella por lo de la muerte de su enfermero, resolvió que era mejor ir por el camino más corto, pese a todo, para llegar antes aquí, y más habida cuenta de que McCarran tenía ese telegrama y en cambio la doctora Talbot insistía en que nadie llegó anoche al asilo. Eso, unido a la desaparición de Waldron y de su carruaje, denunciada esta mañana por su esposa, me tenía particularmente inquieto.

—Siga, por favor —le pidió impaciente Derrick, al ver que el constable se detenía, sin prisas, y dudando mucho el director del asilo de que hubiera algo en el mundo que inquietara en realidad al constable Vickers.

—Entonces encontramos volcado el carruaje en una zanja del camino. Un desprendimiento de rocas debió causar el accidente. Al lado del vehículo estaban los tres cuerpos sin vida... y casi totalmente devorados por los lobos.

—¿Qué pruebas existen de que fuesen lobos los que los devoraron?

La pregunta era de Valerie Marsh. Todos se volvieron hacia ella, sorprendidos, y el constable Vickers la miró con cierto sobresalto.

—Bueno, pues... ¿qué otra cosa iba a ser, señorita? —balbuceó el policía local, confuso, tartamudeando al hablar—. Todo el mundo sabe que los lobos hambrientos atacan a los hombres, y más aún si están sin vida... Hay lobos en Devon, sobre todo en invierno...

—Constable, yo juraría que esas personas fueron devoradas vivas, no estando ya muertas —terció la doctora Talbot fríamente.

Vickers parpadeó, tragando saliva, sin saber qué decir, y un hálito de horror recorrió a todos los presentes. Nesbitt comentó en

voz alta, con aire reflexivo:

—Además, los lobos nunca entraron en Golden Years. Y sin embargo, también el enfermero Yordan fue parcialmente devorado... en vida, según los resultados iniciales de su autopsia.

—Eso es cierto —corroboró el doctor Derrick—. Ambos hemos examinado minuciosamente el cuerpo, y podemos confirmar ese punto, como sin duda podremos hacerlo si ha sucedido de igual modo, al hacer la autopsia de esos otros cuerpos.

—Si los lobos no devoraron a esas cuatro personas, ¿qué otro animal de estas regiones podría hacerlo? —indagó el constable Vickers.

—Ninguno —admitió vagamente el enfermero Roberts—. Ninguno. Y eso es lo preocupante, ¿no les parece?

Nadie habló en ese momento. El silencio era pesado, denso como el aceite, y parecía derramarse sobre todos ellos con su carga de premoniciones, temores y recelos.

—De todos modos, tendría que informar de todo lo que aquí sucede a Scotland Yard —dijo con énfasis el doctor Nesbitt.

—¿Scotland Yard? —El constable Vickers torció el gesto—. No me gusta acudir a ellos en cuanto hay un asunto poco corriente en mi demarcación, doctor...

—Vamos, vamos, constable, usted sabe que no puede hacer nada por descubrir lo que está sucediendo aquí. Por mucho que le desagrade reconocerlo, esto escapa a su capacidad —le objetó con acritud el doctor Derrick.

Eso ofendió claramente al policía. Se irguió, ceñudo, y replicó al médico:

—Mi capacidad, doctor, está fuera de toda duda. Soy un policía responsable. Y, después de todo, ¿qué tenemos para pensar que sea un asunto criminal fuera de lo común? Tres personas víctimas de un accidente en plena noche, que mueren y son atacadas por alguna bestia feroz. Y un enfermero que muere de forma parecida, también durante la noche, junto a la verja de su jardín. ¿Alguien puede demostrar que un lobo no sería capaz de saltar la verja y atacar a un hombre solitario?

Los presentes se miraron entre sí, indecisos. En ese punto, el enfermero Roberts dio unos pasos adelante, grave su atractivo rostro varonil, y declaró con inesperada rotundidad:

—Constable, hace tiempo que no oigo aullar a los lobos en el páramo, y todavía ignoro por qué. Es como si, de repente, se hubieran ausentado todos. O como si algún otro animal, más poderoso que ellos... los hubiera devorado a su vez.

Hubo un escalofrío en Valerie al oír esas palabras. Miró a Roberts, inquieta, y añadió lentamente, como si expresara sus pensamientos más subconscientes en voz alta, movida por una fuerza ajena a su voluntad:

—Tampoco vi ratas en la leñera del asilo esta mañana, cuando bajé con la señora Barnes... Resulta raro que *no haya* ratas en un sótano tan lóbrego y destartelado... sobre todo, sabiendo por la propia señora Barnes que siempre las hubo allí...

Los presentes la miraron otra vez, con renovada extrañeza. La doctora Talbot se aproximó a ella, apoyando una mano en su brazo, afectuosamente.

—Mi querida señorita Marsh, no sabía eso —confesó con voz suave—. Hablaré de ello con Hobson y la señora Barnes. Pero como usted dice, es *muy* raro que no viese ratas al bajar allí. Yo misma las he visto a docenas en ocasiones, huyendo de la luz que llevaba conmigo...

—En resumidas cuentas, ¿qué tontería es esa que pretenden ustedes decir con todo eso? —Se irritó el constable, mirando ceñudo a todos ellos.

—¿Pero es que no se ha dado cuenta, hombre de Dios? —tronó de repente el vozarrón airado de Norman Kirk, apareciendo el anciano en su silla de ruedas, allá en lo alto de la escalera, asomado a la barandilla—. Están tratando de explicarle que hay «algo» allá fuera que parece tener un apetito insaciable... y que posiblemente esté devorando a lobos, ratas... y *seres humanos*.

Capítulo III

ESTABA sucediendo algo espantoso en la oscuridad.

Algo que Dennis Wald no había vivido jamás, y que le producía un horror profundo y exasperado.

Porque en realidad, apenas se hizo pedazos el quinqué contra el suelo del subterráneo, y las tinieblas más profundas envolvieron a ambos hombres, algo se había desencadenado allí, a escasos pasos de él, con toda su tremenda carga aterradora. Algo que él mismo no podía ni siquiera concebir, y que sin embargo despertaba en su alucinada mente temores casi delirantes.

Primero fue el grito ronco de Wolf, luego la sensación de que algo se desplazaba, reptante, cayendo cerca de Wald con sordo y blanco chapoteo. Después, hubo gritos sordos del criminal, un rumor de lucha... y, sobre todo, aquel roce escalofriante, aquel susurro de pesadilla, mientras una especie de crepitante chirrido se iba haciendo más y más audible.

Al mismo tiempo, Wolf empezaba a gemir más apagadamente, sus gritos era sólo estertores... «Lobo» gruñía y ladraba con desesperación, agitándose en el tenebroso recinto en sombras, y un aullido lastimero acabó con su belicosidad.

Wald tanteó en la oscuridad, halló el cuerpo de su amigo canino, y notó que de nuevo corría la sangre por su lomo.

Wald sintió al animal, asustado, le aferraba por los jirones de la manga de su ropa de presidiario, y tiraba de él con exasperación, como queriendo conducirlo a alguna parte. Observó que el animal pretendía alejarle del lugar donde se hallaba Wolf, donde todos aquellos sonidos se producían, como indicio de una pugna desesperada, demoníaca.

—«Lobo»... —murmuró roncamente—. Tengo que ayudar a ese hombre... Tengo que hacer algo, no puedoirme...

Pero el perro, con renovada furia, tiraba de él, como intentando

alejarse a toda costa de aquel ignorado peligro que acechaba en la oscuridad. Wolf ya no emitía sonido alguno. Sólo se escuchaba aquel sordo crepitar. El aire olía a sangre, a algo viscoso y horrible.

Notó, por un fugaz instante, el roce de *algo* contra su pierna desnuda, allí donde los desgarros del pantalón dejaban al aire su carne. Pensó que si salía vivo de allí, jamás olvidaría ese contacto.

Fue algo helado, pegajoso, repugnante. Como si una sanguijuela o una babosa quisiera adherirse a él y absorberle. Un tirón violento del perro le apartó de ese contacto casi inmediatamente.

Y esta vez, sin dudarlo un momento, movido casi por un puro instinto animal de conservación, consciente de que se enfrentaba a un horror que no era de este mundo, Dennis Wald se dejó arrastrar por el animal, conducir fuera de aquel recinto en el que Benedict Wolf, su siniestro compañero de evasión, había sufrido una suerte desconocida, pero sin duda espantosa, a manos de algo o alguien de quien sólo podía saber que era un bulto informe, reptante, de roce helado y viscoso...

Corrió desesperadamente, corredor adelante, dejando atrás la puerta de madera que conducía a la trágica cámara subterránea. No supo cuánto tiempo estuvo corriendo, siempre sintiendo los incisivos del perro aferrados con rabia a sus ropas, tirando de él con enloquecidas energías.

Jadeante, agotado, se detuvo, apoyándose en el muro húmedo del corredor. Notó que el perro ya no se esforzaba tanto por arrastrarle consigo, como si su instinto le avisara de que el riesgo ya no era tan grande.

—«Lobo», mi querido amigo, creo que acabas de salvarme la vida... —jadeó Wald, acariciando al fiel animal—. Admito que me he portado como un cobarde... pero algo me dice que era inútil luchar, que *aquello*, fuera lo que fuese, podía terminar con los tres en un santiamén. Dios mío, ¿qué horrible criatura mora en estas profundidades?

Permanecieron allí un cierto tiempo, recobrando aliento y fuerzas hombre y perro. Cuando se sintió casi totalmente recuperado, meditó en aquella insondable oscuridad donde se hallaba sumido desde hacía tantas horas.

—Podría volver por donde vinimos, y salir de nuevo a las ruinas de la abadía —se dijo en voz alta, como si dialogara con su amigo

irracional—. Pero aquella zona estará ya sin duda infestada de celadores, mastines y soldados. Sólo adelantaría volver a la prisión sin haber resuelto del todo este caso. Pero empiezo a darme cuenta de algo. Si, como temo, Wolf ha muerto, es esa *cosa*, ese ser monstruoso que anida aquí el que se ha encargado de hacer desaparecer a los reclusos evadidos anteriormente. Tendría que poner en claro esa cuestión de una vez por todas. La conexión del presidio con ese asilo, me preocupa. Si al menos pudiera volver sin peligro a aquella cripta... y subir al asilo a investigar... Es posible que alguien de ese establecimiento se relacione con la fuga de presos. Pero en medio de todo ello está la criatura que se alberga en estos pasadizos, sea ello lo que sea. Volver allí sería demasiado peligroso, «Lobo», y más sin contar con armas ni tan siquiera luces.

El perro se limitaba a jadear, su lengua fuera, afectuosamente pegado a él, sin moverse. Al tacto, notó que sus nuevas heridas del lomo aún sangraban. De alguna forma, con resultados bastante adversos para él.

—Necesito luz. Y sólo Wolf tenía fósforos en su poder. También un arma. Y sólo Wolf llevaba consigo un cuchillo, aunque me temo que maldita la utilidad que tuvo para él.

Está decidido, «Lobo». Ocurra lo que ocurra, vamos a volver los dos allí. Confiemos en que ese horrible ser se haya ausentado tras atacar a mi compañero...

Emprendió el regreso. El perro, aunque algo reticente, acabó por aceptar la sugerencia. Notó que caminaba rígido, con el pelo erizado, las orejas alerta. Sin embargo, no gruñó ni dio señales de inquietud en todo el camino. Finalmente, las manos extendidas de Wald tocaron un obstáculo. Tanteó.

Había refuerzos de hierro, una superficie de madera carcomida y un tirador de frío hierro. Había vuelto a la cripta.

Y la puerta estaba cerrada.

Respiró hondo. Sabía lo que se jugaba en aquel momento. El perro estaba tenso junto a él. Pero siguió sin gruñir ni mostrar señales de alarma. Wald tiró hacia sí. La puerta se abrió con su peculiar chirrido. Esta vez le produjo el efecto de un féretro abriéndose. Tal vez el suyo propio...

Avanzó paso a paso. Con lentitud extremada, tanteando con los pies el suelo y con las manos extendidas al aire. El perro daba pasos

cortos y tensos a su lado. Ni un ruido alteraba la calma tétrica del lugar. No se captaban roces espeluznantes en esta ocasión. No se oía nada de nada, salvo el roce de sus pisadas y las de «Lobo» en el desnudo suelo frío.

De repente se detuvo. Había pisado algo viscoso, caliente y húmedo. Sintió un escalofrío. Se agachó, muy lento. Sus dedos tantearon el suelo. Los mojó en aquella sustancia. Llevó la mano a la nariz y olfateó.

—Sangre... —musitó—. Sangre de Wolf...

Siguió tanteando. Halló los grilletes, las cadenas... ¡cerrándose alrededor de simples huesos descarnados! Un gemido de horror escapó de sus labios. Lo que sospechaba, se abrió paso en su mente como un centelleo de lucidez.

Al fin tropezó con una pequeña cajita rectangular. Los fósforos. La tomó casi ávidamente. La agitó. Sonaban unos pocos dentro, quizás no más de siete u ocho.

«Muy pocos para dar luz suficiente», pensó.

Prendió uno. Lo alzó, mirando alrededor. Todas sus más espantosas sospechas se confirmaron en ese mismo instante. El resplandor de la cerilla reveló detalles macabros, de alucinante naturaleza, en el escenario de aquel horror.

Era Wolf quien yacía a sus pies, sí. O lo que quedaba de él. Su cabeza, con el rostro a medio devorar, y poco más: un esqueleto humano casi absoluto era todo su cuerpo ahora, grotescamente unido a sus grilletes. Debajo de sus huesos pelados, un enorme charco de sangre. Wald notó, sin embargo, que también estaba manchado de algo más oscuro que la propia sangre de su dueño. Se acercó, dominando su espanto, y lo tomó por la empuñadura, acercándolo a la luz. La sustancia de la hoja de acero era casi negra, gelatinosa. Parecía sangre coagulada. Una sangre extraña, insólita.

—Dios mío, ¿qué ha sucedido aquí? —jadeó Wald, contemplando con pavor los restos humanos—. Pudimos haber muerto los dos del mismo modo, de no ser por ti, «Lobo»...

El animal husmeaba con orejas rígidas, ojos vidriosos, la sangre y el cuerpo casi totalmente consumido de Benedict Wolf. Éste había encontrado el peor castigo a sus crímenes que ser viviente alguno pudiera imaginar.

Wald prendió otro fósforo y buscó en torno alguna huella del ser

monstruoso que redujo a esos restos horribles a su compañero. Todo seguía aparentemente normal, como antes. El perro fue hasta el armario y lo olfateó, arañando luego inquieto.

Cuchillo en mano, Wald fue hacia allá. Lo abrió, esperando lo peor. Pero su interior seguía igual. Totalmente vacío. Lo apartó con un esfuerzo. El perro miró hacia el lugar donde se abría la puerta secreta. No mostró señales de especial inquietud, pero fue hasta ella y volvió a arañar el suelo ante su umbral.

—Creo que te entiendo —dijo Wald roncamente—. Prefieres ese camino al que hemos seguido para venir aquí... Tal vez tengas tú razón. Podría suceder que ese corredor subterráneo que utilizamos Wolf y yo tenga alguna bifurcación que conduzca al cubil del monstruo... Por aquí, ciertamente, no ha escapado ese horrendo ser. De modo que vamos a usar el camino que tanto parece gustarte, amigo.

Abrió la puerta. Tomó al perro de forma que pudiera subir con él los peldaños horadados en la piedra viva del muro de aquel pozo ascendente, y llegó pronto a la parte superior. Se acercó a la puerta que conducía a la leñera del asilo. Encendió otro fósforo para abrirla y entrar, tal y como hiciera la vez anterior, una vez comprobado por el profundo silencio que allí reinaba, que no había nadie en el lugar.

Deambuló entre la leña y el carbón. Miró hacia la escalera que conducía a la puerta de acceso al asilo propiamente dicho. No disponía de medios para despojarse de aquellos grilletes, aunque era capaz de manipular adecuadamente un alambre para con él crear una llave que le librara de semejante lastre. Sólo que también le faltaba el alambre. Cuando comprobó que la puerta de la leñera estaba cerrada, se dijo que había hecho en vano aquel viaje. No podía salir del lugar.

Tras unos momentos de reflexión, se puso a buscar entre las maderas allí apiladas. Tuvo fortuna. El encargado de cortarla y llevarla allí, había hecho sin duda unos cuantos haces en una ocasión, sujetando esos haces con alambre recio, envolviendo los trozos de madera. Se sentó en el suelo, forcejeando con el alambre, hasta que logró desenroscarlo. Manipuló en él con habilidad.

Había aprendido estas cosas cuando era solamente un policía sin graduación. Eran pequeños trucos bastante útiles en ocasiones.

Fabricó una serie de ganzúas, y tras repetidos intentos introduciendo el alambre torcido en las cerraduras de sus pesadas argollas de penado, logró sentir el chasquido liberador. Los grilletes estaban abiertos.

Se frotó muñecas, manos y pies, con alivio. Al incorporarse, se sintió ligero y mucho más capaz. Intentó igual suerte en la puerta de arriba, y lo consiguió no tardando mucho.

Ya esta franqueado el paso. Siempre con el fiel «Lobo» a su lado, pasó a la planta baja del asilo. Contempló la despensa repleta en torno suyo. Aunque tenía hambre y sed no se entretuvo en probar alimentos. Cruzó entre ellos y, muy cauto, entreabrió la puerta de la cocina. Asomó tras ella.

No había nadie en la amplia sala. En el fuego hervía un guiso cuyo apetitoso olor excitó aún más su hambre. Fuera de la cocina, alguien golpeaba, martilleando sin cesar. Cruzó la cocina y asomó a la puerta de servicio que daba al jardín. Casi le deslumbró la luz del día, pese a lo nuboso y triste de la lluviosa mañana.

—Vaya, al fin veo el mundo tal como es —suspiró, acariciando al animal, y viendo ahora, a la claridad diurna, que tenía lastimosamente dañado su lomo, en el que la sangre se había secado ya—. Mi pobre amigo, ese monstruo te hizo mucho daño para tan breve contacto...

Vio a través del cristal de la puerta trasera una parte del jardín y un cobertizo inmediato, donde un hombre rudo, fornido, martilleaba sobre madera, dando forma concreta a un ataúd. Arrugó el ceño, pensativo.

—Parece que aquí también ha muerto alguien... —comentó.

Allí corría peligro de ser descubierto, y aunque no llevaba ya grilletes, sus ropas de penado, con el número en el pecho, sería revelador para cualquiera. Optó por entreabrir la puerta sigilosamente, aprovechando que el hombre del cobertizo le daba la espalda, y salió al exterior, pisando con cautela en el blando suelo mojado, hasta penetrar en otro pequeño anexo al cobertizo, donde se apilaban herramientas, tablas, cajas con clavos y bisagras, y algunas viejas ropas usadas, algunas de ellas usadas sin duda en jardinería.

Elegió una camisa gris y un pantalón negro, bastante usados, así como unos zapatos también negros, muy usados y sucios de barro.

Se puso todo ello con rapidez, haciendo un ovillo con sus ropas de penado, que ocultó entre las viejas prendas allí apiladas. Se sintió mucho mejor ahora, vestido así, mientras «Lobo» le observaba curiosamente.

El hombre del cobertizo dejó de martillear y le vio cruzar ante él, camino de la casa, cargado con el vacío ataúd confeccionado. De dentro de la cocina le llegó la voz de una mujer que identificó enseguida. Era la dama de edad madura que acompañaba a la joven de uniforme de enfermera en la leñera.

—¡Vaya día de trabajo fúnebre, Hobson! —dijo ella—. Nada menos que cinco muertos, incluido el pobre señor O'Neil...

—Yo no haré ataúdes para el cochero y esos viajeros, señora Barnes —rechazó el tal Hobson con aspereza—. Que se ocupe de ellos el de la funeraria de Yelberton, que para eso está. Ya estoy harto de hacer cajas de muertos...

—Todos estamos hartos de muertos, Hobson —suspiró la cocinera—. Mientras no haya ninguno más en este asilo...

La puerta se cerró tras él. Wald se quedó pensativo en el pequeño cobertizo del jardín.

—¿Qué está sucediendo aquí? —se preguntó gravemente—. Me temo que este asilo tampoco es precisamente el oasis de paz que necesitan los ancianos para pasar sus últimos años... Parece que muere demasiada gente para que sea así.

De pronto, se ocultó con rapidez, tras las ropas y cajones vacíos, sujetando contra sí a «Lobo» con todas sus fuerzas. Ambos permanecieron así escondidos, sin que el inteligente animal pensara en desobedecerle y hacer notar su presencia.

Por el jardín, bajo la lluvia, ahora muy débil y esporádica, se aproximaban caminando bajo un paraguas dos personas. Una de ellas, era precisamente la mujer a quien viera en la leñera, la joven de rostro atractivo y bella figura.

El otro, era un hombre joven, atlético, bien parecido, de rostro varonil y rubios cabellos revueltos. Vestía también de enfermero.

—¿Por qué ha querido hablar conmigo aquí fuera, señorita Marsh? —preguntaba él en ese preciso momento con voz suave.

—Muy sencillo, Roberts —dijo la joven, algo insegura—. Estoy asustada. Terriblemente asustada.

—Creo que todos lo estamos. Lo sucedido es realmente espantoso.

—Es cierto. Usted dijo algo al constable... Mencionó a los lobos del páramo. Y dijo que hace tiempo que no los oye. Que es como si no existieran ya... porque algún otro animal los devoró.

—Sí, eso dije —sonrió Roberts—. Usted tampoco se quedó atrás. Mencionó algo sobre las ratas del sótano. Tampoco dan señales de vida.

—Es la verdad. Inicialmente no le di importancia. Pero cuando oí un ruido extraño allí, y la señora Barnes mencionó las ratas, inconscientemente me pregunté por qué no había visto ni oído a ninguna rata en semejante lugar.

—¿Dice que oyó un ruido extraño? ¿Qué clase de ruido?

—No sé. Algo así como..., como un susurro, como si un cuerpo grande rozase el suelo al deslizarse por él. Me produjo un efecto horrible, aún no sé por qué.

—¿No era el ruido que producía una rata?

—No, no lo era. Podría ser el de un reptil. Pero creo que ese reptil tendría que ser demasiado grande.

—Lo suficiente como para devorar a todas las ratas y lobos de la zona —sonrió enigmáticamente Roberts, parándose y mirándole fijamente—. ¿Es eso lo que pensó?

—Dios mío... —Se estremeció ella—. Sí, creo que pensé eso... y cada vez lo pienso más... Por eso estoy tan asustada, Roberts. Es como sentir la presencia cercana de algo demasiado horrible e inconcreto, algo que no parece real...

—Pero que lo es, no le quepa duda. Lo bastante real como para haber devorado en parte al enfermero Yordan anoche... y casi al mismo tiempo, a un cochero y dos viajeros en pleno páramo...

—Con lo cual se confirma la afirmación que hizo el señor Kirk: ese monstruo, si existe, podría nutrirse indiscriminadamente de ratas, lobos... y personas.

—Así es. Al pobre señor Kirk nadie le hace demasiado caso aquí. Sin embargo, sólo Jessie Warren creía en él y se confiaban cosas. Ahora, Jessie Warren está muerta. He hablado de ello con el señor Kirk. Me ha dicho que desea revelarme algo confidencialmente, lo antes posible. Pero como está tan excitado, el doctor Derrick ha dispuesto que hoy no vea a nadie. Intentaré verle esta misma noche

para que me diga lo que sea. Creo que iré a su habitación cuando todos duerman. Algo me dice que ese hombre, aunque lleno de manías, no está tan loco como la gente piensa. ¿Sabe lo que me mencionó? Que sabía algo sobre el cementerio de Golden Years que iba a dejarme estupefacto, y que podía esclarecer muchas cosas que estaban ocurriendo aquí, aparte las que sucedieron en Londres, como la muerte de esa enfermera ante Scotland Yard...

—¿Qué puede saber el señor Kirk que se relacione con el cementerio del asilo? —Se inquietó la joven enfermera, fijando sus amedrentados ojos en Roberts.

—No lo sé —confesó él, encogiéndose de hombros—. Pero espero averiguarlo esta misma noche.

Se alejaron bajo la llovizna, de regreso al edificio del asilo. Wald se quedó pensativo, frotándose el mentón. La conversación escuchada le había preocupado considerablemente, despertando en su mente nuevas y más confusas ideas.

—Mi buen amigo «Lobo», creo que el misterio de los reclusos evadidos no es nada, al lado de lo que está sucediendo en este asilo... a menos que ambas cosas se relacionen muy directamente entre sí, como empiezo a sospechar...

Estaba pensando en lo que debía hacer a continuación, cuando un repentino estrépito le llegó desde el interior de la casa. Se interrumpió al culminar en un seco y violento choque. Luego, se oyeron gritos dentro del edificio. Gritos de terror, de sobresalto, de alarma...

—¡Dios mío! ¿Qué sucede ahora? —bramó el llamado Hobson, que se disponía a salir de la cocina, ya sin ataúd, volviendo la cabeza atrás.

La voz de la cocinera respondió con un tono agudo, aterrorizado:

—¡Ha sido ese pobre hombre, Hobson! ¡El señor Kirk, el inválido! ¡Parece ser que se ha desplomado con su silla de ruedas por la rampa de la escalera... y se ha matado!

Hobson soltó una imprecación y se metió en la cocina de nuevo, farfullando entre dientes algo así como:

—Vaya por Dios... Otra vez a preparar ataúdes...

Wald se había quedado rígido, en tensión. Un escalofrío recorrió su espina dorsal, mientras contemplaba los muros de piedra y

ladrillo de la vieja casa del páramo.

—Me temo que ha vuelto a cometerse otro asesinato ahí dentro —dijo en voz alta, sintiendo más que nunca la sensación de que todo aquel horror formaba parte de un mismo y diabólico hecho sin aparente explicación posible.

Capítulo IV

VALERIE MARSH entró en su habitación. Cerró la puerta tras de sí, y pasó el pestillo, para asegurarse de que nadie entraba allí esa noche.

—Ya no me fío de nada ni de nadie —gimió entre dientes, angustiada, mirando en torno suyo—. Prefiero dormir sola en mi propia habitación. Ni siquiera la doctora Talbot me inspira confianza. Ahora estoy segura..., completamente segura. Hay un asesino aquí dentro. El pobre Kirk no pudo caer accidentalmente por esa rampa... y romperse la nuca. No, seguro que no... Juraría que ya tenía rota la nuca cuando alguien lo precipitó por la rampa con su silla de ruedas... Ahora ya no podrá hablar con Roberts. Ni conmigo. Ni con nadie... No podrá decir lo que sabía acerca del cementerio del asilo, y de todas las demás cosas... Pobre hombre, Dios mío, pobre hombre...

Conmovida, hablaba consigo misma, en un monólogo desesperado, angustioso, apenas sin darse cuenta de que lo hacía en voz alta, de que tenía los nervios rotos, maltrechos, tras vivir, en sólo treinta y seis horas de estancia en aquel asilo, nada menos que la muerte violenta de seis personas, tres pertenecientes al asilo, y otras tres en el páramo que rodeaba al establecimiento del doctor Derrick, convertido ahora en tan siniestro escenario de horrores.

La noche había caído sobre los yermos como un manto de soledad, silencio y seguridad impenetrable. En la casa, el ambiente era de trágica tensión, de obsesiva angustia. Las personas, asilados o empleados, se movían como espectros por los pasillos y estancias, mientras el cuerpo de Norman Kirk era velado junto al del propio enfermero Yordan, para proceder al día siguiente al entierro de ambos, en el pequeño cementerio de Golden Years.

Todavía permanecía impresa en su mente, como una imagen de pesadilla, la figura de Norman Kirk, con su silla de ruedas, caído al

pie de la escalera, con sus ojos dilatados y vidriosos, la boca contraída y el cuello roto, ladeando la cabeza casi grotescamente. El diagnóstico del doctor Derrick había sido el de «muerte instantánea por caída accidental», rampa abajo, sin usar adecuadamente los frenos de su silla. Valerie estaba segura de que nadie, a estas alturas, creía ya demasiado en las muertes accidentales o por suicidio dentro de aquella casa. La violencia asesina había golpeado ya varias veces, quizás demasiadas para que pudiera uno pensar en cosas así.

Cierto que existían o parecían existir dos clases de fallecimientos en aquel siniestro páramo: unos por accidente o suicidio, más o menos cierto, y otros víctimas de la demoníaca bestia devoradora de carne humana con la que a no dudar se enfrentaban.

Pero ¿no existiría un nexo, una relación oscura y terrible entre ambas series de trágicos acontecimientos, después de todo? La sospecha, cuando menos, anidaba en la mente de Valerie en ese sentido. Y la joven enfermera estaba segura de que no era ella la única en pensar así. Ahora, cuando menos, sabía que el enfermero Roberts pensaba de modo parecido, en especial desde que comprendiera que ya jamás podría recibir las confidencias del anciano y supuestamente inválido asilado.

Cerró los postigos de la ventana para no tener ante sí la lúgubre presencia ominosa de la noche, el páramo y todo cuanto rodeaba a la mansión como un dogal de terror y de muerte. Respiró con más alivio cuando las contraventanas de recia madera le impidieron ver los límites del jardín, la verja y los yermos alrededor.

Se acercó al armario empotrado en el muro, donde dejaran su equipaje al llegar allí el día anterior.

—¡El día anterior...! —suspiró, moviendo la cabeza—. Casi parece ya una eternidad lo que llevo aquí, Dios mío...

Tiró de las puertas entreabiertas. Estuvo a punto de chillar agudamente, dominada por el terror. Pero rápidamente, como sucediera ya en una ocasión, con el difunto enfermero Yordan, una mano masculina, fuerte y rápida, taponó su boca, impidiendo que emitiera sonido alguno.

Valerie contempló con infinito miedo al desconocido que así la amordazaba, oculto hasta entonces dentro del amplio armario de su propia alcoba.

En ese preciso momento, estuvo segura de que su destino también estaba echado, e iba a ser la víctima inmediata del misterioso asesino del asilo de Yelberton.

—No grite —sonrió con cierta dureza el hombre surgido de su armario—. No conviene que nadie sepa que yo estoy aquí escondido, señorita Marsh. No va a pasarle nada. Soy su amigo, aunque no lo crea y nunca nos hayamos visto antes de ahora. Mi nombre es Dennis Wald, y soy inspector de policía de Scotland Yard...

* * *

Se miraron largamente, en silencio.

Habían terminado sus mutuas historias. Primero había narrado él la suya. Y ahora, Valerie había dado fin a la propia, desde el momento en que acudiera a un anuncio del *Times* en Londres.

Había sido difícil vencer la incredulidad y recelos de la joven enfermera en principio. Sobre todo, cuando supo que él se había evadido de la prisión de Dartmoor la noche anterior, en compañía de un feroz asesino.

Pero al final, la propia sinceridad en el espeluznante relato de su intruso visitante, así como cierta confianza que parecía emanar de aquel joven desconocido, convencieron a la muchacha de que él decía la verdad y estaba allí para ayudarla y resolver el extraño, alucinante misterio del páramo.

Dennis la había escuchado atentamente, asintiendo de vez en cuando a medida que ella iba exponiendo sus peripecias de las últimas horas. En un momento dado, tomó servicio de escribir de la mesa secreter que tenía la joven en su habitación, y se ocupó en hacer algunas rápidas anotaciones. El gesto del joven policía era de honda preocupación e incertidumbre.

—Nuestras aventuras forman un buen conjunto de horrores, señorita Marsh —confesó al fin el inspector, frotándose el mentón—. Cuando me hice cargo de este caso, haciéndome pasar por un criminal que iba a parar a Dartmoor, poco podía imaginar que me encontraría con tan extraño cúmulo de hechos increíbles y atroces. A lo máximo que llegamos mi colaborador, el superintendente Owens y yo, fue a imaginar un raro complot que hacía desaparecer a los penados una vez evadidos de la penitenciaría, pero jamás se nos pasó por la mente que esto nos llevaría a la pista de un

despiadado asesino... y de un monstruo de ignorada naturaleza cuya debilidad parece ser la carne humana.

—Cielos, tal como usted lo cuenta aún suena más horrible... — Tembló ella.

—Lo siento. Me limito a decir las cosas como son, señorita Marsh —dijo Wald gravemente. Acarició a «Lobo», que seguía dócilmente con él, y había pasado las últimas horas oculto en el armario, sin rechistar, a la espera de que la enfermera entrase a descansar—. De no ser por este pobre animal, ahora mismo estaría tan muerto y despedazado como mi compañero de fuga. Me pregunto muchas cosas que aún no he podido esclarecer totalmente. Por ejemplo: ¿de dónde salió este perro, qué hacía en el subterráneo y cómo llegó allí? ¿Pertenece realmente a alguien? Estaba malherido, descuidado, dolorido. Y ha vuelto a herirle ese monstruo que atacó a Wolf... Algo horrendo está sucediendo aquí y hay que terminar con ello. Hay una persona que da dinero para que los reclusos escapen de la penitenciaría. ¿Quién y por qué? Una mujer morena, agitanada, llamada Carrie, apareció y desapareció sin que su papel en todo esto esté claro ni mucho menos. Alguien mata aquí a los ancianos asilados, por otra oscura razón que no alcanzo a ver, y otras tres personas murieron en forma espantosa viajando desde Yelberton al asilo la noche pasada. Todo eso forma un auténtico rompecabezas cuyas piezas cuesta encajar, pero que estoy seguro se ajustan unas a otras a la perfección. Falta el nexo, la relación común a todo ello, el factor que los aglutine y les dé sentido. Y, o mucho me equivoco, o ese elemento que falta está *aquí*, en el asilo del doctor Derrick, señorita Marsh.

Ella asintió, bajando la cabeza con un suspiro y alisando la falda de su uniforme de enfermera.

—Estoy de acuerdo con usted —convino. Luego le miró fijamente y le hizo la pregunta que la estaba torturando desde que supo que él no era un peligroso criminal sino un policía metido en una temeraria aventura—: ¿Por qué me eligió precisamente a mí para hablar de todo esto en secreto, inspector?

Dennis sonrió, mirando a la joven con interés.

—En primer lugar, porque la vi en la leñera y me pareció encantadora. Creo que me enamoré de usted apenas la vi allí con esa señora, la cocinera...

Valerie enrojeció vivamente y desvió la mirada con aire de turbación.

—Perdone si le soy tan sincero, señorita Marsh, pero siempre me gusta decir la verdad cuando no estoy fingiendo por obligación —añadió presuroso el joven—. Hay otra razón de peso para ello, sin embargo: usted no puede estar entre los sospechosos, porque acaba de llegar al asilo. Eso ya es una garantía de que puede colaborar conmigo de buena fe. Además, noté que está asustada y desea verse cuanto antes libre de este cerco de terrores que la rodea y acosa.

—Tiene toda la razón. Pero ¿cree que podrá resolverlo usted solo, sin llamar a sus amigos de Scotland Yard?

—Los sucesos se están precipitando. Hay todas las trazas de que alguien tiene prisa y se siente desesperado por algo que no sabemos lo que es. Las muertes están creciendo en intensidad rápidamente. Eso significa algo, sin duda. Tal vez que el final de esta pesadilla, sea cual sea, puede estar próximo. Debemos evitar que sea lo mejor posible, que si está en nuestras manos, impidamos nuevas muertes.

—¿Y qué piensa hacer ahora, exactamente? Quedándose aquí escondido, no va a conseguir nada...

—Claro que no. Estuve por ahí antes, espiando conversaciones, vigilando a la gente y lo que hacían o decían. Después logré filtrarme sin ser visto, hasta llegar aquí y esperarla. Esta misma noche debo salir de aquí y buscar la solución donde esté.

—¿Dónde? ¿Acaso otra vez... en el subterráneo? —Se estremeció Valerie.

—No aún, cuando menos —rechazó Dennis, pensativo—. Su amigo Roberts, el enfermero, mencionó algo que ya también había mencionado antes, según él, un ocupante de esta casa: el señor Kirk, el anciano de la silla de ruedas.

—¿Qué cosa?

—El cementerio.

—El cementerio... —suspiró la joven—. Oh, sí, ya lo recuerdo. Pero aunque el señor Kirk supiera algo, en muchas de las cosas que decía que se le podía hacer demasiado caso. Era muy fantástico, un neurótico ávido de ser el centro de la atención de los demás, pobre hombre. El doctor Derrick ha comprobado en la autopsia, esta tarde, que jamás fue realmente un inválido. Pudo mencionar ese cementerio sin razón alguna.

—Quizás. Pero valdrá la pena comprobarlo previamente, puesto que tenemos tan pocos indicios para reanudar la investigación.

—Esta tarde, a última hora, fue sepultado ya allí el enfermero Yordan —dijo la joven con gesto de abatimiento—. Y mañana serán enterrados todos los demás: el cochero, el señor Cortland, la señorita Elliott... y el señor Kirk, naturalmente. Hobson ya fue convencido para que hiciera todos esos ataúdes.

—Esta noche, por tanto, visitaré el cementerio, cuando todos duerman —silabeó Wald, con una fría sonrisa.

—¿Podría..., podría ir con usted? —musitó Valerie, repentinamente, tomando una decisión heroica.

—¿Cómo? —Él la miró con asombro—. ¿Al cementerio? ¿De noche?

—¿Por qué no? Quiero ayudarle. Está usted solo, puede peligrar si le sorprenden. Estando conmigo, le será más fácil explicar las cosas.

—El peligro puede ser para usted, señorita Marsh, ¿ha pensado en ello?

—Sí. Aun así, me gustaría acompañarle.

—Está bien —decidió Wald finalmente—. No sé si hago bien, pero la llevaré conmigo.

—Espero que no tenga ocasión de arrepentirse —sonrió ella, algo forzada.

* * *

Realmente, el escenario resultaba dantesco.

Los montones de tierra de las fosas abiertas en el pequeño rectángulo, arrinconado junto al muro de ladrillos oscuros, las cruces clavadas en el terreno blando, el viento ululando en la noche, y agitando con violencia los setos y árboles del jardín, para ir a hacer golpear los postigos de algunas ventanas del asilo, formaban un conjunto de circunstancias lúgubres e inquietantes.

En medio de aquel clima sobrecogedor, dos sombras inclinadas sobre las fosas, procedían a una macabra y sigilosa tarea, produciendo solamente el sordo rumor de la tierra al ser removida.

Dennis Wald estaba exhumando clandestinamente los restos de algunas de las personas muertas y enterradas en el establecimiento geriátrico del doctor Derrick.

Junto al joven policía, Valerie Marsh, envuelta en una oscura

capa, vigilaba en torno, para evitar ser sorprendidos, y ayudaba lo más posible a apartar la tierra de las fosas a su nuevo compañero de aventuras.

—Todavía no comprendo por qué hace esto, qué es lo que espera encontrar aquí... —susurró ella, mirando aprensiva en torno, bien arrebujada en la capa, aunque ello no le impedía sentir el frío cierzo invernal, cuajado de humedad, calándola hasta los huesos.

—Yo tampoco del todo —murmuró Wald—. Pero una horrible sospecha ronda por mi mente, y quisiera confirmarla o no lo antes posible...

Siguió denodadamente su tarea sin reposo. Estaba desenterrando a un anciano llamado Wallace, muerto semanas atrás, no lejos de la tumba donde fuera sepultado poco antes Charles O'Neil, el suicida.

Por fin, su pala golpeó sordamente la tapa de un féretro. Apartó la tierra con sus manos, descubriendo la totalidad del ataúd en el fondo. Hizo un gesto a Valerie, que se acercó a él, temblorosa por el frío y por el temor.

—¿Cree que tendrá valor para ver un cuerpo sepultado hace semanas? —indagó.

—Sí —afirmó ella, serena—. Recuerde que soy enfermera.

—Está bien —murmuró Wald—. Tal vez no se asuste demasiado, si mi sospecha es cierta. Veamos...

Se inclinó. Golpeó con la pala en el cierre de la tapa, sin contemplaciones, reventándola. Luego, alzó la madera con sus manos. Encendió una lámpara de petróleo que llevaban consigo, protegiendo la luz con la capa de Valerie, para que no fuese descubierta desde la casa.

Ambos se asomaron al interior del féretro.

Estaba vacío. Dentro de él solamente había tierra envuelta en sacos y trozos de tela gruesa. Un lastre aproximadamente del peso de un hombre.

Pero sin hombre dentro. Sin difunto alguno en la caja de madera.

—Dios mío..., ¿qué sucede? —gimió Valerie, asustada, mirando a Wald al resplandor fantasmal de la lámpara de petróleo.

—Me temo que lo más horrible que se pueda imaginar —se

estremeció también el policía—. Vamos a abrir las tumbas de ese hombre muerto ayer,
O'Neil,
así como la del enfermero Yordan, señorita Marsh...

Así se hizo. Cosa de una hora y media más tarde, ambas tumbas estaban al descubierto, y sus ataúdes levantados.

Dentro no había el menor rastro de ninguno de los dos muertos.
Ni el viejo
O'Neil,
ni el medio destrozado Scott Yordan...

—Es..., es espantoso... —jadeó la enfermera, a punto de desplomarse—. ¿Qué pueden haber hecho con esos cadáveres, inspector Wald?

—Me temo que algo espantoso, amiga mía —suspiró él—. Dar comida a un monstruo que necesita cada vez más alimentos..., más cuerpos humanos para saciar su hambre...

Capítulo V

UN reloj, en alguna parte del asilo del páramo, desgranó unas lentas campanadas musicales, melodiosas. Valerie y Dennis se miraron en la penumbra del corredor que se dirigía a la cocina de la finca.

—Las cuatro —susurró la joven enfermera, inquieta—. Es muy tarde ya...

—Sí, mucho. Hemos perdido demasiadas horas en ese cementerio —asintió él gravemente—. Pero valió la pena. El enfermero Roberts dijo la verdad. El señor Kirk también. Los cadáveres nunca fueron sepultados ahí, en sus cajas. Alguien, entre el momento de introducirlos en los féretros y el de inhumarlos, extrajo los cuerpos y los llevó a alguna parte.

—¿No cree que eso era lo que sabía la enfermera Warren, la que murió en Londres?

—Lo más seguro. Aquella joven sabía muchas cosas. Lástima que nunca llegara a tiempo de revelarlas a mis colegas de Londres... Ahora sólo me queda un camino a seguir. Y ése sí que no es aconsejable que lo emprenda usted también. Déjeme ir solo. Bajaré al subsuelo del asilo en busca de la pista del monstruo.

—¿Usted solo? ¿Desarmado?

—Llevo un cuchillo —sonrió Wald—. Y una vieja pistola con dos balas, que recogí de una panoplia de esta mansión. Puede que sea suficiente, llegado el momento.

—¿Y si no lo es? Su compañero era muy fuerte. Sin embargo, esa criatura, lo que sea, acabó fácilmente con él, usted lo ha dicho...

—Pero Wolf iba aherrojado con grilletes. Y no esperaba enfrentarse a algo tan fuerte y terrorífico. Yo, sí. Estoy avisado. No tiene que temer por mí, señorita Marsh...

—Pues temo —confesó ella, mirándole con sus ojos claros muy abiertos—. ¿Por qué no deja que le acompañe también en esto?

—Porque ahora se trata de dar con un ser sanguinario,

monstruoso, una forma de vida que devora carne humana incesantemente. Sabemos ya que los viejos que mueren aquí, pasan a ser alimento suyo. Me temo que también los reclusos desaparecidos lo fueron en su día. Y si ello es así, habremos descubierto la espantosa razón por la que alguien da dinero para que escapen penados de Dartmoor: dar de comer a una bestia de naturaleza desconocida...

—¿Por qué no avisa a los demás y recluta gente que le ayude?

—Porque me temo que no iba a creernos nadie —sonrió Wald—. Llamarían al constable local y descubrirían que yo soy uno de los evadidos de Dartmoor. Volvería a la prisión, y cuando aclarase las cosas, tal vez fuese demasiado tarde y hubiera que sumar muchas más víctimas inocentes a este horror de ahora. Por alguna razón que ignoramos, el monstruo reclama por momentos más y más carne humana...

—Es horrible imaginar algo así... Como si habláramos de un antiguo dragón de cuento de caballería...

—Sólo que éste no es un cuento, ni creo que nos las hayamos con un dragón. La «cosa» viva que me rozó a mí no despedía fuego ni rugía. Era helada, viscosa, reptante... y el único sonido que produce es como un siseo, que se transforma en un espantoso crepitar cuando mastica o deglute carne viva...

Valerie tembló, despavorida. Habían llegado a la cocina. Wald se detuvo. Puso su mano sobre el brazo de ella y la miró, sonriente.

—Voy a bajar al subterráneo —dijo—. Llevo armas y una lámpara. No tema nada. Usted quédese aquí y cuide de «Lobo». Si alguien lo descubre, diga que lo encontró herido, vagando por el jardín, y lo recogió. Estará mejor con usted que conmigo, pobre animal...

—Wald, quisiera convencerle de que eso que hace no es prudente. Yo...

—No va a convencerme en absoluto —replicó con firmeza el policía—. Pero gracias de todos modos, señorita Marsh. Volveré, no lo dude. Y tal vez esta misma madrugada, esta pesadilla haya terminado de una vez por todas...

Se alejó hacia la despensa que había de conducirle al interior del subsuelo. «Lobo» trató de seguirle, emitiendo un leve quejido. Valerie le retuvo a viva fuerza, sujetándole por el cuello y

acariciándole.

—No, «Lobo», amigo, no debes ir con él ahora —le recomendó—. Vamos, te llevaré a mi cuarto y podrás dormir tranquilo... y caliente. Te hace falta, tal como estás.

Echaron a andar lentamente en sentido contrario, con el mayor sigilo posible para no despertar la alarma dentro de la casa. Ya nadie velaba esta noche los cadáveres depositados en la cámara ardiente. El silencio en el asilo, era absoluto, sobrecogedor.

Valerie se detuvo un momento. «Lobo» giraba la cabeza, mirando hacia donde desapareciera su nuevo amo, con gesto impaciente. Ella vaciló.

Y de repente, tomó una decisión.

* * *

No. No se había equivocado.

En el corredor, a poco de dejar atrás la puerta de madera que conducía a la vasta cámara con aire de vieja cripta donde hallara la muerte Benedict Wolf, cuyos restos reposaban aún allí, sin huellas de voraces roedores en sus cercanías, como hubiera sido de esperar en tales lugares, Dennis Wald halló lo que siempre había sospechado que tenía que existir: una bifurcación lateral, disimulada entre la roca viva del pasadizo. Y a partir de allí, un angosto paso oscuro, que se introducía en lo desconocido, y cuyo arranque era a primera vista casi inapreciable.

Tal vez había dado con la pista que le condujera hasta el monstruo y su oculta madriguera, pensó excitado, empuñando el viejo pistolón, un arma del siglo XVIII, provista de dos cañones y cargada con pesados proyectiles. Por fortuna, la pólvora parecía seca y el arma en condiciones de ser disparada. Ya era algo, dadas las circunstancias...

Echó a andar Dennis Wald pasillo adelante, por el ignorado corredor subterráneo que partía del principal. La luz de petróleo lucía bailoteante ante él, haciendo oscilar su propia sombra, como una gigantesca forma siniestra, proyectada contra los rezumantes muros de piedra.

Calculó que había caminado cosa de unas trescientas o cuatrocientas yardas, cuando vislumbró una débil luz al final del camino. Era solamente una rendija de claridad amarillenta, allá al fondo del pasadizo.

Se detuvo. El corazón le palpitó con fuerza. La sensación vivísima y profunda de que estaba cerca, muy cerca de la solución del tenebroso enigma, era en él ahora casi avasalladora.

Aquella luz... Acaso aquella simple ranura de resplandor dorado significaba llegar a alguna parte, encontrar lo que estaba buscando, la clave de un misterio terrorífico, que había costado ya tantas vidas, tanta sangre.

Su mano mantuvo la pistola amartillada, con sus dos gatillos hacia atrás, a la espera de caer sobre los pistones de las balas en cuanto hubiera el motivo suficiente para ello. Su zurda, entretanto, no soltaba la lámpara que iba alumbrando su camino.

Llegó ante una puerta entreabierta, de recio metal claveteado. Dejó la lámpara en el suelo, cauteloso, sin producir ruido alguno, y dio unos pasos, hasta que sus dedos tomaron el borde de aquella puerta, empezando a abrirla hacia sí lenta, muy lentamente...

Miró hacia el interior, sintiendo un sudor frío en su frente, palpitándole con insólita fuerza el corazón.

Una cierta decepción asomó a su rostro, sin embargo, cuando le fue posible ver la escena, más allá de la que había parecido por un momento la mismísima puerta del misterio...

Porque ciertamente, había alguien en la estancia que ahora estaba contemplando. Pero ese alguien no tenía nada de inquietante ni aterrador. Por el contrario, la visión de una joven morena, de bronceada carne semidesnuda, tendida encima de un montón de paja, durmiendo sin duda alguna, no podía despertar temor ni preocupación en nadie, a no ser por lo que de voluptuoso y seductor tenía la contemplación de unos espléndidos muslos de mujer, macizos y bien torneados, con sus livianas faldas enroscadas casi a la altura de sus nalgas, y la majestuosa arrogancia de un par de soberbios, carnosos y redondos pechos, tan duros como macizos, que exultantes de vitalidad, emergían incontinentemente por la abierta blusa.

Una cascada de negros cabellos se desparramaban en torno al rostro sensual, bellamente salvaje y provocador, de aquella agitanada criatura. Una profunda herida cicatrizada en parte, se mostraba en uno de sus muslos.

Se trataba de Carrie, la misteriosa muchacha del subsuelo del asilo. Intensiva e inocentemente dormida, a la luz de una gruesa

vela que ardía débilmente sobre una mesa de madera vieja y agrietada, único mueble al parecer de aquel recinto, junto con un escabel y una estantería donde se alineaban una botella, unos vasos y unos platos, un mendrugo de pan y algunas viandas.

Dennis Wald tuvo la impresión de que aquella muchacha de indómita hermosura parecía tan prisionera como podían haberlo sido él y Wolf entre los siniestros muros de Dartmoor.

Wald entró en la estancia, sin apartar sus ojos de las fascinantes formas de la joven dormida. Y tal vez por ello mismo, golpeó algo que hasta entonces no había visto, un cajón vacío caído junto a la puerta.

Carrie despertó. De un salto, se sentó en la paja crujiente, mirándole con una mezcla de sorpresa y temor en sus grandes, negríssimos ojos fulgurantes. No trató en ningún momento de cubrir sus vibrantes pechos morenos ni sus dorados muslos con las ropas.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó roncamente, humedeciendo con la lengua sus gruesos, sensuales labios—. ¿A qué has venido?

Wald sonrió, bajando su mano armada y haciendo con la otra un ademán tranquilizador a la joven.

—No te asustes —dijo—. No pretendo molestarte, y menos aún causarte daño, Carrie. Sencillamente, iba en tu busca entre otras cosas.

—¿Por qué? —susurró ella, desconfiada.

—¿Y aún lo preguntas? Nos dejaste a mi amigo y a mí esperándote...

—Hay dificultades. No es tan fácil sacaros de aquí. Debiste esperar.

—Y esperé. Vaya si esperé, Carrie. Pero no sirvió de mucho. Alguien nos atacó. O algo, no sé. Mató y devoró a mi compañero. Yo me salvé de milagro.

—¿Qué? —jadeó ella, dilatando mucho sus oscuras pupilas. Se mordió el pulposo labio inferior con cierta ira—. Otra vez esa maldita criatura...

—¿Qué criatura? —preguntó vivamente Wald, inclinando una rodilla ante ella—. ¿De quién estás hablando? Tú sabes lo que está sucediendo aquí, ¿no es cierto?

—Sí, sí... —susurró ella, eludiendo su mirada ahora. Notó que sus desnudos senos se agitaban al respirar la muchacha con fuerza

—. Sé lo que ocurre, pero vale más que no te lo diga...

—¿Por qué no? Es necesario acabar con ello de alguna forma.

—No puedes hacerlo. Nadie puede. Vale más que nunca sepas nada.

—Escucha, Carrie. Da la impresión de que vives aquí cautiva, prisionera.

—Sí, así es.

—¿Por qué? ¿Qué significa que una muchacha como tú viva encerrada en el subsuelo, como si fueses una alimaña, mientras algo vivo y horrible anda por ahí devorando a la gente? ¿Quién te tiene prisionera? ¿La misma persona que utiliza su dinero para ayudar a evadir a los presos que luego sirvan de alimento al monstruo?

—De modo que ya sabes eso... —suspiró Carrie, inclinando la cabeza y apoyando la barbilla sobre sus soberbios pechos palpitantes—. ¿Quién eres tú, realmente?

—Policía —dijo Wald con firmeza—. Inspector de policía de Londres.

—¿Qué? —Le miró ahora con asombro—. Pero si escapaste de la prisión...

—No importa eso. Soy Dennis Wald, de Scotland Yard. He venido a poner en claro lo que sucede aquí. Y voy a hacerlo, Carrie, con tu ayuda o sin ella. Será mejor que me cuentes todo lo que está sucediendo aquí, sin omitir nada. Te sacaré de este subterráneo maldito. Y no tendrás nada que temer de nadie, si es que es el miedo lo que te obliga a callar.

—Sí, es miedo, señor, mucho miedo... —sollozó repentinamente la joven, aferrándose de forma inesperada a Wald, y apoyando sus pechos desnudos contra el cuerpo de éste, sin importarle al parecer el contacto físico—. Estoy asustada... sé que nunca saldré de aquí... Ella..., ella nunca me dejará...

—¿Ella? —repitió Wald, dejando el arma sobre la paja para rodear los hombros de la muchacha y acariciar sus negros cabellos afectuosamente, en gesto protector—. ¿A quién te refieres, Carrie, querida muchacha?

—A esa..., a esa horrible mujer que me obliga a permanecer aquí, que me trae la comida para sustentarme... y no me deja salir para nada de mi vivienda...

—¿Quién es ella? Dime su nombre, Carrie, te lo ruego...

—Lynn..., Lynn Talbot. La doctora Talbot, del asilo...

—¡La doctora Talbot! ¿La ayudante del doctor Derrick? —Wald miró con perplejidad a la morena muchacha.

—Sí, ella... Ella me tiene aquí, cautiva siempre... Lo mismo que hacía su padre... el doctor Neil Talbot... Hace ya tantos años que estoy aquí encerrada...

—Pero chiquilla, eso es monstruoso... ¿Qué edad tienes?

—No sé... Creo que dieciséis... o diecisiete años...

—¿Y cuánto tiempo llevas aquí encerrada?

—Todo el tiempo, señor...

—¡Dios mío! —Se estremeció Wald, pálido de horror—. Un ser humano, una hermosa muchacha como tú... cautiva durante tantos años... encerrada en un lugar sin luz, sin otro aire que esta nefasta atmósfera fría y húmeda... ¡Yo te sacaré de aquí de inmediato, Carrie!

—Sí, sí... —sollozó la joven, incorporándose a medias, abrazándose desesperada a Wald, hasta el punto de sepultar el rostro del policía en sus senos, que invadieron las mejillas del joven con su exultante dureza cálida—. ¡Lléveme, lléveme con usted lejos de aquí! ¡Quiero ser una mujer como las demás! ¡Deseo ser libre, ser amada, amar a un hombre... a un hombre atractivo, joven y noble, como..., como usted...!

Wald comprendió que la situación era difícil. Aquella criatura poseía una carga sensual tan grande que podía volver loco de deseos a cualquier hombre, y la voluptuosidad de su cuerpo semidesnudo, apretándose ingenuamente contra él, era como una tentación capaz de cegar al más lúcido. Procuró luchar con todas sus fuerzas contra el deseo que le asaltaba de acariciar aquellas formas, de hacer suya a aquella desdichada adolescente, y por fin le dominó su propia fuerza de voluntad, su sereno y estricto sentido del deber y de la caballerosidad.

—No necesitas pedírmelo así —respiró hondo, apartándola suave pero firmemente, para no seguir sufriendo aquellas intensas tentaciones que la carne caliente de la moza le producían—. Claro que voy a llevarte... y ahora mismo. Vamos ya, Carrie. Confía en mí...

La tomó de una mano. Ella, infantilmente, saltó de gozo, poniéndose en pie, pegada a él, abrazada a su cintura. Temblaba

todo aquel cuerpo prieto y juvenil, con una nueva emoción exultante, que la llenaba de ilusiones y de alegrías.

—Te confesaré un secreto, ¿sabes? —habló locuaz, jovial, mientras caminaban hacia la salida—. Alguna vez he escapado afuera, he visto el mundo exterior... Es hermoso, me gusta. Pero luego me da miedo y tengo que volver...

—Te entiendo. Me pregunto cómo..., cómo, Dios mío, has escapado hasta ahora a ese horrendo monstruo que deambula por ahí, matando y devorando a todo ser vivo que halla a su paso...

Se interrumpió. Carrie, a su lado, emitió un agudo grito de terror, y se aferró desesperadamente a él. Dennis Wald se quedó contemplando a la persona que ocupaba el umbral de acceso al encierro subterráneo donde residía la infortunada muchacha.

—No haga locuras —avisó una helada voz—. No puede salir de aquí. Y ella tampoco.

Maldijo entre dientes su estupidez de momentos antes. Cegado por su afán de sacar de allí a Carrie, había olvidado su pistolón sobre la paja. Ahora era demasiado tarde para lamentarse por ello.

La mujer que empuñaba la escopeta de caza de dos cañones, erguida en la entrada del recinto iluminado por la vela, las estaba encañonando a ambos sin que su pulso vacilara lo más mínimo. Una fría determinación hacía centellear sus ojos con decisión.

—Te lo dije... —sollozó Carrie—. Te lo dije... Ella nunca me dejará ir...

—De modo que es usted la responsable de todo esto —silabeó Wald, mirando con glacial expresión a la mujer armada de la escopeta—. Usted es la doctora Talbot...

—Así es —afirmó la joven y atractiva ayudante del doctor Derrick—. Soy Lynn Talbot, y creo haber llegado a tiempo de evitar un desastre. Carrie, apártate de ese hombre, vuelve adonde estabas.

—No, no... —gimoteó la muchacha, desolada—. Yo quiero salir de aquí...

—¡Vuelve! —rugió la doctora. Y era tal la autoridad, la áspera energía de su voz y de su tono que, amedrentada, Carrie apresuró a soltar a Wald y acurrucarse, temblorosa, en el montón de paja.

—Esto es cruel, inhumano, doctora —habló Wald, dominándose con dificultad—. ¿Qué pretende con esto? ¿Qué clase de horrible juego se trae entre manos?

—Eso no debería importarle. ¿O tal vez sí, señor Wald?

—¿Me conoce?

—Vi su retrato en los periódicos de Londres —sonrió la doctora con frialdad—. Creí que era un vulgar asesino, un recluso más. Sospecho que es otra cosa, ¿no?

—Ya no hay motivo para ocultarlo. Soy inspector de Scotland Yard, doctora. Y me veo obligado a ordenarle que suelte esa arma y se entregue. La acuso formalmente de secuestro y posible responsabilidad en varios crímenes.

—Y tiene toda la razón —rió duramente la doctora—. Puede acusarme de los asesinatos de Jessie Warren, enfermera de este asilo. De su amiga Karin Holloway, a la que maté en Londres en mi último viaje, vestida de hombre y sin dejar huella alguna de mi verdadera personalidad. Puede acusarme asimismo de haber matado a tres enfermeros y a siete ancianos de este asilo, de las más diversas formas, fingiendo accidentes, suicidios y muertes naturales. Entre ellos, por supuesto, a O'Neil,

Yordan y Kirk. ¿Algo más, señor Wald?

—¿Confiesa usted todo eso, doctora?

—Naturalmente. No va a servirle de mucho. No puedo dejarle partir. No saldrá vivo de aquí, inspector Wald. ¿Es ése su verdadero nombre?

—Sí, lo es. ¿Hasta dónde espera llegar? ¿Por qué hace todo esto?

—Por ella —suspiró la doctora Talbot. Y con su cabeza señaló hacia Carrie, su cautiva—. Todo lo hago por ella, aunque no lo crea, inspector.

—Eso es un rasgo de cinismo inconcebible. La tiene aquí cautiva, oculta al mundo. La trata como a una bestia, por lo que veo... Y, lo que es peor, la deja a merced de ese horrible monstruo asesino y devorador al que usted suministra carne humana con espantosa regularidad, una vez desaparecidos de estas zonas ratas, lobos y toda clase de alimentos carnívoros que sean de su gusto...

—Veo que ha llegado a atinadas conclusiones, inspector —dijo con frialdad la joven doctora—. Créame que soy la primera en lamentar todo cuanto ha sucedido y está sucediendo. Tal vez debí parar a tiempo este horror, este baño de sangre. Pero ya es tarde para intentarlo. Estoy a punto de alcanzar el éxito, mi triunfo

definitivo, y el de la propia Ciencia, y no puedo volverme atrás. Empecé esta difícil y penosa labor hace muchos años, al morir mi padre y dejarme como herencia sus conocimientos de biología y de reacciones químicas y genéticas del ser humano, y ya no es hora de interrumpir el gran experimento ni de lamentarse por ello.

—No logro entenderla, doctora. ¿Qué tiene que ver esa cadena de asesinatos, ese monstruo que devora seres humanos, esta pobre muchacha cautiva en un lóbrego subsuelo durante años enteros... con la Ciencia y con sus experimentos o los de su padre?

—Mucho más de lo que imagina, inspector —suspiró ella—. Son la base de mi propia vida, como lo fueron de la de mi padre... Y si no, que se lo diga esta amiga mía, que es quien mejor sabe lo que está ocurriendo aquí...

Y para pasmo de Dennis Wald, la doctora se apartó un poco de la puerta, sin dejar de encañonarle con su escopeta, y otra mujer asomó a la estancia.

Una mujer madura, de aspecto amable y cordial, de canosos cabellos y rostro sereno.

—Vaya... —murmuró Wald, realmente sorprendido otra vez—. ¡La cocinera del asilo, la señora Barnes!

En ese momento, al verla aparecer, Carrie se incorporó de un salto, y gritó desgarradoramente:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Quiero salir de aquí!

La señora Barnes miró a la muchacha tristemente, meneó la cabeza de un lado a otro, y negó con voz apagada, dolorida:

—No, Carrie, hija mía. Sabes que eso no es posible... No aún... pero pronto, muy pronto lo será... gracias a la ayuda de la doctora.

Capítulo VI

DENNIS WALD apenas si lograba entender nada. Ya era para él una gran sorpresa que la señora Barnes, de quien tan bien le hablara Valerie Marsh, estuviera en conocimiento de todos los horrores que allí tenían lugar, pero más sorprendente aún era que estuviese de acuerdo con la doctora Talbot, una feroz asesina, para retener oculta en el subterráneo de por vida a una muchacha que acaba de llamarla «madre» y que según le contara Valerie, tenía que haber muerto diecisiete años atrás.

—Bien, no hablemos más —cortó la doctora Talbot en ese punto—. No conduce a nada prolongar esta situación por más tiempo. Hay muchas cosas que hacer allá arriba. Señora Barnes, debemos regresar al asilo.

—Sí, doctora —aceptó dócilmente la mujer—. ¿Y ese joven...?

—Es muy de lamentar, pero ya sabe cuál ha de ser su suerte. Es un policía de Londres, no un convicto.

—Dios mío... —se alarmó la cocinera—. Un policía...

—Ya ve que no podemos hacer otra cosa. Además... la criatura necesitará alimento dentro de poco. Debemos dárselo, ¿no le parece?

—¡No, no! —chilló Carrie en ese punto, sobresaltada—. ¡Él, no! ¡Él me quiere, iba a sacarme de aquí! ¡No pueden hacer eso!

—Carrie, querida, sabes que lo hacemos por tu bien —murmuró la doctora con tono autoritario, glacial—. No se hable más del asunto. Haré menos dolorosa su muerte sin embargo, inspector Wald. No soy tan cruel como imagina. Debo matarle ahora. Morir devorado en vida, no es nada agradable, créame.

Alzó la escopeta, decidida, apuntando a la cabeza del joven policía. Éste supo que pocas oportunidades tenía ya de salvar vida.

—¡No, no, por el amor de Dios! —sollozaba Carrie, desolada—. Él me quiere... y me hizo sentir... Le deseo... es el primer hombre

al que he deseado de ese modo, mamá...

—Lo lamento, hija —declaró la señora Barnes con voz quebrada—. No puedo hacer nada por él ni por ti. Compréndelo. Eres tú la que cuenta, después de todo...

—¡Nooooooo! —aulló con sorprendente furia y voz potente la muchacha agitanada, pegando un brinco violento, casi salvaje, en la paja que alfombraba su rincón. E inesperadamente, arrojó algo hacia las manos de Dennis Wald.

Éste alargó el brazo. El pistolón cayó en sus dedos. En ese momento, insegura por lo que sucedía, la doctora Talbot disparó uno de los cañones del arma. Los perdigones que iban a la cabeza de Dennis, alcanzaron a Carrie, que acababa de interponerse en el camino de los proyectiles con un segundo brinco felino, casi inverosímil.

—¡No, Dios, no! —chilló la señora Barnes, horrorizada.

La doctora Talbot jadeó algo, llena de horror al ver el pecho desnudo de la joven repentinamente acribillado a perdigonadas. Chorreando sangre.

Wald hizo un solo disparo con su pistola antigua. El estampido atronó el recinto, y una pesada bala de plomo se clavó en el brazo de la doctora Talbot, arrancándole el arma, que cayó a sus pies.

Luego, el joven policía se volvió hacia Carrie, para auxiliarla.

Lo que vio, heló la sangre en sus venas.

Carrie estaba transformándose.

Había caído de rodillas, encogida por el dolor, y llevaba una de sus manos a los senos heridos, retirándola empapada de sangre. Un gesto de furia repentina, de odio infinito, asomó a su hermoso y salvaje rostro moreno. Su cuerpo todo, ante la mirada de supremo horror de Dennis Wald, comenzó a sufrir en ese punto una increíble metamorfosis, una alteración inconcebible y aterradora.

¡Carrie se estaba transformando en un informe, velludo y oscuro monstruo, a medida que sus facciones eran como cera derretida que, transformada en goterones informes, cobraba la apariencia de una horrenda gárgola tallada en piedra de lava fundida!

Un jadeo ronco, un estertor susurrante, escapó de sus labios contraídos, ya casi inexistentes a causa de la metamorfosis, que convertía la hermosa boca en una especie de agujero oscuro, hediondo y succionante, del que brotaba una helada bocanada de

vaho fétido...

Demasiado tarde, en aquellos instantes de supremo espanto, de incrédulo pavor, Dennis comprendió la espantosa, alucinante realidad.

¡Carrie era el monstruo devorador de carne humana!

* * *

—¡No, Carrie, no, no lo hagas! ¡No hagas eso!

Se sorprendió a sí mismo gritando algo a aquella masa informe, reptante, que emitía aquel susurro siniestro tan conocido ya por él. De Carrie, la hermosa Carrie, ya no quedaba nada, salvo unas prendas de ropa arrancadas de su cuerpo al producirse la espeluznante transformación.

La «cosa» no le hizo el menor caso. Se movió por el suelo, como una pesadilla viviente, saltando luego sobre la doctora Talbot, que chilló aterrorizada. Wald disparó la segunda bala de su pistola sobre la gelatina velluda que palpitaba ahora encaramada sobre el cuerpo abatido de la doctora, succionando vorazmente, comenzando a desgarrar carne y a quebrar huesos con aquel sonido horrible, crepitante, que ya oyera Wald en una ocasión.

La señora Barnes, en ese punto, lanzó un gemido ronco, vaciló, y se desplomó, mortalmente lívida, junto al lugar donde tenía efecto la sangrienta tragedia.

Dennis no supo qué hacer, contemplando la escena sin poder intervenir, sin capacidad humana para frenar a aquel monstruo viscoso, babeante, que deglutía implacable el cuerpo de la doctora, entre gritos y estertores de ésta, en un festín tan abominable como demoníaco.

En ese punto, sucedió algo imprevisible para todos.

La puerta volvió a abrirse de golpe. Wald contempló, asombrado, la presencia del constable local, seguido por cuatro hombres de paisano, vestidos con gabanes oscuros, y portando revólveres reglamentarios.

Les reconoció. Eran agentes de Scotland Yard. Dos de ellos, el superintendente Owens y el sargento Finsbury.

Miraron con una mezcla de espanto y de incredulidad la escena. Luego, sus armas abrieron fuego simultáneamente, sin esperar a más. El blanco, naturalmente, de todos aquellos disparos, era la informe bestia voraz en que se había convertido Carrie ante los

propios ojos de Dennis Wald.

El festín se interrumpió en su mitad, ya con parte del cuerpo de la bella doctora reducido a huesos sangrantes y amasijos de órganos sanguinolentos. La bestia emitió un prolongado berrido de muerte, cosida a balazos por los policías, y su informe cuerpo reptante se arqueó, osciló, pegando saltos espasmódicos y dejando fluir de su interior un líquido sanguinolento, muy oscuro, que corrió por el suelo. Wald recordó aquella otra sangre que mojaba el arma de Wolf, tan negra y espesa... Supo que la herida de Carrie había sido causada entonces por el penado.

Desde detrás de los policías, una Valerie Marsh, lívida, desencajada, sujetando a «Lobo», que gruñía entre asustado y agresivo, también tuvo que asistir a la agonía y muerte del monstruo del páramo.

Cuando la forma inmunda quedó inmóvil, pegada a la pared, igual que una alimaña gigantesca, un silencio de muerte reinó en el subterráneo. Wald, lentamente, se aproximó a la criatura cosida a balazos. Se inclinó, contemplándola.

Para asombro de todos, muy lentamente, la forma se contraía, iniciándose otra metamorfosis en sentido contrario. En cuestión de segundos, la figura desnuda, broncea, de la agitanada Carrie, reposó ante los ojos incrédulos de todos, bañada en su propia sangre, los labios aún enrojecidos por la sangre de su víctima...

Wald contempló el cuerpo rígido, sin vida. Bajó sus párpados con un suspiro, se volvió a todos y murmuró, cansadamente:

—Con todo el horror que este monstruo pueda producir... resulta irónico saber que salvó mi vida por amor... El amor de esta bestia insaciable me permite seguir viviendo... Tal vez por eso, después de todo, no puedo odiarla. Ella, en realidad, no tuvo ninguna culpa de todo esto, estoy seguro...

* * *

El carruaje regresaba a Yelberton.

Conducía Ralph Hobson. Sentados atrás, iban el superintendente Owens, el sargento Finsbury, Dennis Wald y Valerie Marsh.

—Creo que hicimos muy bien en venir a Devon —comentó el superintendente, mientras el cielo nuboso de la mañana mostraba el páramo su gris tristeza—. Ese constable Vickers es un estúpido. Nunca hubiera actuado a tiempo, cuando usted, señorita Marsh,

tomó la decisión de avisar de lo que sucedía al doctor Derrick, y él llamó a Vickers para que se ocupara del asunto. Por fortuna, acabábamos de llegar con el constable al asilo de Yelberton, y pudimos bajar al subterráneo en busca suya, inspector.

Wald asintió, dirigiendo una sonrisa triste a Valerie Marsh, sentada a su lado, y con «Lobo» tendido a sus pies.

—Ha sido una horrible historia —dijo lentamente—. Agradezco que resolviera ayudarme, señorita Marsh. Aunque por fortuna, salvé mi vida solamente porque la pobre chica se enamoró de mí absurdamente. Creo que fue la primera vez en su vida que pensó realmente en que podía llegar a ser una mujer como las demás...

—Parece mentira que, sabiendo lo que hizo, aún hable de ella con esa compasión —objetó Valerie, pensativa.

—No puedo hacerlo de otro modo. Escuchando la confesión de la señora Barnes, me he dado cuenta de que el monstruo era, a la vez, la víctima de todo este horror. Cuando Carrie nació, de los amores de la señora Barnes con un gitano errante que procedía de Centroeuropa y tenía una rara enfermedad, nadie podía suponer que la criatura que venía al mundo era una especie de monstruo mutante, a causa de la dolencia misteriosa de su no menos misterioso padre. Fuese genética o no, esa enfermedad hacía de la pequeña un bulto informe, nauseabundo, una especie de feto abortivo. Sin embargo, el doctor Talbot, entonces médico del recién abierto asilo del doctor Derrick, en vez de inyectar al nacido monstruo un veneno y enterrarlo, optó por llevarlo consigo a su laboratorio e investigar en él. Descubrió, o creyó descubrir, que sus conocimientos de biología y genética podían permitirle intentar convertir a aquel crío en un ser normal, mediante un tratamiento largo y trabajoso. Creó drogas y sueros que iniciaron dicho tratamiento y lo siguió hasta morir. Su hija tomó el relevo del secreto experimento. Pero la criatura crecía, y hubo que recluirla en algún lugar apartado y oculto. El subsuelo fue el elegido. Carrie creció, y a medida que lo hacía, el experimento parecía resultar positivo. Cada vez durante más tiempo, la niña era un ser humano. Más aún, se volvió hermosa, atractiva, con un físico envidiable. La doctora Talbot se creyó cerca del éxito científico soñado. Y, de repente, descubrió la causa real de esa transformación. ¡Carrie tenía instintos de animal carnívoro, y devoraba animales vivos durante

sus estados de feto o monstruo primitivo! Eso alteró todos sus planes. Durante años, alimentó a la niña con ratas. Luego, ella eligió a los lobos. Al transformarse en lo que inicialmente había sido al nacer, era capaz de vencer a cualquier animal o persona, tal era su fiereza y su poder. Así pasó a devorar seres humanos. Primero fue un evadido del penal, luego un viajero extraviado... Y la muchacha comenzó a tener períodos mucho más amplios de apariencia humana perfecta. Animada por ese éxito, la doctora Talbot, tras una dura lucha contra sí misma y sus escrúpulos, decidió arriesgarlo todo en beneficio de la Ciencia. Se convirtió en asesina, en profanadora de tumbas, en financiera de evasiones del penal, para suministrar carne humana a su cobaya humana.

»Siguió Carrie mejorando como ser humano y con más largos períodos de apariencia normal, a tan alto y horrible precio... pero al mismo tiempo, sin saberlo la doctora Talbot, también el monstruo que llevaba dentro crecía y crecía en poder, y sus transformaciones eran por momento más terribles y más frecuentes, aunque breves. En suma, el apetito canibalesco de Carrie había crecido de tal modo que exigía más y más carne humana día a día. Era cada vez más mujer... y también más monstruo. El experimento, por tanto, era un fracaso a fin de cuentas. Pero era demasiado tarde para volverse atrás. Y siguió, de acuerdo con la señora Barnes, que siempre supo lo que se estaba haciendo con su hija, aunque desconociendo la naturaleza real de las transformaciones de su hija. Creo que eso lo explica todo. La enfermera Warren debió seguir un día a la doctora al subterráneo, descubrió todo y corrió despavorida a Londres, tras contar algo a una antigua amiga. Por desgracia, la doctora lo supo, la siguió... y acabó con las dos mujeres. De no terminar así la tragedia, siendo devorada su principal culpable por su propia obra, no sé adónde hubiera llegado todo este horror que hemos vivido, amigos míos...

Owens asintió, ceñudo. Valerie se estremeció, y sus ojos se cruzaron con los de Wald.

—¿Y el perro? —preguntó.

—«Lobo»? Era un animal abandonado, un perro salvaje del páramo. Creo que Carrie pensó alguna vez en devorarlo, pero le tomó algún cariño. El perro le temía y, a la vez, la estimaba. Por eso no se mostraba con ella dócil ni agresivo. Sus heridas,

posiblemente, eran causadas por repentinas tentaciones de Carrie, que luego frenaba. Ahora «Lobo» tendrá un hogar en Londres cuando menos. Se lo ha ganado.

—Y todo el mundo será dichoso... excepto yo —suspiró Valerie—. Sin empleo, y de regreso a la ciudad...

—¿Por qué dejó su tarea en el asilo? —sonrió el inspector.

—No hubiera podido soportar allí el recuerdo de todo lo sucedido, Wald.

—Sí, la comprendo —suspiró Dennis, mirando a la distancia, a Yelberton, hacia cuyas casas se aproximaba ya el carruaje, en su primera etapa del regreso a Londres—. Por cierto, es posible que pueda conseguirle un buen trabajo en la ciudad.

—¿Usted? —se sorprendió ella.

—En efecto. Varios médicos de Harley Street son amigos. Alguno de ellos la tomará, no lo dude. ¿Por qué no hablamos de ello al llegar a Londres... pongamos por ejemplo, cenando esta noche en un buen restaurante?

—Es una excelente idea —aprobó ella, entusiasmada, animándose ligeramente su demudado rostro.

—Me alegra que le guste, Valerie. ¿Puedo llamarla así?

—Claro. Puede decirse, aunque nos conozcamos tan poco, que somos ya amigos.

—Me gusta que seamos amigos —la miró fijamente—. Y si usted quisiera, algo más que amigos.

—Por favor, Wald...

—Ya le dije que me enamoré de usted apenas verla. Pero de todo eso hablaremos con más calma esta noche... o cualquier otra noche en que también cenemos juntos.

—Es usted realmente terrible —sonrió ella con mayor amplitud.

—Lo sé —rió Wald—. Recuerde: esta noche le enseñaré el mejor restaurante de Londres. Pero no el más caro. Ah, eso sí: creo que no deberemos pedir carne para cenar, Valerie. Me traería malos recuerdos...

La joven enfermera se estremeció, entornó sus ojos, mirando hacia atrás, adonde ya no se veía el asilo del páramo, oculto por las colinas pedregosas de Devon, y musitó, asintiendo con la cabeza:

—Y a mí, Wald, y a mí...

FIN

Notas

[1] Aún hoy en día existe dicho *pub*, con igual nombre, perteneciente al «grupo Finch» de establecimientos de hostelería londinense. (N. del A.). < <

[2] *Barts*, es el diminutivo familiar que se da en Londres al hospital de San Bartolomé, centro hospitalario especializado precisamente en prácticas para los nuevos graduados, ya sean médicos, practicantes o enfermeros. (N. del A.). < <

[3] En inglés: «años dorados». < <